

63.797

ar-Prora.

ECOS DE LA FRANCESADA

Salamanca 1927.

FERNANDO ISCAR-PEYRA

ECOS DE LA FRANCESADA

(LAS MEMORIAS DE
ZAHONERO Y ALEGRÍA)



FRANCISCO BELTRÁN
LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
PRÍNCIPE, 16 - MADRID



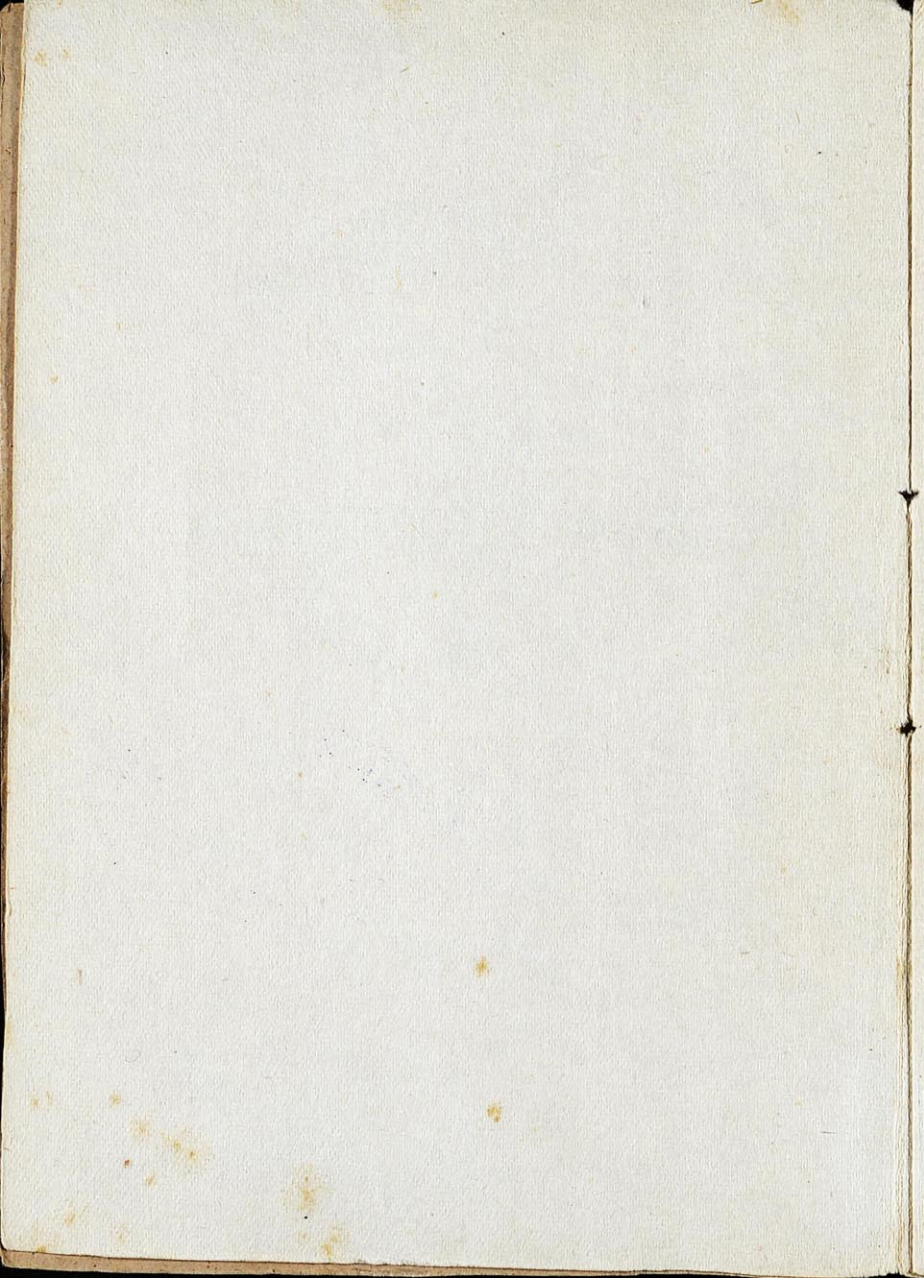
63.797

LIL 946.0^u181

ISC

elo

ECOS DE LA FRANCESADA



63.797

Fernando Iscar-Peyra.

R. 19598



Ecós de la Francesada.

(Las memorias de Zahonero y Alegria.)



SALAMANCA

1927

C

BH1946.0-18"

ISCAR. PEY F

210

DE ESTE LIBRO SE HAN IMPRESO TREINTA Y CINCO EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO, NUMERADOS, QUE SE RESERVAN POR EL AUTOR PARA SUS COMPAÑEROS DEL CONSEJO DE LA CAJA DE PREVISIÓN SOCIAL DE SALAMANCA, AVILA Y ZAMORA Y PARA DON EDUARDO GÓMEZ DE BAQUERO Y DON JOSÉ FIRMAT CIMIANO.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Tip. F. Núñez Izquierdo.

PRÓLOGO

POR fortuna para él, D. Fernando Iscar Peyra no ha llegado aún a ese estado de madurez acabada que entrega al escritor a los juicios definitivos y completos y permite clavarle en el lugar correspondiente de la Historia literaria, como clavan a la mariposa los naturalistas en las cajas de sus colecciones. La Historia literaria, cuando pasa del estado de catálogo, es también una historia natural de las Letras.

Pero no es tampoco un escritor novel que ahora nos ofrezca las primicias de su ingenio. Ha publicado varios libros. Como le ocurre a la generalidad de los escritores de nuestro tiempo, una gran parte de su labor literaria anda diseminada por los periódicos o en conferencias de Ateneos. Muy mezclado en la vida cultural de Salamanca, desde hace algunos lustros ha sido el obligado oficiante en las fiestas literarias, en las veladas conmemorativas o necrológicas. Fué también colaborador de diarios madrileños y corresponsal en París de alguna de estas gacetas. Su primer libro: Vesti-

gios, *juntó una colección de aquellos trabajos juveniles.*

Su vocación le guió después hacia la novela. La primera de ellas: Peleles —una especie de Werther provinciano— mereció el honor de un magnífico prólogo de Unamuno. La segunda: La Bolsa y la Vida, es la principal de sus obras literarias, en la cual se manifiestan la observación certera y el arte narrativo del novelista, unidos al primor estilístico. El Sr. Iscar Peyra es, ante todo, literato, hablista, sabidor de la letra, cultivador excelente de la prosa castellana, castizo sin ranciedad ni amaneramiento, llano a un tiempo y elegante como es el habla de Castilla, cuando se muestra en su ser y no deformada. El genius loci del idioma no le ha celado sus secretos. No digo que las otras dotes del escritor le hayan faltado a la cita, pero la forma, el lenguaje, me parece la predominante.

Su nuevo libro: Ecos de la francesada, es una reconstrucción amena de la vida de Salamanca desde fines del siglo XVIII a los primeros años del siglo XIX, en vísperas de la guerra de la Independencia y durante la guerra misma.

Mientras en Francia es riquísima la literatura de Diarios y Memorias desde el siglo XVI y particularmente frondosa e interesante en los tiempos modernos, en que si no hay un Saint Simón, el espíritu y el genio de Saint Simón están repartidos en muchos, en España es pobre y escasa.

Así como la abundancia francesa da testimonio de la sociabilidad de la gente gala, de su afición a la historia y al arte de la conversacion, la aridez nuestra en la materia, es quizás la herencia de la vida reconcentrada y adusta a que nos condujo el exceso de intolerancia religiosa. Nadie siente el placer de hacer confidencias, ni se fía de nadie ni de sí mismo, porque las paredes oyen. Al propio tiempo, el ascetismo comunica cierta sequedad y despego para las cosas mundanas y el disimulo conduce a las historias amañadas y retóricas.

A falta de auténticas Memorias se ha apelado aquí a las Memorias restauradas o reconstruidas con ayuda de textos escritos. Afín a este género de escritos es el libro del Sr. Iscar Peyra, amplio y sabroso comentario o glosas de unas escuetas Memorias manuscritas que empezó D. Joaquín Encinas de los Arcos Zahonero y continuó D. Mariano Alegría y que comenzando en 1796 llegan hasta el año 1812. El ingenio del escritor moderno logra un verdadero triunfo al edificar sobre el mísero documento original, desprovisto de valor literario y corto en el histórico y anecdótico, un cuadro animado y sugerente.

* * *

La Historia de la guerra de la Independencia está por escribir. La independencia fué el señuelo

con que las coronas de Europa, levantaron a los pueblos contra Napoleón. Vencido el nuevo Alejandro, lo que quedó de la Independencia fué, en España, Fernando VII, y en Europa la Santa Alianza, es decir, lo contrario de lo que se propalaba.

Suecia, al menos, renovó con un Benadotte su dinastía y no les hubiera venido mal a los otros pueblos cambiar sus efigies dinásticas por la de algún mariscal reñido con Napoleón, que no fuese de los peores y que al cabo como hombre del pueblo, formado en el crisol de la Revolución, habría sido, acaso, más capaz de mejora y más abierto a la idea de un Estado democrático.

Pero estos cálculos están fuera de la Historia, que no entiende de posibles sino de hechos. Digo que la Historia de los años de la guerra de la Independencia está por escribir porque se ha atendido más a lo militar que al conjunto del cuadro social. Desde el libro del Conde de Toreno se ha usado más de la trompa épica que de la investigación y la crítica del historiador. Los Episodios, de Galdós, romances en prosa de aquella guerra y de aquel período, son una versión popular histórico-poética más certera a veces en su visión que los textos historiales.

Fué aquella guerra un vasto movimiento popular con las alternativas de entusiasmo, de decaimiento, de nobles sacrificios y viles traiciones, de heroísmos y excesos bandoléricos propios de

estas grandes conmociones colectivas. El guerrillero ibérico corría los campos con el ímpetu de Viriato contra el romano, pero el caduco Estado español multiplicaba sus fracasos.

Sin embargo, el espectáculo de las Cortes de Cádiz reedificando el edificio inservible, intentando construir una nueva España en una ciudad sitiada, cuando la inundación invasora cubría y dominaba casi toda la península, es parejo de la épica popular. Pero la guerra no entró en caja hasta que con la dirección y ayuda de los ingleses se convirtió de empresa nacional, en parte de la guerra europea contra Napoleón. Tampoco en esto éramos muy independientes, ni era posible serlo. ¡Cuánto nos aclararían las Memorias de aquel tiempo la visión de aquellos trágicos años que van desde el 1808 al 1814 y en que hubo heroísmos, claudicaciones, virtudes y vicios extremados cual corresponde a los momentos de trastorno y desquiciamiento general! Levantarían la punta del velo de la historia ignorada o confusamente entrevista en los textos literarios y en los documentos de aparato. Pero esas Memorias son raras y a menudo incoloras.

Con ser tan pocas y escuetas las que han servido de primera materia para el libro del Sr. Iscar, todavía nos hacen ver que Salamanca pasó por aquellas alternativas de aliento cívico y de sumisión que se sucedían en las ciudades que no

fueron fortalezas heroicas como Zaragoza y Gerona y que seguían el curso de la fortuna bélica. Salamanca era ciudad fronteriza como próxima a Portugal donde el inglés tenía su base de operaciones para la guerra de España.

* * *

Tocóle a la ciudad del Tormes por Gobernador en los últimos años de la francesada el general barón Thiebault, que escribió sus Memorias, como buen francés. Pasaba por el más honrado de los Generales del Imperio y a la verdad entre aquellos Generales rapaces era de una delicadeza extraordinaria en esa materia, limpio en lo de tomar dinero de particulares como se dijo de un antiguo valido. Thiebault gobernó a Salamanca humanamente, sin la barbarie que acompaña a las ocupaciones militares, aunque por las cercanías vagaban las partidas de los guerrilleros y corrían sus algaradas los lanceros de D. Julián Sánchez.

El francés se entendió con las autoridades indígenas. Entre él y el corregidor Casaseca limpiaron la ciudad y la pusieron como nueva con derribos y obras. Incluso introdujeron el carro fúnebre, hasta entonces ignorado en aquella ciudad de la sapiencia.

Un curioso incidente de la época fué el del doctorado honorario del general Thiebault. Se había

captado simpatías con su buen gobierno o su buena policía urbana y se había congraciado con la Universidad por el discurso que dirigió al Mariscal Bessieres ponderando la importancia y antigüedad de la Escuela Salmantina y pidiendo para ella la protección del Estado intruso. Contando con obtenerla, había redactado un proyecto de reforma universitaria, en que se señalaba a los catedráticos una opulenta nómina con sueldos de 30.000 reales para el Rector y 15.000 para cada profesor, remuneraciones espléndidas para lo usado en la época.

Thiebault abrigaba la secreta ambición de ser doctor honorario de la Universidad de Salamanca. Aunque la celebérrima Escuela hubiera caído tanto como nos pinta D. Diego de Torres Villarroel, todavía el nombre medioeval de Salamanca sonaba en el mundo. Marte tiene a veces el capricho de los honores académicos. Quiere ponerse el gorro de Minerva sin advertir que el secreto no está en el gorro.

Los secretos como el del deseo de Thiebault duran poco. La ambición del Gobernador se vió satisfecha. Reuniéronse unos pocos claustales, sobrados para lance tal, capitaneados por el Vicerrector Alba y su compinche Baradat Guedeja y acordaron lo siguiente: «Después de haber conferenciado el Claustro sobre los singulares servicios y favores que le había dispensado el expresado

excelentísimo señor barón de Thiebault, sus bien acreditadas luces, profundos conocimientos, vasta literatura y más prendas características de un sabio, acordó unánimemente nombrarle por individuo honorario y Doctor benemérito de esta expresada Universidad... y que como a tal se le guardasen todos los honores, distinciones y preeminencias anexas al Doctorado, anotándole como uno de ellos en la matrícula y rexistro.» La Universidad fué con pompa y aparato ritual a entregar el pergamino al Gobernador francés. El 21 de Noviembre de 1811, a mediodía, se celebró la ceremonia y hubo después lápida conmemorativa.

El General Doctor se apresuró a comunicar la fausta nueva a su esposa que le daba celos, suponiéndole entretenido en España con Venus y no con la estudiosa Minerva. Voici ma maîtresse, decía el general Thiebault aludiendo a la Universidad.

Excusado es decir que la querida le fué infiel en cuanto los franceses tuvieron que salir de Salamanca. La lápida fué picada y arrancada de su sitio con gran befa y algaraza de estudiantes y claustrales y por penitencia se obligó a los promotores de aquel doctorado a que fueran ellos los que iniciaran el destrozamiento expiatorio.

Los tiempos habían cambiado. Habían vuelto a cambiar, porque en la guerra de la independencia hubo muchas alternativas y mudanzas de este



tenor. Se acercaba el Lord, como llamaban por antonomasia a Wellington. Salamanca, que hasta entonces había pasado pacíficamente de uno a otro bando, abriendo sus puertas al vencedor, conoció entonces los horrores y barbarie de la guerra. Arrasaron los franceses edificios venerables para defender mejor la fortaleza. Los libertadores llegaban, pero sus primeros mensajes eran las bombas de la artillería britana.

Al cabo el Lord hizo su entrada. «A las nueve de la mañana—dice el Sr. Iscar—entró Wellington con su gran uniforme de gala, estrellado de cruces relucientes, tal como le representa el retrato famoso de Laurence o la miniatura de Isabey. Con sus cuarenta años rebosantes de madurez feliz, flaco de rostro, los ojos claros, la boca delgada y dura, la nariz aguileña y fina, con una expresión de serenidad y de firmeza en la que el orgullo había puesto su gesto como un sello heráldico para marcar el sonrosado semblante.

«La ciudad enloquecida, saboreando con expansiones de frenética alegría las primicias de la libertad, rodeaba el caballo del vencedor vitoreando al impasible jinete, que respondía al entusiasmo, derramando sobre los pobres corazones emocionados la frialdad de su empaque altanero. Hombre extraño por cierto, este afortunado y glorioso militar que triunfó en España sin llegarla a amar y sin dejarse amar de ella, como si sólo le importa-

se de su cosecha de victorias los laureles que arrancaba en Castilla para el prestigio de Inglaterra».

Con la expulsión de los franceses se cierra este diario de un provinciano impasible y veraz. Pero la última página dice: Fin del tomo primero, lo cual despierta nuestra curiosidad hacia la continuación prometida.

E. Gómez de Baquero.

LAS MEMORIAS DE ZAHONERO Y ALEGRÍA

PRELUDIO

I

Voces en la calle.

El historiador solemne, paseante solitario de los tiempos pasados —D. Manuel Villar y Macías, en este caso—, recorre, como un peregrino noble y fervoroso, la vasta desolación de las civilizaciones agotadas, en larga y penosa caminata a través de las columnas rotas, de los caídos dólmenes, de las ruínas de los templos, fortalezas y viviendas ennegrecidas por las aguas y soles de los milenios, cruzando los riscos y barrancas de la prehistoria, entre las sombras enloquecedoras de las razas que se acometieron y despedazaron sobre la tierra española, para venir, fatigado por las

emociones y cargado de reliquias, al descanso del techo paterno, donde se cierra su excursión, llena de zozobras, ensueños y desmayos. A lo largo de sus interminables jornadas, el historiador no ha podido escuchar la palabra del hombre, caliente y confortadora, porque la muerte ha convertido en un inmenso osario los campos que lo fueron más de batalla que de paz, a lo largo de las sucesivas matanzas. Las inscripciones de los epitafios: el relieve, ya borroso y truncado de las apagadas conmemoraciones triunfales; las relaciones desvanecidas que pretendieron inmortalizar en el mármol y en el bronce la memoria de las grandes hazañas cívicas y guerreras, y las leyendas, grabadas en medallas y monedas como una corona gloriosa alrededor de la imagen del héroe, gesticulan ante el historiador con mímica burlona, mostrándole entre sus restos un leve indicio del recatado enigma.

Arrastrado por la atracción invencible de los sugestivos misterios, el historiador se despegó del mundo en torno, del ambiente de la actualidad que pasa rumorosa, salpicando de frescas noticias los umbrales de su clausura. Atestadas de papeles, como cajones de gaveta, las celdas de su mente curiosa, atraviesa distraído junto a la corriente animada de la vida, asomándole por los bolsillos de su deformada chaqueta los enrollados pliegos de la erudición, apretando bajo los

sobacos los cartapacios, tan embebido en sus preocupaciones y afanes que no le aparta de su ensimismamiento el alarido angustioso del que se ahoga, ni el grito placentero del que se alegra bañándose en las aguas del propio contento, ni el tumulto de la humana actividad que le sacude e increpa, cuando atraviesa el sabio la calzada pensando en sus volanderas y caprichosas musarañas, o perseguido por el recuerdo doloroso de los errores y erratas que, como cizaña inevitable, crecieron entre los trigos de su cosecha.

Pero, una tarde, el historiador, que trabaja en su despacho entre la doble muralla de los apilados tomos, siente un ruido de voces que apedrean, desde la calle, sus ventanas. Esas voces desconocidas, vulgares, hablan con lenguaje desgarrado y torpe sobre los mismos acontecimientos que, narrados por la repulida prosa de algún prestigioso autor, entretenían en tal momento la esponjosa atención del estudioso. El primer impulso del molesto caballero de las letras, le lleva a protestar malhumorado contra los transeuntes impertinentes que se permiten interrumpir el silencio, atreviéndose a escalar la imponente altura de los temas históricos, los más sagrados que pueden erguirse sobre los solares del pensamiento humano.

Don Manuel, cierra bruscamente uno de los volúmenes del Conde de Toreno, de donde sacaba

en tales momentos los apuntes para nutrir los últimos capítulos de su documentada Historia de Salamanca. Cierra el libro, arrojándolo a un lado, y escucha, sin querer, mientras rezonga junto a las entreabiertas vidrieras, la discusión callejera en la que los dos viejos, muy viejos, pero enérgicos y saludables, notándose en desacuerdo sobre los hechos que discuten, se descomponen y gritan, hasta que la indignación mutua se resuelve en una indulgente transacción, con explicaciones benévolas. Aquellos recuerdos de los dos ancianos intransigentes, a fuerza de veraces, se refieren a los mismos sucesos que andaba leyendo y anotando el historiador cuando trabajaba en su mesa. Se trata de *La francesada*, que don Manuel quería figurarse como epopeya imponente y lejana, convertida ya en objeto paciente de las experiencias científicas, sometido a las exploraciones de la investigación histórica, y que se le presenta, de pronto, al escuchar las disputas de los dos testigos de la guerra y revolución españolas, como una realidad palpitante y reciente, presenciada, sufrida, y ahora recordada como accidentes de su propia vida, por los dos salmantinos longevos que levantaban aquel ruido de voces, cuando, regresando de su paseíto por la muralla, se retiraban hacia el vespertino chocolate.

Se lo brinda don Manuel, asomándose prontamente con la invitación, luego que se dió cuenta

de que podía serle provechosa la plática, y he aquí cómo entran en la Historia grande de Salamanca, en la Historia solariega e hidalga que batió para las futuras generaciones de sus discípulos y paisanos nuestro venerable Villar y Macías, esos dos viejos parlanchines y cascarrabias, francotes y simpáticos, que nunca pensaron en acomodarse en los espaciosos aposentos del sólido palacio...

Don Manuel Villar y Macías deja al Conde de Toreno y se dispone a recibir en el severo recinto de su Historia las Memorias manuscritas comenzadas por Zahonero y proseguidas por don Mariano Alegría, sobre cuyas inocentes y sabrosas noticias charlaremos durante la canícula, mientras el labrador, abrazado a las espigas, olvida o demora la consulta de sus cuitas y querellas jurídicas, como si no existiesen hijuelas, contratos, ni linderos... (*)

II

El manuscrito.

Penetra el manuscrito de Zahonero en el huerto sellado de la historia salmantina, y se me antoja que don Manuel Villar y Macías, con su haldudo levitón al viento, inclinado sobre los bancales,

(*) Se publicaron primeramente estos apuntes, durante el verano de 1926, en el diario salmantino: *El Adelanto*.

donde cultiva con tanto cuidado y amor los frutos de la erudición, trabaja con su azadillo, distribuyendo moderadamente los ramales del agua que, acudiendo de la noria, se deja llevar obediente y contenta, a la manera de un chiquillo que juega y se desliza entre las piernas del complaciente abuelo.

Las noticias de Zahonero y de Alegría reblan-
decen, refrescan y animan los secos terrones y los decoran y bordean con una bella cenefa de copiosas yerbas aromáticas y florecillas silvestres. La descripción temerosa del Colegio de San Bartolomé, donde celebraba sus aparatosas pantomimas la logia masónica; la violenta muerte del comisario general de policía, asesinado en la calle de Varillas; los estragos producidos por la explosión del polvorín, cuando después de Arapiles se tornan hacia el camino de Francia los vencidos mariscales; el recuento de las tropas que, desde la grotesca guerra de las naranjas hasta la liberación de la heroica Miróbriga, marchan y retornan por la ruta portuguesa; la pesadumbre y dolor del vecindario humillado bajo la autoridad más desdeñosa y altiva que cruel, del metódico y romántico Thiebault, que suspira con amorosa nostalgia por su mimosa y ausente *Zozotte*, mientras coquetea con el claustro universitario persiguiendo el título de doctor, y reforma la ciudad como el más diligente de sus corregidores; todas las notas, en fin,

que vibran en el marmóreo pecho de la impasible Clio, con un hondo latido humano, brotaron, antes de ser incorporadas a la historia impresa, en el corazón del escondido y escrupuloso Zahonero.

«Este escrito — dice Villar y Macías— trae a la memoria la extremada concisión de las crónicas primitivas». Atribuyéndole esa sobriedad y ese laconismo, de noble abolengo en la copetuda familia de las disciplinas históricas, parece disculparse nuestro querido guía y maestro por la hospitalidad que concede a un visitante de tan pocas prendas que se presenta campechano y ordinario: te a contar torpemente sus cosas con tinta descolorida, de elaboración casera, y estirando las letras, entre borrones y enmiendas, a lo largo de los torcidos renglones... Así lo heredó Alegría, quien como buen lector, con ribetes de bibliófilo, reanudó las descuidadas Memorias, poniéndolas con atavío caligráfico más urbano y decoroso, sacándole afuera las faltas, con su lendrera de gramático, recortándole las sobras que colgaban deshilachadas enredando las palabras entre sus flecos desconcertantes y pintorescos, y aplicando a la flamante copia el método que, sin duda, aprendió don Mariano en la obra de Toreno, al marcar cada suceso con epígrafes marginales.

En lo de la concisión, no dijo más que lo cierto don Manuel, que tampoco fué de los narradores verbosos, salvo cuando tocado de la salmantina

virtud de la hipérbole laudatoria, se convirtió en precursor del reporterismo local, derramando sus bondades en los apuntes biográfico-necrológicos, de lo cual puede servir como divertido ejemplo aquel que dedicó a la precocidad del niño Picornell, nuestro Pico de la Mirandola, que a los tres años, seis meses y veinticuatro días, fué examinado por los doctores y maestros de la Universidad en una de las aulas, sin que volviese a dar nuevas pruebas de tan monstruoso y madrugador talento en el resto de sus oscuros días. Ni Zahonero ni Alegría gastaban su tinta en divagaciones; sólo alguna vez, cuando aprieta mucho la adversidad o cuando de la simple exposición del hecho fluye necesariamente el espontáneo desahogo sentimental (como al registrar los excesos de la cólera salmantina en la caída política del Príncipe de la Paz), nos comunica el narrador, en una frase corta, que parece más bien un suspiro, las impresiones que le ganan el ánimo.

No se arriesgan, no, mis paisanos, Zahonero y Alegría, a enjuiciar —como ahora se dice, atrapando el vocablo de la literatura forense— los hechos interesantísimos y emocionantes de que fueron testigos durante la ocupación francesa... No me sorprende el silencio prudente de Zahonero, que acaso escribiese la parte de sus Memorias dedicada a los episodios locales de la guerra de la Independencia, teniendo tabique por medio algún

dragón o granadero imperial que disfrutase, en la vivienda del escritor, del gratuito regalo del alojamiento; y aunque así no fuese, era muy extremada la vigilancia y muy riguroso el castigo, cuando los esbirros hacían presa en el sospechoso, para que se aventurase a expresar ideas o emociones subversivas el tranquilo caballero salmantino, que no había nacido, por lo que se ve, para realizar empresas insensatas y heroicas. No quisiera ofender, ni molestar siquiera, a mis dos amigos de antaño, al decirles, con el mayor cariño y respeto, que, o se engaña el olfato del psicólogo, o ambos a dos se dejaron conquistar, en algún momento, como tantos varones nobles y patriotas sin tacha, por los airecillos calientes de la cultura enciclopedista y de la política democrática que se colaron en España con la ardiente lava de las erupciones sociales que, comenzando en los apóstrofes de Mirabeau, se extinguieron en la soledad de Santa Elena.

III

Zahonero.

Don Joaquín Encinas de los Arcos Zahonero, se marchó del mundo sin mover ruido, muriéndose a oscuras, como decía con su descarada ironía Torres Villarroel, para hacinarse entre los demás

que se desvanecen en los pudrideros... Si dejó descendencia, debió repartirse por otros lugares, ya que éste, donde vivió y murió el cabeza del supuesto linaje, no queda rastro de los engolados apellidos, que acaso anden mezclados entre la población anónima, si, por decadencia de la familia, acabaron en menestrales los bisnietos del caballero letrado... A falta de las noticias fidedignas, en cuya busca, la verdad sea dicha, no tuve la humorada de emplearme, recurre la imaginación a sustituirlas y suplantarlas, fabricando a su antojo la figura y existencia de un hombrecito flaco y nervioso —por convenir este temperamento con la probada curiosidad y desasosiego de D. Joaquín— célibe y honesto, como lo fuera el hidalgo manchego, deduciéndose esta virtud y aquel estado de la sequedad de su prosa, en la que nunca se barrunta la picardía sensual, propia de los viejos lascivos, y de la ausencia de alusiones a su parentela, a la que, ni por descuido, mienta en sus expansiones manuscritas... Suponemos también que, como los buenos salmantinos de su época, vivía más tiempo que en su casa en las plazas, tertulias, calles y mercados, donde se figonea y platica; pues esta misantropía y retraimiento de ahora se me antoja como una enfermedad del siglo que nos entró, por herencia, cuando la ciudad dió el estirón crítico. Ya veremos, a lo largo de estas historias, el amable y có-

modo descuido con que vivían sus amenos días nuestros sencillotes antepasados, siempre dispuestos a improvisar jarana, a base del buen vino de la tierra y de la tajada fuerte y grasienta, congregándose por cualquier motivo en democrática comparsa de artesanos y señores, para fraternizar en los merenderos ribereños. Por las cosas que vió y contó nos iremos explicando su misteriosa vida, a base, por supuesto, de una interpretación arbitraria que se inclina de antemano, humildemente, ante la probable rectificación del siempre documentado y escrupuloso erudito.

En 1812, el 17 de Agosto, Zahonero asienta, con una letra más que nunca endemoniada, la feliz noticia de la triunfal entrada de Wellington en la Corte, anunciada en Salamanca con repique gozoso de campanas y festejada con un solemne Te-Deum, a toda orquesta, en el que debieron purificar sus conciencias algunos miembros conspicuos del Cabildo, que se habían puesto más de una vez los ternos de gala para celebrar el santo de Pepe Botellas, el nacimiento del rey de Roma y hasta la rendición y saqueo de Ciudad Rodrigo.

Descansó en tal fecha la pluma fiel y animosa de Zahonero, rendida, a lo que sospecho, por la consabida enfermedad traidora que acaso se le metió en los pulmones cuando los esponjase, confiado, en la frígida catedral donde se acuartel-

la el invierno en pleno estío. Se nos fué en un santiamén, como suele decirse, porque de haberse desmoronado lentamente no hubiese dejado sin epílogo su obra, callándose el adiós de la dramática y suprema despedida. No me extrañará tampoco el descubrimiento de que en vez de morir en esa fecha siguiera vegetando don Joaquín varios lustros, rejuvenecido por el ocio al sacudirse, en un raptó de cordura tardía, la penosa obligación que se había impuesto de perseguir y relatar los sucesos locales.

Lo cierto es, y aquí ya pisamos en terreno firme, que luego de ser utilizado por Villar y Macías, rodando de mano en mano, fué a parar el cuaderno de Zahonero a las siempre entretenidas y cuidadosas de don Mariano Alegría, cuyo rasurado semblante abacial, de cincuentón bien nutrido, se me presenta ahora, sorprendido y curioso, entre las sombras que le van cercando, como amenaza de nueva muerte, en el trozo de flexible y resobada gutapercha donde quedó grabada su imagen, gracias a la cámara maravillosa que acababa de inventar en París de Francia «musiú» Daguerre.

Nació don Mariano en 1799, y aquí suelto la fecha sin titubeos ni concesiones, como quien la sacó a fuerza de uñas empolvándose hasta el codo en los archivos parroquiales; y pasó de sesentón, que ya es hazaña para acreditar de formidable su

naturaleza, insensible y desdeñosa entre los proyectiles de los tres ejércitos que se destrozaron durante la entretenida infancia de Alegría y entre las constantes y salutíferas emanaciones de la caudalosa alberca y los asaltos de las repetidas y encarnizadas epidemias. Los aires del Corrillo de la Hierba, donde nació, vivió y murió don Mariano pacificando a diario con su intervención amistosa las trifulcas y camorras que surgían a cada transacción fallida entre los vendedores rivales, le sentaron como el clima más higiénico y benigno.

Los vecinos del Corrillo tenían que espabilarse temprano, sin que pudieran cebar la pereza prolongando el sueño. Como en el poema del Cid, los gallos quebraban albores, anunciando su llegada de la aldea, entre las húmedas hortalizas, juntándose a la diana de su penetrante clarín los desgarradores lamentos del cabritillo, sacrificado sin piedad, y el balido del recental, presintiendo que le llegaba el turno, y el rebuzno cínico del pollino egoísta, al verse descargado de alforjas y banastas. Hincaban los mercaderes el ferrado mástil para extender el toldo de remendada y parduzca lona; se saludaban de punta a punta, con gritos aldeanos, los renoveros, requebrando a las mujerucas que se dedicaban a la recova, y entre tan estrepitosa y pintoresca algarabía, los pacientes vecinos, domiciliados en el zoco, se revol-

vían, gruñendo, entre las sábanas, hasta que, sin poder atrapar el sueño, que se las guillaba, curioso del espectáculo, brincarían del catre al enlosado y bermejo pavimento, santiguándose todos —incluso el volteriano Alegría— porque la campanita de San Martín les llamaba a la plegaria matinal, con su cascada voz de abuela pegajosa y beata...

IV

El oráculo del Corrillo.

El padre de don Mariano Alegría era librero en la rúa de los Francos. Allí se admitían las altas y bajas para la suscripción del *Semanario erudito y curioso de Salamanca*, el primer periódico de la ciudad, impreso en cuarto mayor, en limpios caracteres elzevirianos, que acreditan la oficina de Francisco de Toxar, establecido también en la calle de la Rúa, de cuya prensa salían cada sábado las ocho páginas, de renglones enterizos, ofreciendo al «curioso lector» las adormideras de sus latos artículos especulativos y filosóficos, y el inevitable manojó de las rimas bucólico-amorosas. Esto era por el año de gracia de 1796, época en que comienza el manuscrito de Zahonero, base de nuestras búsquedas y divagaciones.

Se puede ya decir, sin que la malicia del lector

lo tome como reclamo, que la librería aquella era la mejor surtida y la más concurrida de la ciudad. Allí se vendía la estampa nueva de medio pliego de marca mayor de Nuestra Señora del Carmen, dibujada por don Domingo Antonio Velasco, llamada la *Bella Maragata*, de cuyo lindo cromo he visto un ejemplar, hace tiempo, en una casa de campo junto a la cabeza disecada de un toro de brava historia. En las obras de fondo, encontraba cuanto podía apetecerse, porque iban a parar a los estantes de Alegría muchos volúmenes de la enseñanza oficial, oriundos del Hospital del Estudio (*Compendio de Heister médico, Aforismos de Hipócrates, Avisos sobre el método de recetar, Discurso médico sobre el dolor cólico, etcétera, etc.*) que se juntaban con las novedades de la cultura europea: *Miscelánea erudita y curiosa, con la historia del teatro griego; Aparato Geográfico para entender con mayor facilidad y claridad la Gaceta de nuestra España; Elementos de la ciencia contradanzaria para que los currutacos puedan aprender a baylar las contradanzas, adornado con el currucato vistiéndose para el bayle*; la obra nueva en inglés, Carolina de Lichfield, puesta en castellano; en fin, la varia y amena literatura, los opúsculos didácticos y los atrevimientos enciclopédicos que podían franquear las aduanas establecidas por la Inquisición y el el Consejo.

Aunque había otras dos, la de Rico, la del propio impresor Tojar o Toxar, cuñado del poeta Iglesias, y la de Barco, en la Plaza, era la de Alegría, repetimos, la de más segura clientela, acaso porque encontraban en ella el libro deseado, con la añadidura de una tertulia de intelectuales y las explicaciones copiosas y sabias del propio mercader, que conocía sus clásicos. A ella, y no a otra, se encaminó el 24 de Octubre de 1791 el bibliófilo andante D. Gaspar Melchor de Jovellanos, comprando un ejemplar del *Catulo, Tibulo y Propertio*, de la edición Bas Kewille...

Nuestro D. Mariano era, por entonces, un mocuelo en mantillas, y cuando le encontramos, hecho ya un hombre casado, con hijos legítimos y con ahijados que, por lo tiernamente favorecidos, nos resultan un tanto sospechosos, está gobernando con la independencia del emancipado su tienda del Corriño; angosto local que ampliaba el campechano comerciante, saliéndose con las mercancías al zaguán público de los soporales.

Y lo que son las cosas: mientras los padres despachan cromos y libros, el hijo vende la mejor suela correjel de Vitoria, los becerrillos de color a la moda: lila, rosa o verdegay, con que calzaban su breve pié las preciosas y los currutacos, a los que enseñaba a contradanzar el librito de marras; los curtidos corrales o esterados; los

baldes para la fabricación del guante suave; las coyundas y baquetas; cortes de charol, aforros, cordobanes, badanas y viseras, cortes de cabra y tejo y cuantos elementos de la industria zapateril entretenían en su frágil garita de portal al maestro de obra prima.

Frecuentaba la tienda de Alegría una clientela humilde en demanda de esos artículos rastreros; gente del pueblo, cuyos oscuros nombres se disfrazaban en el libro de cuentas con los más pintorescos apodos: la *Garrapata*, la *mujer del Ciscón*, el *Verísimo*, el *Monacillo*, el *Moro*, la *Polvorista*, el *Pardal*, a quienes charlaba de sus cosas y les abría un crédito moderado, orientándoles con sus consejos... y apadrinándoles un chico, que era la debilidad de nuestro hombre esta de comprometerse en parentescos espirituales.

Vestía a lo señor, siempre atildado y correcto, porque alternaba con las personas de calidad, siendo solicitado su ingenio por las tertulias y salones. Cuello almidonado y abierto, medio tapado por un corbatón disforme que se le posaba bajo la papada, como un cuervo; chaleco abierto, de gran fantasía, con florecillas de seda sobre el encendido terciopelo; levita holgadísima, con sobra de paño, porque, gracias a Dios, y a las correas, había medios para ello; pantalón ceñido, de tejidos claros y vistosos, estirado por las trabillas que lo sujetaban al brillante zapato, con su bru-

ñida hebilla; sombrero de copa, de alas abarqui-
lladas y estrechas, y cilindro lustroso y bien pei-
nado.

Se daba buena vida: palco para la comedia; vino escogido, de sus viñas de Cantalpino; la botella de Málaga; matanza de cinco cebones; meriendas en Arapiles y Tejares cada domingo. Llevaba la cuenta puntual de todas sus transacciones comerciales, mezclándose esas partidas con la de sus gastos personales y domésticos; y, como marchaban bien sus asuntos, se metió, en 1827, a socialzar la casa, corriéndose luego a ornamentarla con un balcón, saneando la bodega y reparando la claraboya vieja, bajo la dirección técnica de Adrián, el marido de la Tuerta...

A la hora del paseo, venían a buscarle sus amigos, dejando la tienda al cuidado del mancebo. A su paso por las calles, le saludaban, con respeto y cariño, sus humildes clientes y deudores: Agustín, *el miliciano*; Thomas, el de enfrente; *Pisones*, *Polilla*, el *Sanabrés*, el *Cojo Raguetero*, correspondiendo don Mariano con alguna frase alegre, que salpicaba de alusiones galantes cuando se trataba del llamado sexo débil: la mujer del Sabio, la mujer de Sagún, la tía Pepa y otras asiduas parroquianas y amiguillas... Paso a paso, comentando las noticias del día, ofreciendo, de cuando en cuando, el más obsequioso, su «caxa de orihuela», llena de tabaco, llegaban hasta el

Campo de San Francisco, que andaban allanando, para poner arboleda y una fuente...

Sentados en los bancos de piedra, que sacuden previamente con sus grandes pañuelos de fantasía, presencian los trabajos, lamentándose de la lentitud de oficiales y peones... Don Mariano, le cuenta a sus amigotes el lance que le ocurrió a la relojera viuda y garbosa de la calle de los Moros... Corren los chiquillos, jugando, y se persiguen, jugando también, los alocados vencejos...

V

Velasco, el bueno.

Melancolías y desabrimientos le acabaron, como a Don Quijote, que no la enfermedad a la que hubiese vencido nuestro hidalgo D. Lorenzo Velasco, el Bueno, de haber atrancado las puertas del ánimo por donde se le entró a sus anchas, como huésped bien esperado y acogido, la muerte libertadora. Con el juicio libre, serenado y limpio por la ráfaga de la cordura bienhechora que le sacudió en la hora postrera, espantando a los diablillos de la demencia, D. Lorenzo Velasco, redactó su testamento, descargándose del peso fastidioso de la hacienda, que liquidada aprisa por los albaceas para convertir los valores de toda clase en moneda sonora y corriente, alborotó durante unos días, con su paso escandaloso, las callejuelas extraviadas de la ciudad, visitando los

desnudos hogares de la pobreza vergonzante y otros, más abastecidos y prósperos, donde la piedad gimió desde el umbral, engañando a la caridad medio ciega, que, por salir poco de casa, apenas si conoce al prójimo desvalido y hambriento.

Había sido don Lorenzo persona de relieve en la ciudad, de la que partió, joven aún, para el destierro pavoroso del manicomio. Aquí le aguardaban sus amigos, los libros, culpables, acaso, del extravío de aquella inteligencia que, apasionada por el estudio, se perdió, como un niño débil en la fragosa ladera, queriendo encontrar camino hacia las cumbres de la cultura, dominadora de los ansiados horizontes. Sus libros, encerrados como su dueño infeliz, entre las tinieblas hostiles, sintieron pasar en la soledad los años angustiosos de la ausencia. Se acordaban de él, sin duda, y mientras la polilla les trabajaba, sus páginas evocarían aquellas horas en las que se derretía sobre ellas la cariñosa atención del lector, y su mano amiga las tomaba por el borde, como quien levanta con religiosa emoción los velos que cubren el rostro de la virgen idea, palpitante y fresca entre la celosía de los apretados renglones impresos. A todos ellos les pasó revista en un documentado informe la autoridad de don Juan Larrauri, cuando desalojados de su cárcel fueron trasladados a la biblioteca universitaria y su jefe

les recibió con todos los honores, haciéndoles hueco en el aposento preferente, junto a la mesa de trabajo donde se registran las entradas y salidas de aquella población animada por la silenciosa y fecunda vida de los grandes ingenios. Y entre ellos, encuadernados en piel grosera, que quizá cortase el mismo Alegría de su mejor cuero de Vitoria, vinieron a las naves solemnes del templo de la sabiduría los dos cuadernos manuscritos, como dos plebeyos afortunados que se deslizaran en el alcázar real, llegando al salón del trono entre las casacas bordadas de los tejuelos lujosos, codeándose con los más altos prestigios del pensamiento humano.

¡Quién os dijera a vosotros, mis amigos Zahonero y Alegría, que aquellos anales de la historia salmantina, redactados a la buena de Dios y en mangas de camisa, habían de parar nada menos que en la biblioteca de la Universidad salmantina, Campos Elíseos donde, a la sombra de la frondosa gloria, platican con el mejor estilo los autores célebres, deslumbrándose con el mutuo resplandor de sus brillantes conceptos! Pues ahí están sus señorías, a la misma altura que Juan Jacobo, Voltaire y Diderot, ya que ha querido el loco azar que os sigan persiguiendo en vuestras humildes obras las mismas influencias peligrosas y amenas que perturbaron en vida el equilibrio de vuestros entendimientos.

Sin embargo, al pasar junto a ellos, me pareció escuchar la voz amarga de los dos compadres, solicitando que les sacase de aquel honroso cautiverio. Como no fueron hombres vanidosos, esa fortuita celebridad de ultratumba más bien les humilla y disgusta, que les enorgullece. Quieren salir, aunque sólo sea para airearse un poco en contacto con el vulgo espeso, dejando aquel concilio donde se encuentran achicados y cohibidos, sin poder terciar con sus anécdotas de historia provinciana en los grandes debates que se promueven a toda hora en la parlanchina sociedad académica.

Zahonero y Alegría quieren, pues, pasearse por las calles de su ciudad. Los inmortales tienen también sus vacaciones de veraneo y como ellos no son de categoría para largarse a las playas extranjeras, se quedan a orillas del Tormes, muy a su gusto, por cierto, sobre todo don Mariano, que dice que no hay otro rincón en el universo mundo parigual del Corriño, a pesar de haberlo encontrado despoblado de mercaderes, como si todos ellos se hubiesen jubilado antaño, al morir su mentor y amigo, en señal de duelo.

PRIMERA PARTE

I

1796.

El día diez y nueve de Enero, por la noche, ubo iluminación y coetes en el convento de Santa Clara con el motivo de averlas concedido la Santidad de Pío séxto la Cruz chica de nuestra señora de la Conceción, y se cruzaron el día siguiente, por mano del maestro Ruydoces, provincial de su orden aquel trigenio.

Así alborea, con pura claridad de alegría monjil, el manuscrito de Zahonero. En la cima urbana del Hospital viejo, colina del dolor y de la fe, donde se juntaron, antaño, las quejas de los enfermos y los rezos de las clarisas, se defiende todavía su convento, enderezando la proa de su esquinazo hacia las afueras, como si quisiera ascender más aún, rompiendo un atajo para la huida entre las calles humildes de Santa Clara y del Lucero. Un zaguán espacioso, con un arco va-

liente de sillería bien ajustada; una voz femenina y delgada, que viene volteada por el torno, cuyas aspas, al girar, muelen los granos del diálogo, convirtiéndolo en charla ingenua y limpia, cribada de malicias. Pasamos al locutorio, pisando los tramos de una frágil escalerita de roble que se queja bajo nuestros varoniles zapatones...

Hablar de Dios, o no hablar;
id, hermanos, con cuidado,

Con cuidado vamos, obedeciendo el rimado consejo del cartelito, centinela que puso la discreción para advertencia de los charlatanes descuidados... Dos monjitas lozanas, con su buen color aldeano, que acaso llegan de madurar su rostro entre los aires del huerto; el hábito gris, la toca blanca, el velo negro y una medalla de níquel prendida en el lazo celeste, como premio de colegialas... Nada saben de la cruz chica, ni de las iluminaciones, ni de los cohetes, ni del maestro Ruydoces, ni cosa muy cierta sobre la santidad generosa de Pío sexto, primera víctima coronada de los altaneros y desenfadados caudillos de la República...

Descendemos de la colina, rumiando nuestra ignorancia, que desconocía la existencia de las distintas ramificaciones de la Fundación de Santa Clara, para indagar noticias sobre la Cruz chica y el maestro Ruydoces, en el locutorio, menos es-

pacioso, de las Madres Franciscas. La petición se tritura de nuevo entre las maderas del torno. Sillas renqueantes de pino y enea; cromitos devotos; la doble reja, y descorrida la cortina, otros hábitos cenicientos y tres monjas ancianas sonriendo a la novedad preguntona que les llega del lejano mundo.

Tampoco saben nada las Franciscas descalzas de la Cruz chica, ni del estrepitoso júbilo que inaugura con sus estampidos y luminarias la relación oscura del salmantino curioso. Vayamos al Convento del Corpus, registrando bajo el fuego de la mañana estival los carrascos y surcos, como perro perdiguero, olfateando el rastro de la pieza fugitiva y burlona.

Un patizuelo, tan majo y luminoso que parece una moza florida y risueña. La hortensia pomposa, como borla de doctor; los geranios rojos, que parecen brasas; la retorcida higuera y el parral cargado de racimos, apretándose todos en torno del brocal, rogando la caricia del agua fresca. En los muros, la vanidad de los linajes: el acebo, el león coronado, las emes griegas, orlas y guirnaldas heráldicas del piadoso contador de Carlos V, fundador del monasterio, de quien nos habla con devoto afecto filial la superiora, sobre cuyo hábito azul celeste se me aparece — ¡por fin! — una cruz escarlata, ofreciendo a mis desvelos el descanso de sus divinos brazos salvadores.

—Esa cruz grande, de terciopelo grana, es la Cruz chica de Pío sexto, afirmo, replicando con insensata contumacia a las buenas razones históricas de la sabidora abadesa, que nada recuerda tampoco de la condecoración papal y de los cohetes dichosos, acaso porque al levantarse con el santo y la limosna y los papeles del archivo, un administrador rapaz, durante la turbia revuelta demagógica, se llevase, entre los títulos de propiedad, el honroso pliego pontificio...

De todas suertes, bendito sea el error inicial del amigo Zahonero, porque gracias al señuelo de la cruz chica, he podido recorrer esos tres refugios franciscanos de la santidad, donde las humildes y olvidadas monjitas, arrinconadas por la moda de las nuevas y aparatosas devociones, destilan, como fuente mística de sus almas puras, la ofrenda, tan grata a Dios y a los cristianos viejos, de sus delicadas, ingenuas y efusivas oraciones...

Vitor.—El Tormes.

«A últimos de Mayo le pusieron un Víctor a el Señor Cisneros los indivios del ospicio por haberle echo ovispo de Urgel, y ser director de dicho ospicio».

Vitor: Alabanza que se borra y corrompe, consumido el perfil jactancioso de las letras por las lluvias y vientos, y por el aliento implacable del sol, ejecutor de la sentencia que dicta el justiciero

olvido. Si algún nombre se salva no es porque lo pregonen en las piedras las historiadas mayúsculas bermejas, sino porque la fama impalpable, atmósfera favorable para la vida inmortal de los que merecen recordación eterna, los sostiene y anima entre la estimación cordial y reverente de las generaciones...

Volvamos a escribir los nuevos vítores sobre los antiguos nombres, convirtiendo los muros en páginas de palimpsesto... Demasiado noble y duradera la piedra mármol para grabar con el cincel de la adulación los nombres efímeros de quienes, por lo común, pretenden conquistar la gloria sobornándola con mercedes y limosnas; demasiado grave el bronce para convertirlo en cómplice del servilismo humano; demasiado rico el oro para alimentar con sus panes las hueras inscripciones arañadas por la gratitud oficial. Volvamos al vitor, que sangra humillado porque la generación que crece le volverá la espalda, sin que presenta otra mirada que la fría y distraída del turista o la depuradora del crítico de la historia ..

Estatuas, pocas y bien avenidas en su gloriosa fraternidad, sin que puedan sentirse agraviadas con la compañía del advenedizo; y un término medio para los segundones, a los que yo pondría en la Plaza, asomando la cabeza por la escotilla del medallón, atentos al rumor del pueblo, como el pasajero inquieto, sobre las olas escrespadas.

«En 12 de Junio se aogó un ombre en el Río,
por cima del matadero.

Y el día 8 de Julio, otro en la charca prialda.
El día 2 de Agosto se aogó un fraile trenitario
descalzo en dicha charca.»

Librenos Dios del agua mansa. El lírico y dulce Tormes, rizado por la inspiración de los vates que jugaron en sus riberas, sin aventurarse a explorar los limpios cristales de sus ondas, tuvo siempre, bajo sus apariencias de río bondadoso, indulgente y tratable, de río académico, sus pérfidas intenciones, disimuladas bajo la faz sonriente, en sus hoyas traidoras. Es un río muy salmantino, por cierto; parece tan comedido y pacífico, como el hombre que no se mete con nadie, limitándose a discurrir tranquilo y ensimismado entre sus orillas tradicionales e históricas, envanecido —como la ciudad— por el eco de los antiguos elogios. Va recordando su edad de oro: su grave ancianidad, cantada por *Lidoro*, tolerante con las amorosas expansiones de las zagalas y los pastorcillos: Tirsa y Aguida, Jolisa, Dorila, Cintia... todas las ninfas y nereidas que se bañaban con cautela en sus aguas y se recreaban entre los fresnos y sauces del Zurguén y del Otea, mientras la sensualidad de los sátiros, que ocultaban su paganismo bajo las casacas bordadas, las persiguen con las miradas lascivas y las metáforas remilgadas, saboreando el contenido deseo, entre

la espesa chopera. Pero si alguien le perturba la digestión inacabable de sus recuerdos felices, profanando sus aguas prestigiosas para bañarse, simplemente, el cuerpo, se venga del agravio estrangulando al atrevido, sin respeto a la condición ni a la edad de la víctima; que lo mismo le da a nuestro apacible río la carne rolliza y apretada de la inocente criatura que la de un fraile trinitario, macerada por la penitencia y enflaquecida por el ayuno.

Hay que calmar su furia con nuevos poemas; envidioso de las encinas y los trigales, que le robaron la atención de los cantores, rencoroso contra la humanidad, de la que sólo conoce, en estos tiempos, los romances y coplas de las lavanderas, el castigo del remo cuando los estudiantes burlones pasean su jolgorio en las desvenajadas barcas, y el anzuelo agudo que lo despuebla y registra, se desquita de tanta humillación, aterrando a la ciudad con sus metódicas y crueles hazañas.

Reconociendo su belleza, repitiéndole los madrigales que tanto lo envanecieron y procurando complacer sus justas demandas para concederle la preferencia que le corresponde dentro de la vida local, no estaría de más que preserváramos de sus garras a la juventud confiada, poniéndole, cada verano, la camisa de fuerza...

II

Tres paneles.

«En este año de 1796, por Julio, se ycieron las barreras para las fiestas de toros. Costaron ocho mil reales.»

«El día 13 de Octubre, fué la fiesta de yglesia de la nueva congregación de Jesús Nazareno, fundada en la trinidad descalza.»

«El mismo día 13 llegó un ombre que tenía de alto vara y media y quatro dedos. Se veía en el mesón de la Solana.»

Estamos en el mejor de los mundos, cuando Zahonero emborriona con su brocha gorda esos tres paneles. Aquí no pasaba nada, salvo que los salmantinos enronquecían jaleando a los diestros y echando alguna suerte medrosa a los toros enmaromados, mientras el sol del verano llenaba con sus raudales de oro el ornamentado y gigantesco vaso de nuestra gran plaza, fachendosa y equilibrada; salvo que en el mesón de la Solana, célebre en la historia picaresca, exhibía sus siete palmos de carne y hueso el hombre de buena talla, ante los papanatas que pagaban los cuatro cuartos.

Acababa de estremecerse el universo con la explosión francesa; se cumplía, por entonces, el

aniversario de la paz de Basilea, donde el entusiasmo romántico de los vengadores del regicidio se desvaneció con los aleccionadores desencantos de las derrotas; todo para que el guapo extremeño apañase su rimbombante principado. El pobre rey, que tuvo, acaso, como único ensueño bélico de su resignada vida, el de una entrada triunfal en París, para restaurar el trono y la religión, se entretenía ya en tratos políticos y conversaciones amistosas con el ciudadano y general Perignon, primer embajador de la república y con toda la comparsa de aventureros que se desquitaban de los apuros de antaño, dedicándose al contrabando de alto copete en combinación con la franquicia diplomática. Estaba en puertas, esperando la firma, el tratado de San Ildefonso, de alianza con los franceses, para domeñar a «la insolente Albión». La Marsellesa tenía ya su letra reconciliadora:

Salut, enfants de la Castille,
a nos voix mélez vos accents;
formons une seule famille
aux yeus des Anglais palissants.
.....

Los desdichados realistas y clérigos franceses, que encontraron la hospitalidad y los socorros del Estado cuando se refugiaron en España huyendo de la guillotina o de la soga, salían ahora,

despedidos a puntapiés, porque el gallardo Manolo se arrimaba al naciente poder del Directorio. Veníamos de una guerra y entrábamos en otra, para aprovechar las hilas que habían almacenado, en dos años de congojas y llantos, las pobres madres españolas.

El Semanario de Salamanca, cumpliendo su ambicioso lema: «Mille habet ornatus, mille decete habet», derramaba sus gracias con igual decoro, cultivando la alusión satírica:

De esa que ves en paseo
nadie sabe la nación,
pero con su capotón
y zapato bien bordado,
el cabello bien rizado,
rico anillo de diamantes
y de una tropa de amantes
seguida continuamente,
pasa por mujer decente,

lo cual parece dar a entender que en la honesta ciudad no escaseaban las mujeres misteriosas y livianas, compañeras de la famosa Jeanne Riflón—la Mata Hari de la época—que levantó de cascos al ciudadano Perigord y al insaciable Godoy, para saquearles el bargueño de los secretos, adormeciéndoles con sus mimos. Nuestro primer revistero taurino, escritor anónimo, se confesaba, por entonces, entusiasta partidario de Rome-

ro, «no porque mate con acierto o desacierto, porque su mérito no consiste en la fortuna de matar», doctrina generosa que también nos ha transmitido la tradición para que puedan ser aireados sus textos en una tarde desgraciada de Marcial, de Cayetano o de «Chicuelo».

La historia grande tronaba con el cañón en Italia, donde recogía el joven Bonaparte su cosecha de victorias y banderas, para cegar con la visión de la gloria guerrera a las deslumbradas medianías del Directorio. La historia chica nos habla como comadre chismosa. Modelos de gacetillas del semanario: «Quien hubiere perdido una xícara y un plato de peltre con una servilleta, manchados aquéllos de chocolate, y ésta de grasa y comida, acuda a la calle de la Sierpe, en casa de Manuel Sambricio y pregunte por la criada, que dando más señas (¡más todavía, santo cielo!), lo entregará todo». Ahí está en larva la escuela naturalista; de ahí, del detalle grosero para la identificación plena de la servilleta usada, saldrá, andando el tiempo, el capítulo donde Zola describe el vientre de París, con todos sus regüeldos y retortijones...

En esa sección, la única soportable y amena del soporífero patriarca de la prensa salmantina, tropezamos, a cada paso, con los títulos del reino, que habitaban en sus palacios, y cuyos bisnietos sólo conocen de Salamanca el nombre de

sus dehesas y las liquidaciones por abono de rentas en sus cuentas bancarias. El duque de Abrantes, a las puertas de cuya señorial mansión se perdió un pañuelo de seda doble; el conde de Villamena; el marqués de la Escala, cuyo mayordomo devolverá una mantilla de muselina de cien flores y una manteleta de seda; los marqueses de Valdecarzana y de Cardeñosa; todos de claro linaje y larga hacienda, que se codeaban con el pueblo y prestaban a la ciudad, tan aficionada a los espectáculos, el gratuito y decorativo de la exhibición de su lujo y de su rango.

Antes de que se nos olvide: el trigo estaba a treinta y cuatro reales. Godoy pudo envanecerse aquel año de que el invierno vino blando, la primavera húmeda y el verano sin pedriscos. A cada cual lo suyo.

III

Año de 1797.

En el mes de Marzo se ahoga una vieja «a las peñas del yerro», pero nada dice Zahonero de que en Febrero se hunden los navíos de España en el cabo de San Vicente, en el primer encuentro con la escuadra inglesa, sin que acertaran a convencer ni a consolar a la nación los tardíos argumentos del general Córdova (al que vanamente

pretendió rehabilitar su nieto, don Fernando, en las sabrosas *Memorias íntimas*), condenado a la cesantía por el Consejo de guerra, que se quedaría tan orondo después de firmar la severísima y reparadora sentencia. Nadie se acuerda ya de los marinos sacrificados por la impericia de Córdova, ni de la vieja suicida que se lanzó al río desde las peñas ferruginosas.

Había nacido Zahonero para reporter de sucesos. En Abril, corre a la obra de don Manuel Salgado, donde se desgraciaron dos obreros: «les cojió devajo una perez que estaban derrivando»; y el día primero de «pasqua de Resurrección», deja la animación feliz del paseo de la plaza para levantar el cadáver de un «ombre», ahogado en el Zurguén, sobre cuyos hinchados despojos se ensayaría, acaso, el remedio denominado «de la flagelación», inventado por un articulista del *Semanario*, quien respondía de que «en menos de cinco minutos se puede causar en qualquiera parte del cuerpo una irritación que atrayendo la circulación de la sangre en los pequeños vasos exteriores dará al corazón (del ahogado) la libertad de volver a tomar su movimiento». Para producir esa reacción milagrosa, el inventor recomendaba, como instrumentos más eficaces, la escoba o los bramantes... «o un manojo de hortigas, caso de apuro».

Vamos a distraernos un poco, porque la verdad, se le encoge a uno el corazón pensando, no

en que pueda atraparnos la vida el terrible río, sino en que se pudieran ensayar en nuestras carnes los métodos que se llevaban entonces para reanimar a la víctima inerte.

Tenemos en la ciudad «unos ytalianos, con tres camellos, dos osos y tres monas y un mico. Llevaba cuatro quartos por verles. Los enseñaban en el Mesón del Rincón». Era la época de las diversiones y festejos. No se había disipado la admiración producida por la *menagerie* de los domadores italianos, cuando empezaron a manifestarse en el mesón de los Toros, los autómatas siguientes: Dúo de pájaros, la revuelta francesa, el zapatero de los currutacos, la bordadora de las picarras y un salterio. Llevaron a real por verlo. Esto era cosa buena, y aunque ignoro qué diante quería expresar ese inquietante número del espectáculo: la bordadora de las pirracas, no cabe duda de que, aun costando a real por cabeza, la gente se pirraría por verlo... Suponemos el encanto de aquel diálogo de las aves canoras, las actitudes y semblantes de los «facinerosos jacobinos» (como los llamaban en las pastorales), exhibiendo en la pica la cabeza del aristócrata guillotinado; y luego, para mitigar la emoción causada por el realismo inquietante de la ceroplastia, los números amenos y sedantes: el zapatero de los currutacos, que tanto hubiera complacido a don Mariano Alegría, y aquello de la bor-

dadora de las pirracas, mientras la francesita triste, hija del sospechoso deportado, golpeaba con el macillo o el plectro las metálicas cuerdas del salterio...

En Agosto, las dos corridas en los días 17 y 18, con la novedad de que en la segunda saltó un negro y montó sobre el último toro. Confesemos, amigos míos, que cambiaríamos de buen grado la sensación de tedio que nos produce la llamada media verónica y el natural con la izquierda, por aquella ansiedad gozosa que disfrutaría la *afición* de 1797, cuando cabalgase sobre el torazo montaraz, el negrito ágil y sonriente. Es una vergüenza, además, que en la ciudad moderna no tengamos un solo hombre de color; sea como recadero de *cabaret*, o como mecánico de blasonado auto...

A don Felipe Vallejo, prelado de la diócesis, le hicieron arzobispo de Santiago, siguiendo en su ascenso el mismo camino estelar que recorrió en nuestra era el doctor Alcolea. Hubo iluminación rumbosa, chorreando por los muros del palacio el aceite que rebosaba de los pucheros y artesones. Las musas del *Semanario*, honestamente vestidas con sus más llamativas metáforas, pero sin poder olvidar sus ligeras costumbres, festejaron el fausto suceso:

Hoy alzan su cabeza
los benignos placeres

en honor de Vallejo,
a quien gustoso de admirar no dexo.

Le salió largo el último verso, pero lo que abunda no daña cuando se trata de expresar la desinteresada gratitud de un vate conmovido...

En Agosto conoció el claustro universitario de la reprimenda que les mandaba el Consejo. Se había informado su distraída Majestad del desorden que reinaba en las Escuelas. Los estudiantes lucían unos trajes extravagantes y ridículos, presentándose en las aulas con botas, pantalones, lazos en los zapatos, corbata en lugar de cuello, el pelo rizado con coletas, la abertura de la sotana hasta las pantorrillas, para que se viesen los calzones de color, los chalecos atrevidos y las bandas de colorines: en fin, lo que se dice hechos unos adefesios.

Volvieron a tejer sus guirnaldas los alabanciosos poetas tormesinos para empedrar dos números del semanario con los ochenta cantos de *La cisneroyda, o sea poema heroico*, para despedir a D. Francisco Antonio de la Dueña y Cisneros, que saltó desde el Colegio de Cuenca al sillón episcopal de Urgel. El argumento del formidable poema se encierra en la primera estrofa: «El vate transportado—del Tormes se resvala—y ve al señor Cisneros—en una grande sala», con cuyo motivo, aprovechando el encuentro con el pacien-

te y solitario obispo, el resbalado vate le acomete con ensañamiento, acribillando al santo varón con las certeras puñaladas del afilado ripio.

El mismo *Pofrigydo*, que remató el atentado contra el señor Cisneros, dándole el golpe de gracia con el mazazo de un apéndice, se derrite en lágrimas, lamentando la temprana muerte del joven D. Juan Maldonado, hijo de los señores marqueses de Castellanos, increpando al Tormes, que, por lo visto, tuvo alguna responsabilidad, también, en la desaparición del linajudo mozo...

La escuela poética salmantina iba de capa caída, enseñando entre las aberturas—como los estudiantes bajo la sotana—los adornos ridículos, parodia de los finos bordados que embellecían los versos de Meléndez y sus discípulos. Quedaron la afición y la facilidad para cortar versos con arreglo a los patrones heredados de los maestros; pero así como en nuestra época, luego del silencio que impuso la muerte de Galán, surgieron los imitadores como plagas de langosta y de lagarta, para cebarse en las «enceradas mieses» y en «la copa verde de la encina vieja», del mismo modo, al deshacerse el grupo que se formó en torno de Meléndez, bajaron a las orillas del Tormes los aspirantes a la herencia del melodioso Batilo, en busca de la fuente Castalia y de la olvidada lira que, según dijo no sé quien, había quedado colgada de un chopo del Otea...

La poesía se hizo hipocritona; quisieron, los imitadores de Meléndez, contratar a las musas para que les sirvieran de coristas en sus fiestas de homenaje a los poderosos, y las musas, traviesas e ingeniosas, se burlaron de los poetastros aduladores. El contumaz y ya mentado *Pofrigydo* tuvo el atrevimiento de solicitar el concurso de las nereidas para que le acompañasen a felicitar a Carlos IV:

¡Oh, Nereydas del Tormes!, a manos llenas
Dadme lirios y rosas coloradas,
Dadme pajizas azucenas,
Y blancas clavelinas y mezcladas,

reclutando, después, a los pastores de la ribera en esta forma imperativa:

Pastores del Otea venturosos.
Dexad el pasto, ovejas y corderos
y tocad instrumentos sonorosos
que suenen por todos los oteros.

Sospecho que las nereidas se le pondrían en jarras, vivitas y coleando, y los pastores, más obedientes y cazurros, contribuirían a la serenata onomástica con el sonoro y selvático cuerno.

IV

Forner.

Aunque Zahonero no registra la muerte de

Juan Pablo Forner, ocurrida en Abril de aquel año, el salmantino que cruce los recuerdos de su ciudad tiene que detenerse y descubrirse, con verdadera emoción cordial, junto a la tumba de aquel varón impetuoso y sabio, una de las glorias más puras—la más olvidada, por supuesto—de que podría envanecerse la Universidad, si no tuviese la obsesión de reclutar los nombres de sus hijos insignes entre los cuadros del personal docente, sin reparar en los libros de matrículas. En ellos figura Forner, que llegó desde su Mérida natal a ser uno de tantos entre los mil novecientos cincuenta estudiantes que aparecen en el censo de 1770. Flaco, alto, cejijunto, mordaz, ajeno de toda adulación (según nos lo presenta el autorretrato) agresivo y violento, fué su vida «una serie continua de disputas y pelamesas», siempre justificadas por el atropello y la sinrazón que pretendía corregir con su crítica apasionada y recta, lo cual no impidió que avanzase en la escala social, llegando a la Fiscalía del Supremo Consejo de Castilla.

Desde los catorce hasta los veintidós años, vivió Forner en Salamanca, estudiando de firme, ganándose a pulso un premio excepcional de la Academia Española, disfrutando de la edad, que hacía su oficio (según la expresión feliz de Rojas Zorrilla), en la borrascosa y alegre compañía de Iglesias, Cadalso, Meléndez y Escala, perturban-

do la estéril quietud de la cultura oficial con los cantazos de la sátira y llevándose para siempre, en lo hondo del alma, el amor a la ciudad, de la que fué él quien dijo aquellos versos, dignos de ser repetidos por todas las generaciones escolares:

que sabe cantar dulzuras
entre escuelas y doctores

Aquel entrañable amor, que le rezumaba entre las grietas de su rocoso carácter, le llenó de noble cólera cuando tuvo que intervenir, como Fiscal del Consejo, en el expediente universitario donde se volcaron con repugnante abundancia las delaciones y las injurias que se prodigaron mutuamente en los alborotos del Claustro las facciones rivales de los Peripatéticos y los Filósofos; es decir, de los que pretendían imponer su criterio sectorio, llegando a la afirmación de *que es vano el estudio de las Matemáticas y de las Ciencias naturales* (doctores, como dijo Forner, anegados en tan insigne barbarie) y los que intentaban rejuvenecer la vida universitaria con la enseñanza de las nuevas disciplinas, especulativas y experimentales.

Fué, aquélla, la más vergonzosa excitación colectiva que puede atacar a un grupo de intelectuales. «Si se hubiera de dar fé a los cargos que hierven en el expediente, con furor inaudito — de-

cía el Fiscal— sería preciso renovar la escena del doctor Cazalla, y, en pública hoguera, abrasar a todos los Maestros, festividad que acaso no mereciera el desagrado del indulgente y caritativo Peripato», quienes pedían, nada más, que se declarase a los filósofos, impíos, corruptores de la juventud, perturbadores de la seguridad pública, enemigos de la constitución nacional y propagadores de las máximas perversas...

Ese magistral dictamen, cuyo original pudo encontrar don Alejandro Vidal en los archivos universitarios, es una maravillosa disertación, olvidada por todos los biógrafos de Forner, y que convendría reimprimir como el mejor monumento que se puede levantar en honor de aquel severo y justo magistrado...

Vuelve a gustarse ahora el delicioso sabor de su estilo, con la edición de las *Exequias de la lengua castellana*, libro señalado por Menéndez y Pelayo como la obra maestra de Forner, y una de las más notables del siglo xviii.

Para honrar la memoria de aquel fortísimo ingenio, mientras llega la ocasión de divulgar en Salamanca su biografía ejemplar, de carácter enterizo y austero, siempre será mejor sustituir el torpe epitafio que le dedicó el poeta mediocre del Semanario, por aquel bosquejo que figura en la *Historia de los Heterodoxos*: «Es un gladiador literario de otros tiempos —escribió Menéndez Pe-

layo— extraviado en una sociedad de petimetres y abates; un lógico de las antiguas aulas, recio de voz, de pulmones y de brazo, propenso a abusar de su fuerza, como quien tiene conciencia de ella, y capaz de defender de sol a sol tesis y conclusiones públicas contra todo el que se le ponga por delante. En el siglo de las elegancias de salón, tal hombre, aun en España, tenía que asfixiarse».

V

Jovellanos.

El '8 de Diciembre gran alborozo en la población escolar. Bajaban los del Colegio Mayor de Santiago el apóstol, desde su palacio suntuoso al centro de la ciudad, con sus mantos parduzcos, agitando la beca granate, en señal de júbilo. Ya estaban en las cercanías de la Universidad, llenando de alegre ruido las callejas que ocupaban lo que es hoy plaza de Anaya, los del Colegio de San Salvador, vulgarmente llamado de Oviedo, con larga faja de fino pañete azul, y los del Colegio de Cuenca, con su atrevido y elegante manteo de tejido morado, y los de San Bartolomé, más humildes en su atavío de buriel, tirando al aire, tras los cohetes rápidos, sus grotescos bonetes de cuatro puntas. «Las mejores músicas de este pueblo»—escribe don Joaquín—adornaban

estas fiestas con la algarabía de sus metálicos y vibrantes sonidos. Por la noche, se iluminaron los cuatro Colegios, «tirándose doscientas docenas de fuegos...», y por doquiera (como decía el cantor anónimo en el periódico semanal), de labio en labio sin cesar llevado, el nombre de *Jovino* hinche la esfera. Porque todas aquellas expansiones de la grey moceril, significan el contento de los colegiales ante el encumbramiento de don Melchor Gaspar de Jovellanos, antiguo colegial de Alcalá, nombrado ministro de Gracia y Justicia por la soberana voluntad de quien regía la del soberano...

No es a don Melchor, al hombre de gobierno, a quien dirigen y dedican los estudiantes salmantiños las muestras, tan expresivas y ruidosas, de su espontáneo regocijo. Es a *Jovino*, al educador de Meléndez, lejano y prudente mentor de los espíritus inquietos, que, desparramados por las provincias del reino, recibían de Jovellanos el consejo alentador con las palabras de sus frecuentes y enjundiosas epístolas... No suenan en los vítores el severo apellido del estadista, sino el dulce apodo con que lo encubrió, como entre los pliegues de su manteo de colegial, cuando salía en busca de las aventuras poéticas, persiguiendo la sensación amorosa a través del jardín de las rimas.

Tomó Jovellanos muy en serio, demasiado en

serio, para que pudiesen prevalecer sus nobles intentos, el desempeño de su cargo, pero cuando las reformas proyectadas por el sabio patricio iban ganando el corazón de Carlos IV, rendido ante las virtudes y talentos de su austero ministro, tuvo que retirarse don Gaspar, asqueado de las miserias palaciegas, llevándose como premio de sus trabajos una grave dolencia, sobre cuyo sospechoso origen pudieron dar alguna noticia el fornido exguardia de Corps y su encumbrada amiguita, si hemos de creer a los historiadores más concienzudos y respetables. De donde se deduce que hubiesen obrado discretamente los becarios salmantinos, reservando las iluminaciones, la música y los vítores para celebrar la dignísima caída del indeseable ministro, y su retorno a los estudios, dejando como heredero de la casaca a un Urquijo de tantos, de quien dice Ortega y Rubio (tomo V, pág. 158, para más detalle): «que obedecía ciegamente las indicaciones del Directorio.»

Por primera vez se enrojecen las Memorias con los resplandores del incendio. No se perciben, desde la ciudad, las llamas, que cubren con un penacho rojo, como un volcán amenazador, los picachos de la Peña de Francia, devorando la fortaleza del santuario, donde los romeros castellanos ascendieron con su fé, tan dura como el granito de aquella hermosa morada. Los recios vientos,

danzando su zarabanda infernal en torno del castillo divino, avivaron la furia del incendio, quedando sólo en pie los fuertes muros exteriores que no se dejaron dominar, aunque, como los buenos veteranos, se chamuscaron el rostro, conservando todavía las honrosas cicatrices de aquellos tizonazos.

Esto fué por los últimos de Septiembre, tres meses antes de que las campanas de la ciudad despertasen con su ronca voz —que así se ensayaba para bramar luego en los rebatos guerreros— al vecindario para que, como suele acontecer en tales siniestros, contribuyese a destruir la mejor parte de la Merced Calzada, por medio de esa diligencia heroica y fatal que se apodera de los ciudadanos más ecuanímenes cuando, a la vista del incendio, surge con su frenético amor hacia el ajuar del prójimo el bombero primitivo que todos llevamos dentro.

VI

1797-1800.

Despachemos esta parva trillando rápidamente las noticias de estos años, pues la cosecha es larga y corto el verano cuando no pueden contratarse servicios de temporeros.

El diez y nueve de Abril «ubo un azotado». Se luciría el reo infeliz, con las pecadoras manos trabadas por delante, a lomos de jumento, rodeado de alguaciles y escribanos, y acompañado por el coro nutrido del populacho y la chiquillería cruel y curiosa, gritando con descuidado jolgorio. Desnuda de medio cuerpo arriba la increpada víctima, luego de detenerse la comitiva para divulgar la sentencia con el pregón castizo: *quien tal hizo, que tal pague*, recibiría en su costroso cuerpo de villano los justicieros vaquetazos.

Se hizo una Dolorosa nueva para el paso de los Menores; costó trescientos ducados. Robaron los intereses que había en el archivo de la tercera orden de San Francisco; se mató, jugando a la barra, un colegial de los Carolinos; riñeron dos soldados, uno de marina y otro de Montesa, llevando la peor parte el de la armada, que desembarcó en los puertos de la otra vida; fué la quimera en la plaza de la Verdura. Celebró la Universidad la beatificación de su antiguo alumno y maestro, Juan de Rivera, repartiendo dotes para estudiantes necesitados y doncellas casaderas, y otorgando donativos temporales o vitalicios a tres hijas *güérfanas* de doctores, a tres viudas de otros tantos catedráticos y a los clérigos franceses que se encontraban en Salamanca. En Agosto se regocijó de nuevo la Escuela, iluminando sus fachadas, porque habían hecho ministro al señor Caballero,

doctor de su Claustro. No quedaba malamente la Universidad con un valedor influyente en el cielo y otro de buenas aldabas en la corte.

Tuvo el verano su folletín truculento. El veintiocho de Junio, «avisó un clérigo a la justicia que avía en el río un cadáver, por encima del Matedero. Se sacó un muchacho, de edad de doce años, con una piedra atada a la cintura, de más de una arroba de peso.» Este muchacho delató a su padrasto, que era ladrón y se hallaba preso por la acusación del entonado. Se presumió que lo ahogaron los cofrades de aquél, que eran muchos en cuadrilla, porque no los delatase.

En Julio «se acabó y echó andar el reloj nuevo de la Catedral, y se puso la esfera exterior y pública», aquella luna llena cuyos crecientes y menguantes vienen siguiendo, desde entonces, con impaciencia de astrónomos frívolos, las generaciones de escolares y prebendados. El Tormes se portó juiciosamente: salvo la faena que realizaron los facinerosos con el hijo del mal ladrón y en la que limitó a encubrir el delito con el silencio, hasta que se lo contó, en confesión, al clérigo paseante, respetó a los bañistas indígenas, conformándose con un forastero confiado, ejecutado por el río junto a la horca de Tejares.

Crece la afición a la lectura, al decir del editor del *Semanario*, que nos sorprende con unas confidencias, entre administrativas y poéticas, agra-

deciendo a la familia benéfica de sus abonados la probada adhesión y el honrado pago de los recibos mensuales, alargándose a comunicarnos su personal criterio sobre las normas de prudencia y habilidad que deben observar los empresarios de los periódicos locales:

El pueblo aspira a diversión, leyendo,
y el que escribe en buscársela afanando.
Este quiere que aquél le esté atendiendo,
y aquél gusta que estotro esté acertando.

terminando sus expansiones con estos versos de contenido filosófico:

Captar a todos nadie lo acredita,
y el que a muchos contenta, ¿dónde habita?

dedicados, sin duda, al suscriptor exigente y descontentadizo que escribía al editor en malas formas, diciéndole que sólo publicaba pataratas en su papel, y que después de madrugar todos los sábados esperando la salida del periódico, «acababa por tirarlo con mil diablos.» El señor Obispo, don Antonio Tavira, suprimió el bulto del traidor Judas, en la procesión de Semana Santa, contrariando los deseos del pueblo, que, con un buen instinto, consideraba indispensable la intervención del apóstol rojo y nefasto, al que venían vistiendo desde el noventa y tres con casaca y greñas

de jacobino. Se cayó de un andamio un carpintero; se ahogó un recluta, y el distraído portero del hospital general dió un traspies en la aceña del Vado, cayendo entre la rueda, que le hizo pedazos. Junto a la pesquera de Santa Marta, «por el lado de la Aldegüela», encontraron en seco el cadáver de Juan Añoz, probándose de nuevo la inocencia del Tormes, que se iba humanizando.

En Abril del setenta y nueve comienza el movimiento de tropas para la guerra con Portugal, a la que llegaremos en dos zancadas. Don Félix Sangrado, persona conocida, al parecer, se tiró al pozo de su casa, con una piedra atada al cuello. Se conoce que le convenció el procedimiento empleado por los malhechores homicidas, con la sola variante de que prefirió el brocal doméstico a la corriente de las aguas públicas... Las monjas del Jesús celebraron el nombramiento de Pío VII, «por ser monje benito»; la víspera del Corpus «se echó un bando para que no se pusiesen los sombreros en quanto Dios anduviese por las calles, y el 11 de Julio, día de la segunda corrida, un toro de Peñaranda—de bandera, por sabido se calla—de la ganadería del señor Peña Muñoz, se permitió la libertad de perforar con una grave cornada al matador, sin reparar en que se trataba nada menos que de *Pepe-Hillo...*»



VII

1801

«En la noche del 26 de Marzo, entre ocho y nueve, mataron a una moza de fortuna, en la calle de Toro, junto a San Marcos. Estaba aquí, con el motivo de la guerra con Portugal, el regimiento de Murcia y el de Farnesio, y se presume que fuese la tropa quien la quitó la vida».

La mejor frase sobre esta guerra grotesca, la pronunció el octogenario y cínico duque de Lafoes, general en jefe del ejército portugués («epigramma vivo de uma sociedade podre», como le llamó Oliveira Martins), cuando decía, razonando su displicencia en los combates: «Somos dos mulos de carga. Las espuelas de Francia hacen andar a España; las de Inglaterra, a nosotros. Ya que nos lo mandan, peleemos, pero sin hacernos daño, que se reirían demasiado a nuestra costa». No hubo más daño, o poco más, que la muerte de la ramera salmantina, aquella «moza de soledad», según las llamaban por aquí, con apelativo bello y piadoso...

Godoy y Luciano Bonaparte, los dos arrieros conchabados para saquear las alforjas de ambas acémilas, se las entendieron como ladrones en feria; para ellos fué la guerra de las naranjas un

continuo alabar a Dios. Primero, la gloria para el apuesto privado; una gloria de ópera cómica, en cuya escena culminante aparece el generalísimo extremeño cabalgando un caballo blanco —para hacer competencia al primer cónsul y a la *Desiré*, su hermoso corcel de campaña—, entregando a María Luisa el ramo de naranjas, con el que calmaron la fiereza guerrera del favorito los aterrados portugueses de la fortaleza de Jelves, teniendo como escenario el patio de armas de la casa solariega de Badajoz, ciudad natal de Manolito, donde fueron a humillarse con su gratitud los generosos monarcas. El hermanito de Bonaparte, que ya se había embolsado cien mil escudos de diamantes, por sus buenos oficios de zurcidor de voluntades en la creación del reino de Etruria, recibió una suma igual, a medias con el otro, pero en efectivo metálico, por el corretaje de la paz, a mayores del Toisón, la grandeza de España y una pensión de cien mil francos, para que tuviese donde pastar el borreguito...

La luna de miel de nuestras bodas con la Francia, nos costaba un ojo de la cara. Se cambiaban espléndidos presentes entre los reyes y el primer cónsul, porque después de las felices audacias del San Bernardo, Marengo y Egipto, las sensibles majestades españolas extremaban las muestras de su temor, vestido con las galas del oficial contento. Para Bonaparte los diez y seis caballos más

hermosos de las yeguas andaluzas; para Fernando, en justa, aunque retrasada correspondencia, las pistolas damasquinadas por Boutet, y para María Luisa, lo que más apetecía su frágil condición: los juegos de loza fina y los trajecitos claros y ligeros de muselina bordada, puestos en moda por las mariscalas.

Pasaron por Salamanca — «pasaron y estubon», volviendo a Zahonero— hasta veinticinco mil ombres, pues la venida y ida fué por esta ciudad, y se llegaron ajuntar quince mil y tantos, que fué a principios de Agosto, y luego se quedó aquí la división de Manet, de modo que no se vió libre este pueblo hasta el día 13 de Diciembre.» El minucioso cronista recuenta la tropa y describe su vestuario: casaca azul, con las vueltas blancas, calzón y chupín blancos, toda la infantería; los jinetes, con chaquetas o casacas, unas verdes y azules otras, con chupín de ante y unas gorras muy extrañas, con una cola de caballo en cada una y «el de lo azul» con gorra..., y toda la caballería «con los sabres arrastrando». No puede escribir, don Joaquín, los muchos que se ahogaron en el río, que en esta ocasión se portó como el primer guerrillero, engullendo gabachos; ni los que perecieron en los duelos y los que mataron los paisanos; lo uno porque no se sabían de cierto, lo otro porque se mentía mucho. Su modo de portarse fué muy orgulloso, pues se les había de alojar en

las mejores piezas a los oficiales, cayendo la nube de la soldadesca sobre los conventos de frailes y los colegios. Su religión era ninguna, pues aunque tuvieron en Julio algunas misas, fué por bien parecer, y no iban a ellas más que paracer yrreverencias. Tampoco debe hacer fuerza el que estuviesen formados en la plaza mayor y fuesen otros con la procesión del Corpus, que esto lo hizón por dar gusto a el Obispo, que los cortejó mucho».

El malogrado y sufrido general Leclerc, cuñado del futuro imperante como paciente esposo de la casquivana y encantadora *Paulette*, que había de morir meses después, en la isla de Santo Domingo, lució su gallarda planta en los llanos de la Pinilla, revistando sus legiones, que se divertieron durante el verano con simulacros en el teso de la feria, para entretener el ocio, que enmohece los ánimos, y para celebrar la paz de la república con Alemania.

Desapareció aquella inefable tranquilidad salmantina; se acabaron las pláticas sosegadas, los versos apacibles, los artículos eruditos, los paseitos calmosos hasta las eras. Después del asesinato de la ramera, se desencadenaron todas las violencias. A las ocho de la noche, el 25 de Julio, «alcabucieron a un francés por sedicioso, le quitaron la vida junto al rollo.» El día 16, cayó otro soldado rebelde, arcabuceado en el campo de los míni-

mos: «fué injustamente —clama la recta conciencia de Zahonero— pues no tubo más delito que pedir lo que se le debía», que no era poco, digo yo, quererles sacar las pagas a los oficiales guarduños. Por un quitame allá esas pajas, los soberbios «edecanes» del primer cónsul, sacaban a la vergüenza a los bisoños inquietos, poniéndoles en la Plaza Mayor, sentados sobre una arquilla, la mano derecha atada al muslo derecho y con un papel en el pecho y otro a la espalda, donde se leía el delito y castigo, que era, por lo corriente, «diez años a las bombas».

Estaba la gente aterrada, con los crímenes bárbaros de aquellas cuadrillas de forajidos capitaneadas por *Chafandín*, *Patricio*, *el Cubero* y *el Corneta*, cuya ferocidad campaba en salvaje frenesí por todos los pueblos de la provincia, sin exceptuar la ciudad, que, de cuando en cuando, recibía la visita de los bandoleros, señalada por alguna de sus crueles fechorías. Aquel muchachuelo que apareció en el Tormes, con la piedra al cuello, por delatar a su padraastro, y este «ombre desconocido que se encontró en la pared de la guerta de los capuchinos, con los sesos machucados», fueron las últimas víctimas de los desalmados... Cuando termina el año ya resuenan en la ciudad asustada los golpes de los martillos, contruyendo las horcas.

VIII

Pliego de Cordel.

Modestamente escondido en la trastienda donde se amontona la letra menudita de los apéndices, figura, en los del Villar y Macías y de Bernardo Dorado, el proceso o «causa general de los malhechores y facinerosos», donde constan las ferocidades, sacrilegios y rapiñas cometidas por las cuadrillas de nuestros eminentes bandoleros. Eminentemente los llamo, porque descollaron por su refinada y perseverante maldad sobre todos esos ladroncetes pintureros y fanfarrones que pasaron a la posteridad adornados con los disfraces de guardarropía: calañés, trabuco, chaquetilla corta y polainas vaqueras... Nuestros bandidos fueron, como se dice entre la pollería modernista, una cosa muy seria...; sino que aquí, con esta manía de callarnos nuestros méritos, sin dar los dos cuartos al pregonero para que los divulgue y ensalce, no sabemos lucir las figuras más salientes y más importantes de nuestra historia... Tenemos que aprender ésta de las hazañas de los bandidos, ensartándolas en un romance de ciego, para que lo canten por los pueblos y ferias los rapsodas de lazarillo y vihuela, mientras golpean con la vara mimbrea sobre las horripilantes

pinturas. Ya nos pueden venir a los salmantinos con los cuentos inocentes de los bandidos generosos y serranos, tan provechosamente explotados por la fantasía andaluza, ni con los mismísimos salteadores calabreses, contratados por las sociedades de hoteleros para emocionar y atraer al candoroso turista. Donde esté Manuel Olmedo (vulgo *Corneta*), vecino que fué de esta ciudad, alcalde de barrio y de Hermandad, gracias a su aspecto bonachón y piadoso; donde estén (que supongo que estarán en las calderas de Pedro Botero) Roque Huidobro, más conocido por el *Cuvero*, y Patricio Hernández y Joaquín del Moral y Melitón Martín, por no citar más que a los gerentes y directores de aquella honorable sociedad anónima; donde estén esos, repito, que se quiten, por apocados y torpotes, todos los malhechores del mundo. Allí había organización y coraje, método y prudencia para plantear los asuntos y mano diestra y siniestra para rematarlos con el destal o la piedra o retorciendo lindamente el gañote.

Nuestro cronista relata con disculpable fruición el capítulo de las ejecuciones. Recuerda uno, leyendo esta página de Zahonero, aquella otra del *Centón epistolario* donde el bachiller Fernán Gómez de Cibdareal describe la muerte del condestable don Alvaro de Luna: «E luego se comenzó a componer la ropa, e descubrió el collar,

e se tendió en el paño del cadahalso, e el verdugo le cortó con gran sotleza el garguero, de primero para matarlo de súbito, porque menos dolor sintiera, e luego de vagar le acabó por cortar la parte de hacia el cogote.» Como veréis, así dá gusto, y si el condestable encontró un funcionario tan remilgado y cuidadoso, no se quedaron a la zaga los diligentes verdugos de Valladolid, padre e hijo, cuando despacharon a los diez y seis facinerosos salmantinos.

El lunes, 11 de Enero de 1802, fueron las justicias. Para que el ambiente y el paisaje estuviesen en armonía con el trágico suceso, había nevado copiosamente, quedándose el río prisionero bajo una coraza de hielo, de tres cuartas... «No avido memoria de fríos tan grandes ni tan continuados, ni nieves que más durasen...» Pusieron cinco horcas y un tablado para el garrote... El verdugo padre, más experto y ágil, ahorcó a ocho, en un decir Jesús; el mozo, que empezaba su carrera, se ensayó con dos, y el de Salamanca, que tampoco era manco, se conformó con media docena... Quedó para la tarde del día siguiente la interesante operación anatómica, llamada descuartizamiento, o el desquartizo, para respetar el léxico de nuestro hombre. Le hicieron debajo del tablado del garrote, con la perfección que tenían acreditada ambos profesores, pues el aprendiz se limitó a presenciar los ejercicios prácticos de la delicada

autopsia... «Las cabezas que se pusieron en esta ciudad fueron las de Roque Huidobro, a las eras; Cuvero, en la puerta de Zamora, y la de Joseph Becerro, alias el madrileño, en el puente».

Las horcas las pusieron en fila, delante de la casa de la ciudad, y el tablado del garrote en medio de ellas. Al verdugo de Valladolid le valieron las justicias tres mil reales. La víspera de las ejecuciones se cerraron las puertas de la ciudad, que no se abrieron hasta quedar cumplida la sentencia, respetando así el viejo precepto del Fuero, que dice: «quando las iusticias de Salamanca ouisen ladron o traydor a enforçar, ningun ome non pase del toro de la puente...» Para que la ciudad no se quedase con todas las piezas del rompe-cabezas judicial, se procedió a un equitativo reparto de los despojos humanos, entre los pueblos más favorecidos por los bandoleros. Quedaron las manos de Roque, por donde más pecado había, y su cabeza capitana, adornando el puente romano; la cabeza y los cuartos de Melitón se distribuyeron entre Paradinas, Ventosa, Matilla, Rasueros y Gajates; los cachos de Joaquín del Moral, salieron con dirección a Palencia de Negrilla y Pedrosillo el Ralo, reservando una parte no despreciable para Pedraza y Fontiveros; pues se exportaron varias de ellas a las provincias limítrofes... En la Vellés se exhibió la cabeza de Antonio López, estanquero que fué de Madrigal. La provin-

cia quedó tranquila, la justicia cumplida y los buitres hartos y satisfechos...

IX

Los gremios.

Las cofradías de menestrales, agrupados bajo el patronato del santo elegido, en la hermandad profesional del gremio, escogían los suaves días del Otoño para celebrar, con infantil y ruidosa ostentación, sus anuales y colectivas expansiones. El trabajo no significaba ya penitencia servil, sino empleo digno y honroso, que comenzaba en los torpes ensayos del aprendiz para llegar a la destreza del oficial, al que la experiencia y la pericia, y la inspiración, a veces, convertía, por último, en maestro. Acantonado cada gremio en su barriada y disciplinada la hueste laboriosa por el espontáneo respeto a la madurez y competencia de los llamados mayores y veedores, vivían nuestros artesanos como en república autónoma, regidos por sus ordenanzas y costumbres, socorriéndose en las desgracias y apuros, enseñando el veterano al novicio, poniendo todos ellos su mayor cuidado para lograr la perfección de la obra. Tenían aquellos hombres una conformidad alegre para amoldarse a la limitación de su destino, que les parecía tan venturoso como el del hi-

algo más holgón y adinerado, porque creían, con fé sencilla y ciega de buenos cristianos, en las compensaciones equitativas y reparadoras de la vida eterna; porque, encariñados con su oficio, elegido por impulso de la vocación, se les hacía gustosa y fácil la tarea; por que los ricos, también, sabían hacerse perdonar el privilegio de su riqueza, mostrándose llanos y asequibles, mezclándose en la vida, unos y otros, los que ahora andan apartados y mirándose con recelo, cuando no con rencor, como fuerzas enemigas que llegarán algún día a las manos en la lucha fratricida de las reivindicaciones sociales.

Durante toda la jornada, resonaba en las calles el ruido de las herramientas y el de las coplas y romances que el aprendiz y el oficial cantaban en los oscuros talleres familiares; no había campanada reglamentaria, ni toque de sirena, ni listero implacable para registrar las entradas, ni esos fríos pabellones, como rediles urbanos, ni el monótono estruendo de las máquinas que quieren sustituir, con su mecánica actividad, la que antes desplegaba el artesano mañoso, poniendo en su trabajo afanes de verdadero artista.

Por eso, su fiesta no era la manifestación amenazadora, de miradas torvas y agresivas, con rojas banderas y corazones rojos, calentados por el odio; era la fiesta infantil, sin premeditación ni trascendencia. El 28 de Noviembre la hicieron los

zapateros, iluminando la noche antes la vieja iglesia de San Román, que ahora está silenciosa y triste, como una anciana tullida, asomada a su mirador en lo alto de la ciudad; tuvieron una solemne misa, «con su Manifiesto todo el día»; refresco para todo el gremio, «y sacaron el padre de putas y la lechera de San Isidro, iluminando sus casas todos los maestros de obra prima.» Los caldereros, siguieron el mismo programa, celebrando la fiesta de iglesia en la Trinidad calzada.

Los aguadores se salieron de madre, achicando con su rumbo a los demás gremios. Sacaron los ocho gigantes grandes y los dos chicos que se exhibían en la procesión del Corpus, hasta el año 1778 en que los retiró de la circulación el obispo Beltrán... Pusieron un vítor al santo patrono, «por bajo del balcón de la casa del gobernador. Los fabricantes de paño dieron de comer un día a los presos. Los plateros iluminaron la escuela de Dibujo de San Eloy, inaugurada en Enero del 1794; tuvieron su fiesta religiosa en San Isidro; tiraron cohetes y dotaron a las viudas de los plateros más pobres, refrescando con limón y leche helada todo el colegio, con sus consiliarios». Los labradores de la Puerta de Zamora le celebraron el día 4 de Diciembre.

«El mismo día 4, por la tarde, salieron las jigantillas de San Isidro a llevar las papeletas de aviso a las casas donde había de ir al día siguien-

te el carro triunfal de los cocheros; y, en efecto, el día cinco salió dicho carro del corral de los padres trenitarios, a las cuatro de la tarde, llevando dentro a las personas Reales (representadas) y una decente música. Iba tirado por seis mulas, y delante veinte parejas a caballo, muy bien vestidas, y doce alante, a pie, que llevaban hachas de viento. Además, llevaban una jaca de tal modo que representaba un pavo real». ¡Vanidad de vanidades, simbolizada por la gallinácea altiva, simplona y empenachada, a la que imitaron los engreídos aurigas creyéndose una casta privilegiada, cuando encaramados sobre el pescante y ataviados con llamativas libreas y capacetes, miraban desdeñosamente a los humildes peones! Apenas si queda por ahí algún cochero superviviente, avergonzado y melancólico, restrallando con mal humor la fusta sobre los caballejos remolones y escualidos. En eso vienen a parar las grandezas humanas.

A lo largo del mes de Diciembre, continuaron las expansiones gremiales: Los mercaderes quemaron dos cipreses, doce ruedas de fuegos y cien docenas de cohetes voladores, de tres géneros; los labradores, y carboneros del Arrabal del Puente, con grandes bailes y hogueras en el Teso; los alfareros, «con una danza compuesta de ocho mozos de Villoria» y un payaso ocurrente y cínico, que era un viejo, todo calvo, que pronunció un

sermón burlesco metido en un escriño. Y, por fin, los herreros, «paseando una fragata, fundada sobre una galera; llevando dentro el príncipe y la princesa, y dos marineros y dos pilotines, y un atambor con un clarín, colocando luego un castillo terrestre en la plaza mayor, y la fragata lo batió y todo se acabó a las seis de la tarde».

«Todo esto fué figurado», añade Zahonero en descargo de su conciencia; no vayamos a creer que el castillo terrestre era de mampostería y que la fragata de los herreros lo deshizo a cañonazos. Todo esto, incluyendo la ingenua aclaración del cronista, nos trae el eco de una alegría tosca, sincera y espontánea que ya no se encuentra ni en los menestrales, ni en los mercaderes, ni en los intelectuales, ni en los rentistas...

Aquello era la carcajada sonora que volteaba locamente en el campanario del ánimo. Ya sólo nos queda esta miserable sonrisa, ruín y tacaña, como si hubiéramos cambiado aquel oro en sucia calderilla; esta sonrisa glacial, petulante y escéptica, que parece una lima sorda, manejada con cautela entre las tinieblas de los desengaños.

X

1803.

Este fué un año feliz, puesto que no tiene historia. Entre tantos años bravucones y violentos,

salió este mansurrón para que engordaran en los pastos de la tranquilidad las víctimas que había de tragarse el gargantúa imperial, devorador de hombres y devastador de pueblos. Un poco cara nos costó la paz: seis millones mensuales que pagábamos a Francia, desde que se firmó en Octubre la famosa convención de los subsidios, entre Azara y Talleyrand; pero la neutralidad, que es el egoísmo de las naciones prudentes, viene a resultar siempre un contrato de seguros contra el riesgo internacional, mediante el pago de primas fabulosas. La que nos libró de la guerra europea se pagó con buenos millones en Marruecos, por que a la postre acaba en la realidad costosa y cruel «el ensueño de la expectativa», como llama Grandmáisón a la actitud reservona, adoptada por España en el año que vamos recordando. De aquella modorra nos sacó Inglaterra, en Mayo del ochocientos cuatro, cañoneando los cuatro galeones que nos traían el oro de América, de donde resultó que en aquel caso y en otros análogos, la previsión produce el siniestro.

Todo fué normal: «no hubo elecciones de diputados ni personeros, ni alcalde de barrio; pues el gobernador, don Joseph de Urbina, las suspendió hasta nueva orden», con lo cual no hizo cosa extraordinaria, aunque se lo pareciese a los candidatos a los cargos y a los cuatro repúblicos de botillería y tertulia que saldrían criticando en de-

fensa de las leyes ultrajadas, como si no estuviesen condenadas de por vida a sufrir esas violaciones. Para eso nacieron, como mozas de mesón, sumisas a todos los caprichos de los exigentes carreteros que guían el carromato del Estado. Puesto que hablamos de mozas, es el momento de contar que el día 3 de Enero pusieron a una a la vergüenza, echándola de la ciudad, «con la cabeza rapada a navaja», de cuya hazaña tampoco vamos a protestar ahora, cuando las cantoneras y las otras ofrecen voluntariamente al peluquero y a la moda sus crenchas más o menos copiosas.

Las calamidades y desgracias no pasaron de lo tolerable y corriente; que no llovió en toda la primavera, sin que se ablandasen ni humedeciesen las entrañas del cielo, a pesar de las solemnes rogativas; que un loco de atar mató a un hombre y malhirió a su consorte; que en una noche de juer-ga apuñalaron unos paisanos a un cabo de escuadra del inmemorial del Rey. El Tormes —no hay que olvidarle— se dió los banquetes tradicionales, pudiendo ya decir, como Tenorio en la hostería, que

ni es distinguir me he parado,
al clérigo del seglar,

pues se conoce que le agradó la carne de convento y se procuraba el manjar, alternando con las

raciones de milicia que le ofrecía, de cuando en cuando, el inexperto soldado de la abundante tropa.

Así lo vamos pasando, de camino hacia la guerra. Mejoran los temporales al doblar el año, haciendo tardío pero generoso efecto las plegarias, poniéndose el ganado a reventar, de tanto hincharse de pastos tempranos. Hubo una cuestión de etiqueta, incidente que ha solido renovarse en Salamanca, en cuanto se topan en una presidencia de honor las pretensiones y jerarquías de dos funcionarios susceptibles y quisquillosos. Este fué en la procesión del Corpus, que no llegó a formarse porque el gobernador Urbina, político-militar, según Zahonero, tomó a mal que pretendiese eclipsarle el comendador de San Cristóbal, don Nicolás Cuesta, que invadió los puestos culminantes de la presidencia, con su lucido y encasado acompañamiento.

El gobernador, que debió ser lo que se llama un furriñas, lo tomó por la tremenda, suspendiendo la procesión y regresando a su vivienda con todos sus entorchados y condecoraciones.

Un catedrático de esta Universidad, don Veremundo Arias, se metió monje benito, prefiriendo la penitencia del monasterio a las que padecían en los claustros soportando a progresistas y reaccionarios. Como no es cosa frecuente esto de tocar la mucéta por la cogulla, vinieron a la cere-

monia tres obispos, «siendo padrino la Universidad», que festejó con largueza la retirada de don Veremundo.

Fracasadas las experiencias del remedio de la flagelación, para reanimar a los ahogados, se ensayó otro procedimiento, no menos cruel, que consistía en enterrar provisionalmente a la víctima en un muladar esponjoso y humeante, esperando que la fermentación del estiércol operase la reacción. Así estuvieron esperando desde las nueve de la noche hasta el amanecer del nueve de Julio, en cuya hora sacaron del montón inundo al desdichado estudiante, que, por serlo, mereció esos cuidados tan excepcionales como poco felices y piadosos.

Se rindieron y troncharon las parras domésticas y las viñas aldeanas, de tanto racimo. «No avía vasijas donde echar el mosto», apuntó Zahonero; continuando la abundancia en las montañas, de las que salían como para estallar los cebones, sin que bajase el precio, porque acudieron al rumor de los gruñidos los compradores de todo el reino.

Un diácono capellán de la Catedral, «amaneció estrellado por haberse arrojado por una ventana». Era hombre popular, puesto que tenía su apodo: don Manuel Torrado, alias *Palmas*, acaso porque las repartiase liberalmente entre sus amistades en el Domingo de Ramos. No se mató,

pero le metieron en los Carolinos, como perturbador más que como perturbado, por lo cual, el pobre *Palmas*, salió perdiendo, al salvar la vida en su frustrado y aparatoso salto.

XI

1805.

A principios de Febrero vino la prohibición de los toros y novillos de muerte. Aquí es donde se aquilata la impasible serenidad de Zahonero. Ni una queja, ni un suspiro; obediente y resignado, acepta el odioso mandato del Consejo, refrendado por Godoy, que nos salió, a estas alturas, resueltamente antitaurino, a pesar de sus antecedentes flamencos... ¡Para lo que va a durar!, se diría el cronista, quien sin perder su flema apunta, con retintín, al llegar el mes de Septiembre: «Sin embargo, de la proivición de las fiestas de toros, ubo tres corridas picadas y banderilleadas en Talavera de la Reina», precisamente en Talavera, donde había de caer ensangrentada y rota la figura más pujante de los anales taurinos... A mí que no me digan: el Supremo Consejo de Castilla quiso avivar contra Godoy la animosidad española, metiendo al favorito en aquella mala faena, para que saliera empitonado, al rematar el atrevido lance... Pero no le había llegado su ho-

ra, aunque ya se la estaban preparando, de acuerdo con el alzaprimado príncipe de Asturias, su resuelta esposa, la napolitana dominante y orgullosa, y el taimado Escoiquiz, preceptor del impaciente y voluntarioso primogénito...

También les dió por las medidas de rigor, que fueran igualmente burladas, a nuestros antecesores en la venerable cofradía de Nazarenos. Había, por lo que se trasluce, algunos congregantes espontáneos, que sin figurar en el devoto gremio, se incorporaban a la procesión, provistos de sus túnicas, con ánimo de solazarse, como si se tratase de comparsa en antruejo. Expulsados tres de estos jóvenes irreverentes y entrometidos, tuvieron la osadía de salir de los Menores, con la túnica al hombro, como capote de brega, «hasta la casa que tiene ventana dentro del arco del toril, o arco de barba roja, donde las colgaron». Se levantó un remolino de indignación y protesta. Don Joaquín, apenas si puede contener en esta ocasión las muestras de su cólera. Llegaban los Nazarenos a la Cruz, cuando se les llevó la noticia, y movilizada la ciudad para la busca y captura de los sacrílegos mozuelos, dieron con ellos obligándoles a implorar perdón, públicamente, sufriendo después reclusión temporal en un convento, a base de implacable ayuno.

En el diario de Zahonero, no aparecen ninguna de las tres palabras inmortales, que vienen, des-

de entonces —1805— rodando sobre la historia con resonancia trágica y grandiosa. No se habla de Ulma, ni de Austerlitz —los dos picachos más altos en la imponente cordillera de los triunfos napoleónicos— ni de Trafalgar, la página insuperable de la inmolación heroica, por el propio honor y por la buena fama de la patria.

XII

Rehabilitación de la plaza.

Según cuenta el historiador salmantino don Bernardo Dorado, cura del lugar de Mata de Armuña, nuestra Plaza Mayor sufrió, durante unos meses, el apartamiento de los vecinos, que huían de ella, con ser tan maja y simpaticona, como de corral apestado, comenzando este desvío desde que se horrorizó el pueblo con el espectáculo de las ejecuciones realizadas en serie, como los coches de mister Ford...

«Los estudiantes se iban a otros puntos; las personas de opuestos domicilios daban rodeos por no pasar por allí; los frailes, que era la clase más abundante, la cruzaban corriendo; solamente algunas mujeres de mala vida, soldados corretones y muchachos traviesos, se entretenían, por la noche, en los portales, rompiendo bridieras y causando otras averías. Contribuía también a

hacerla desagradable, la desigualdad del piso y el verter, a discrección, las inmundicias, aun debajo de los soportales.»

He sacado ese párrafo para que la lección de la vieja historia conforte, consuele y calme a esos ciudadanos exigentes que mandan a los diarios locales delaciones ásperas y anónimas contra la incuria municipal, porque se encuentran en alguna calleja o travesía céntrica el gato insepulto, el ratón despanzurrado, la vasija quebrada, el zapato roto, el letrero deshonesto, los guijarros desencajados, el párvulo en cuclillas y otras mil futesas por el estilo. ¡Aprendan ustedes, los irritables centinelas honorarios de las ordenanzas concejiles! Avanzamos paso a paso, ciertamente, pero ya se inicia la emigración de las materias inmundas, que si estaban, a comienzos del XIX, en la Plaza Mayor, donde ahora florecen los rosales y canta el surtidor, ya van en retirada vergonzosa por las callejas. Los juguetones muchachos ¡angelitos míos! también se van educando y aunque yo los padezco, divirtiéndome con los golpes del balón que estampa sus besos rotundos en la frente pura de los cristales de mi despacho, hay que reconocer que no ejercitan su deporte contra la luna clara de los presumidos escaparates de la Plaza...

Pero, a lo que íbamos. El gobernador, marqués de Zayas, protegido del favorito, se propuso re-

habilitar a la ofendida plaza, poniéndola de punta en blanco, con pavimento nuevo, sumidero central, baldosas de piedra dura en los soportales, faroles en los arcos, y una escalerilla, la del Ochovo, como camino fácil para lograr la reconciliación del vecindario con su refugio predilecto, del que siguió apartado hasta que el incansable marqués se lo atrajo preparando un espectáculo decisivo. Fué, éste, la colocación en la Casa de la Ciudad de los bustos de los Reyes, Carlos y María Luisa, a los que, como era de razón, tenía que acompañar su inseparable Manolo, al que colocaron en un medallón del arco del Prior, desde donde podía contemplar la marmórea efigie de su reina y señora, y acudir, en caso de apuro, dándoles una voz a los amos, si necesitaban de aviso o consejo urgente. «El día 25 de Agosto —cuenta Zahonero— se colocaron los retratos de SS. MM. y se descubrió la medalla del príncipe de la Paz. Asistieron a esta ceremonia el Ayuntamiento y el cuerpo de procuradores, con muchos particulares convidados. En seguida hubo misa pontifical y Tedeum en la Catedral. Por la tarde sacaron los gigantes y gigantillas los aguadores; por la noche hubo baile en la Casa de la Ciudad para la nobleza, y hasta hubo una hermosa iluminación en la plaza, porque la fachada de la Casa de la Ciudad estaba por un estilo qual nunca se avía visto, que consistía en un transparente de una

multitud de vasos de todos colores, lo que dispuso un tramoista de las comedias que entonces avía aquí. Estaban todos los balcones colgados, i el batallón de milicias tendido delante de los retratos, los que hicieron una descarga, y otra quando descubrieron la medalla del príncipe, que fué una hora antes». El pueblo pidió novillos, y el marqués se saltó a la torera la prohibición, concediendo dos enmaromados.

Todo esto lo dispuso don Antonio de Zayas, de quien dice Zahonero en un paréntesis expansivo: (un loco era), dando a entender que además de la actividad oficial que desplegaba con sus numerosas y atropelladas iniciativas, desenvolvía el señor marqués, en otras de índole privada, la fogosidad de su varonil temperamento.

Se salió con la suya el impetuoso aunque frágil gobernador. El semblante bonachón y paciente del rey cinegético; la mirada vehemente de su encendida esposa, y el rostro carrilludo de su amigo, que recibió las caricias del amor popular aquella misma noche, apareciendo embadurnado en la primera aurora de su inmortalidad, pusieron en olvido las cataduras de los malhechores y verdugos, cuyo recuerdo ahuyentaba de la Plaza a la todavía medrosa muchedumbre. El príncipe fué nombrado regidor perpetuo; Zayas concedió más toros; el Concejo repitió bailes y refrescos, y un hermoso ciprés, derecho, digno y severo,

que crecía en el centro de la Plaza, solitario y al-
tivo, entre los tablones de una valla, cayó mor-
talmente herido, abrasado —según dice Zahone-
ro— por las resultas de los fuegos de artificio;
aunque me inclino a creer que el árbol austero se
abrasó de cólera, por no poder desahogar la que
le corría bajo su rústica y áspera corteza, contra
aquella gentecilla adulatora y mezquina.

XIII

El obispo Tavira.

El día primero de Enero de 1807, «a la boca de
noche», falleció el obispo don Antonio Tavira. Se
complace la pluma pregonando los méritos del in-
signe prelado, que se destacó, parejo del padre Cá-
mara, entre la borrosa teoría de cuantos goberna-
ron esta diócesis salmantina. Arqueólogo y erudi-
to delicado y certero, para encontrar en las ruinas
y en los textos clásicos la reliquia preciosa mere-
cedora de la exhumación y el elogio; polígrafo, en-
tre las lenguas más intrincadas y rebeldes; escritor
de gusto; predicador elocuente y persuasivo, de
quien decía Carlos III: *Tavira predica la verdad, y
quiero que la oigan mis hijos*; espíritu curioso y to-
lerante en las exigencias de la cultura y de las re-
laciones sociales; amigo de Cabarrús, de Melén-
dez, de Jovellanos, de los más despiertos y auda-
ces ingenios de la época; doctor y catedrático,

cuando Jovellanos quiso encontrar un colaborador de altura que secundase sus atrevidos propósitos de reformas en las Universidades, especialmente en la de Salamanca, que se iba quedando zaguera con sus altercados y rarezas, echó mano del obispo Tavira, redactando el decreto de su nombramiento con aquellas frases enaltecedoras: «Atendiendo su majestad a la urgente necesidad que hay de mejorar los estudios de Salamanca..., y a las dotes de virtud, prudencia y doctrina que requiere este encargo y que concurren en el Ilustrísimo Sr. D. Antonio Tavira, obispo de Osma»...

En los *Diarios* de Jovellanos, se reproduce la minuta de la comunicación que dirigió don Gaspar al rey proponiendo la designación de Tavira: «¿Que sabiduría, que prudencia, que virtud no necesita un prelado puesto a la vista de esta escuela general (la de Salamanca), que, por desgracia, parece todavía un establecimiento eclesiástico? Por tanto, me parece que conviene trasladar a esta mitra un prelado experimentado que, además de reunir estas dotes, se distinga, por su piedad, por su amor a las ciencias, por la solidez de su doctrina y por su buen gusto en los estudios; y por más que tiendo la vista entre todos los del reino, no encuentro ni atino sino con uno, cuyas cualidades conoce V. M. mejor que yo: D. Antonio Tavira».

La fulminante cesantía de Jovellanos tronchó



aquellas ilusiones y proyectos, consagrándose el prelado, según su biógrafo Villanueva, a los ejercicios pastorales del apostolado, siendo un vivo y asiduo ejemplo de caridad y virtud. Pero no le bastaron esas dos rodelas para defender su pecho, blanco de las agudas y envenenadas saetas del fanatismo. Le llamaron jansenista, por llamarle algo, como llamaron al Padre Cámara, mestizo, liberal, y al mismo Padre Valdés, que tomó con más flema y cachaza las alusiones del integrismo recalcitrante, porque era hombre que — como me decía cierta tarde estival, paseando por los jardines de la quinta episcopal del Zurguén— estaba curado de espantos, después de haber presenciado de cerca toda clase de hecatombes, desde el fuego a bordo, en la soledad del alta mar, hasta los terremotos filipinos, pasando por el naufragio, la fiebre, las privaciones del asedio y las dulzuras del cautiverio entre los tagalos... Y aun así, se le cayeron dos lagrimones por cierta reprimenda de Roma a cuenta del sermón de un franciscano contra el *El Lábaro* empecatado, pesadilla de los violentos nocedalistas de entonces. Ya se calmaron aquellas iras que alborotaban el provinciano ambiente con sus altercados de sacristía y sus públicas estridencias polémicas. Hemos visto morir, uno tras otro, con sereno y hermoso gesto, a los bravos campeones de la intransigencia que rondaban en torno de los dogmas y de sus

interpretaciones y retoños, como montaraces de la fé, dispuestos a soltar los mastines contra el leñador furtivo que buscase las ramas inútiles y secas para renovar el fuego en el hogar de sus creencias. El espeso monte que guardaron con tanto afán, lleva camino de convertirse en un parque para el paseo y exhibición de los indiferentes y para el ameno cultivo de los sudorosos deportes.

Otras noticias.—A Obispo muerto, Obispo puesto, siéndolo, en esta ocasión, el general de la Orden de San Bernardo, Fray Gerardo Vázquez, más achacoso que anciano, quien duró hasta el año 1821, sin que pudiera decir, como dijo su antecesor cuando le desanimaban los capitulares a que se arriesgase en la visita pastoral, durante su permanencia en la diócesis de Canarias: *Por donde van las cabras debe ir el pastor*, frase que repitió D. Alfonso XIII en un banquete en el palacio episcopal de Salamanca, haciendo una entusiasta y acaso intencionada apología del incansable y bondadoso prelado de Coria, elevado en estos días al arzobispado de Burgos. El acabado y enfermo D. Gerardo, hartó tuvo con alargar sus días y organizar rogativas y fiestas pidiendo la protección del cielo para los ejércitos invasores o para los que defendían la independencia española, según caían las pesas en el reloj de las victorias; un reloj de cuco, muy puntual y complaciente.

Volvieron a exhibirse, por dos veces, en el mesón del Rincón, los «osos, monos y otros animales», haciendo unas temporadas lucrativas, con ingresos que ya los quisieran en taquilla nuestras altivas compañías de verso y levita, o de música ligera y pantorrilla alzada...

«En la noche del dos de octubre se bio un cometa acia la parte del poniente, de color branco», astro de mal agüero, que presagió los próximos horrores de la guerra.

Anunciadas por el astro excéntrico, llegaron, el día nueve de Noviembre, las primeras tropas francesas —pantalones y chaleco blanco, larga casaca azul— de la infantería de Laborde...

XIV

Otoño de 1807.

El emperador se recrea en Fontainebleau, dominando el recuerdo de los Valois y los Borbones, hasta empequeñecer con su fastuosidad de *parvenu* el esplendor de las antiguas fiestas palatinas. Desde que Francisco primero —cuenta Grand-maison— había obsequiado en aquellos lugares al generoso y omnipotente Carlos quinto, los árboles del bosque no habían vuelto a contemplar parecidos cortejos. Allí estaba Laurette, la esposa de Junot y duquesa de Abrantes —a quien An-

tonio Ferrao maltrata, llamándola «a embaixatriz faladora e escribomona»— quien nos cuenta en el largo camino de sus Memorias, la estancia «en aquel retiro embriagador y fantástico». La magnificencia, el lujo mágico, rodeaba al emperador, cuyos ojos, brillantes de sensualidad, buscando el desquite a la abstinencia de las campañas, escogían la favorita de la semana entre aquellas buenas muchachas de París, convertidas, por capricho del César, en las grandes damas de su naciente corte. Diamantes, joyas, flores, trompas de caza en la espesura de la selva; la carrera loca de las lindas amazonas con su casaca de ante, bordada de oro en el cuello y las bocamangas, y el gran sombrero negro con rizado bouquet de plumas blancas. Y los ciervos huyendo entre los troncos centenarios, brincando sobre las rocas musgosas, o tiñendo de sangre el agua tranquila de los recónditos bebederos. Bailes, coqueteos, amoríos, murmuraciones sobre el divorcio del emperador. Bonaparte retoza con la bella Genoise, lectora de la repudiada emperatriz, y medita, paseando a caballo, seguido de su fiel Jardín, repasando la lista de las hijas de los reyes para encontrar esposa agradable y conveniente.

Entre la muchedumbre de cortesanos, embajadores y mariscales, se desliza un extranjero oscuro, sin uniforme y sin empleo, tan feo de rostro y desproporcionado de miembros, que bro-

mean a su costa las frágiles damitas y los buenos mozos, oficiales de la guardia y ayudantes de campo. Este hombrecito ruín, solapado y sonriente, era el agente diplomático del príncipe de la Paz, D. Eugenio Izquierdo, en cuyas manos había puesto su amo los destinos de España. El 27 de Octubre firmaban Izquierdo y Duroc el tratado de Fontaniebleau, repartiéndose lindamente las provincias portuguesas, como pan bendito. Todos sacan su cuscurro tostadito y sabroso: el príncipe, la propiedad y soberanía del Alentejo y los Algarbes; la Lusitania septentrional para el rey de Etruria... Napoleón, distraído entre risas y faldas, no se dió cuenta de que aquél día comenzaba la decadencia y destrucción de su imperio.

Real sitio de San Lorenzo.—Andan sueltos los diablillos de la intriga. El príncipe de Asturias, conspiraba contra papá y mamá, copiando en la celda prioral los divertidos pliegos redactados por su preceptor Escoiquiz, un maquiavelo de mucha gramática parda, pero que se tropezaba en las andanzas políticas, entorpecido por los hábitos talaes... El pobre rey ha suspendido sus tristes partidas de caza, dedicándose a descifrar la clave de los extraños escritos sorprendidos en la habitación del hijo ingrato y rebelde; escritos irrespetuosos, en los que al rey se le llama don Diego o Leovigildo, Sisberto a Godoy y Goswinda a María Luisa. Encierran a Fernandito en una pe-

queña pieza, desfilando la comitiva, a media noche, por el coro del monasterio... Viéndose acusada, a la reina le dan vapores y sofocos, llegando a proponer que decapitasen al hijo infame, parricida presunto... Llega Manuel; confiesa el criminal en una carta patética, delatando a sus inspiradores y cómplices. Se perdona al culpable y se abre el proceso. Y entre tantas preocupaciones y zozobras, entra discretamente, como de puntillas, en el Escorial, el tratado de Fontaniebleau, redactado por Beauharnais —el embajador fernandino— y Cevallos, el 8 de Noviembre.

El emperador no había esperado esa ratificación para soltar sobre España el ejército de Junot, al que pertenece esta división del general Laborde, cuya entrada en Salamanca registra en su cuaderno nuestro comentado cronista. Traía el mariscal, en pliego reservado, las vagas instrucciones que le diera el ministro Clarke, por mandato del corso. El soberano ordenaba marchar derecho sobre Lisboa, sin que dejasen traslucir las alarmantes intenciones del convenio secreto. «El emperador supone y espera —decía la orden de Clarke a Junot— que vuestro ejército estará hacia el 15 de Noviembre en Ciudad Rodrigo, y del 20 al 30 en la capital portuguesa». No venían, pues, retrasadas las avanzadas francesas, que comenzaron a entrar el 9 de Noviembre en Salamanca.

Hay que imaginar la escena, escribe Rafael Farías, en sus «Memorias de la guerra»: Los regimientos, cajas al frente, pasando por las calles estrechas y tortuosas; las gentes, que jamás soñaron cosa parecida, contemplando, mudas y atónitas, el desfile marcial, los uniformes vistosos de los soldados, los trajes brillantes de jefes y oficiales, que contrastaban con la ropa parda de nuestro pueblo y su grave paisaje...

Entre aquella muchedumbre que en Salamanca se agolpaba en las calles, llenando balcones y ventanas, estaba don Joaquín Zahonero, con los ojos muy abiertos y clavando en la memoria las impresiones del extraordinario espectáculo, para que no se le escapara el menor detalle... El día trece entraron cuatro mil, los regimientos 15 y 85, con el mismo vestuario que los anteriores; «quince cañones de artillería con sus municiones...» Por la tarde entró el general en jefe, *Jonó*, con sus edecanes. Pasan de largo, haciendo noche, cuando más, apretados por la orden lacónica del César, que sigue haciendo el don Juan en su Capua deliciosa. Zahonero llena de cifras las pequeñas páginas de su librito.

Su curiosidad infantil encuentra magníficas sorpresas: los morriones de latón dorado y las colas de caballo, atadas en ellos, en el cuerpo de dragones, todos vestidos de azul; los carros y furgones de la impedimenta; los llamativos colo-

res de los chupines y calzones; los fuertes percherones de tiro; los inquietos corceles de silla, y, sobre todo, aquel prestigio de valor y gallardía que cabalgaba, como un jinete invisible y alentador —Napoleón en su caballo blanco— protegiendo con su poderosa tutela al arrogante ejército. Arrogante les pareció —no olvidemos que traían «los sabres arrastrando»— aunque venía la tropa desmoralizada y deshecha por las fatigas de la terrible marcha durante la cual les persiguieron —según cuenta Thiebault— el hambre, la lluvia, las enfermedades y el insomnio, como fatídicas aves de presa.

Oigamos a Junot: A partir de la salida de Salamanca, los sufrimientos y penalidades del ejército llegaron a su grado extremo. Mis soldados se han alimentado con bellotas durante un día entero, mientras la nieve les penetraba en su andrajososo uniforme, hasta los huesos. No parece si no que la naturaleza se había unido a los hombres para acabar con los míos. Una vez pasado Ciudad Rodrigo, *dont le commandant est un miserable* —¡ya te lo dirán de misas a la vuelta de unos meses!— se prodigó un desbordamiento de tropas, imposible de contener, a no haber venido en mi ayuda el general Thiebault, que tiene el coraje de un héroe y la bondad de una mujer.

En Salamanca fué festejada la entrada del ejército francés con obsequios del confiado pueblo y

un baile a la oficialidad del Estado Mayor, en el palacio de los marqueses de Zayas... Más allá, el Clero —que extremaba sus finezas— comenzó a demostrar inquietud y los pueblos se manifestaron francamente hostiles, adivinando, por intuición prodigiosa, los secretos designios del emperador.

Los soldados se apartan de la ruta; comen la miel de las colmenas; roban en las chozas castañas y aceitunas, y al pasar por Peñaparda —ahí los dejamos— viéronse obligados a apoderarse de los rebaños de los naturales; pero nuestros bravos paisanos, realizando la primera proeza de la guerra de la independencia, mataron un centenar de franceses rezagados.

¡No vengaron mal la muerte de sus ovejas los pastores de Peñaparda!

XV

La caída de Godoy.

Envuelto en el áspero capote de bayetón que apañó en la huída, aterrado y hambriento, se esconde el gallardo príncipe de la Paz en los desvanes, entre los rollos de tapices y esteras, mientras abajo, en los aposentos de su palacio de Aranjuez, el pueblo, capitaneado por el tío Pedro y por otros fernandinos de alto copete, se entrega a las delicias del saqueo, destruyendo y quemando

do el fastuoso ajuar del opulento valido. Cuando lo saben en Salamanca, ya es viejo de cuatro días el motín de Aranjuez, al que ha seguido la abdicación del rey-calzonazos, quien ya quiere recuperar la corona, pidiéndosela, con el castigo del hijo usurpador y la libertad de Godoy, al soberbio gran duque de Berg, que, sin saber para quién será, viene, por orden de su imperial cuñado, en busca del trono de España. Zahonero, tan lacónico y prudente, se nos explaya esta vez contando en un largo y sabroso relato la batahola que se armó en la ciudad cuando llegaron las nuevas del motín de Aranjuez. Veamos como lo cuenta, sin ortografía y sin malicia, el veraz testigo de aquellos ejemplares sucesos. Es una lección que no tiene desperdicio; por algo se viene diciendo que la historia es la maestra de la vida. No cabe duda de que en esta ocasión, aun siendo una historia doméstica, se explica como si fuere doctora y estuviese encaramada en la tribuna de Fray Luis, pongo por cátedra y por maestro.

«El día 22 de Marzo vino la gran (por muchas razones) noticia del mucho alboroto que ubo la noche del 17, en que acavó su privanza D. Manuel Godoy. Por la tarde de este día se alvorotaron los estudiantes, binieron a la plaza i encontraron en ella al marqués de Zayas, Governador de este pueblo; dispués de apedriar la Medalla le obligaron a que trajese un pica pedrero y manda-

se a éste picar dicha medalla de Godoi, que el mismo Zayas avía puesto en el poste primero después del Arco de San Martín acia la calle del Prior, y su postura fué en Agosto de 1806, con gran pompa. Luego le pidieron novillos y que mandase tocar el Relox, lo que concedió. Esta misma tarde, viendo la Universidad lo que pasaba, mandó quitar la medalla (como se verá, no distingue Zahonero entre medalla y lápida), que en Octubre de este año 1808 se le erigió a el tal Godoi, por averse echo juez conservador de ella; asimismo hicieron los estudiantes que se tocase el Relox de escuelas y la clave de la catedral, y esta misma noche, tan locos estaban que fueron a la casa del Arcediano de Salamanca, que era primo de D. Manuel Godoi, y allí dijeron mil disparates i no hicieron otra cosa por estar el Arcediano forastero, pero con todo le quebraron las bidrieras. El día siguiente, 23, ubo dos novillos con cuerdas, y sacaron las gigantillas de San Isidro, todo esto se hizo quando se puso la dichosa medalla. O inconstancia de las cosas humanas.»

«este Sr. Governador, Marqués de Zayas, era un adulator público del tal Godoi, y a instancias suias se puso la medalla en la plaza, y en celebración de ello tubo lo que allí se dice, que fué la mayor afrenta que se podía hacer a ombre el hacerle quitar lo que el mismo avía puesto, y con las mismas fiestas que tubo para ponerlo. Vien es

que el general regocijo que ubo pa quitarlo no lo ubo para ponerlo. En los días de alboroto y regocijo, ubo la favorable casualidad de que no avía aquí tropa alguna, ni nacional ni extranjera, dije favorable, pues de averla avido, no se lo que ubiera sucedido, por ser el Sr. Governador un loco y mui interesado en este suceso.»

«fué tan ruidosa la caída de este ombre por quanto se avía levantado de la nada hasta el mayor grado de grandeza, como se puede ver en sus títulos y mandos, y toda su fortuna la hizo en 20 años, ojalá no la ubiera echo porque fué un tirano para españa, y tanto que sino cai la pierde enteramente y la enajena poniendola un dueño extranjero, por todo lo cual fue tan general en todo el reino el gozo que no ubo pueblo que no lo celebrase y no tirase o quemase sus estatuas, medallas o bustos, salieron mil coplas asi impresas como mano escritas y se le encontraron cerca de dos mil millones en dinero.»

Por esta vez, coinciden en sus acusaciones y juicios la voz anónima del vulgo, inclinada a la hipérbole, y la opinión serena de los jueces, que escriben la historia. Ahora que le maltratan y persiguen, arrojándole sobre la paja podrida de las caballerizas, que humedece con la sangre de aquella herida, producida por la mano cobarde de algún ingrato, y con las lágrimas que le nace del alma; ahora que ya no es nadie Manuel Godoy,

y que le aguardan en la calle las injurias de los palafreneros y bergantes asalariados por los fernandinos; ahora que la historia le desnuda y escupe para clavarlo en el madero infamante del aborrecimiento eterno, quisiéramos encontrar una palabra piadosa para refrescar con su jugo los labios resechos de la víctima. Pero todos se juntan para maldecir su nombre, sin que entre aquella muchedumbre que se enriqueció a expensas del favorito, se destaque el amigo noble y fiel que acuda en su defensa... Como el marqués de Zayas, «el loco aquel» que se volvió tan cuerdo cuando los estudiantes le acorralaron, todos los protegidos del valido secundaron la rabiosa labor de los picapedreros, marcando la memoria de Godoy con los más vergonzosos y duraderos estigmas.

En Salamanca quedan, todavía, las señales del violento y vengativo cincel, en el medallón picado del arco de la plaza, y en el muro de la Universidad de donde arrancaron la efigie del conservador perpetuo cuando el reloj de la ciudad anunció con sus campanadas, tan sonoras como tardías, la hora de la justicia... «Repetida y severa lección que a cada paso nos da la caprichosa fortuna en sus continuados vaivenes», escribe, friamente, el conde de Toreno, sin impresionarse demasiado, por ser de aquellos sucesos que, como dice Lafuente, «no sorprenden ni sobrecogen al

historiador, a cuya memoria se agolpan los ejemplos de otros tiempos y siglos»... Lo cual no deja de ser un consuelo...

XVI

Movimiento de tropas.

Los diez mil soldados portugueses, desterrados por el francés invasor, como quien se oxea de una manotada los mosquitos enojosos, recalaron en Salamanca con la merma de los que se desmandaron en el humillante éxodo, desertando por el camino. «Venían muy disgustados», y no era para menos, aunque por la mansedumbre con que se dejaban arrear, más parecía un rebaño de nostálgicos fadistas que todo un ejército armado hasta los dientes. Desde el doce de Abril, disfrutaron de la hospitalidad salmantina, surgiendo repetidas peloterías entre oficiales y soldados, a cuenta del prest, que no se les abonaba, trocándose, para los más deslenguados, el salario debido en baquetazos al contado, que se repartían públicamente en los alrededores del Carmen calzado, ante la concurrencia de la muchedumbre indígena, entretenida con el evangélico reparto de zurriagazos.

Andaban los salmantinos con la mosca en la oreja, escamados con las entradas y salidas de

los distintos ejércitos, siendo la primera muestra oficial y solemne de aquellos recelos, «la procesión general en rogativa» que se celebró a fines de Abril, en la que formaron todas las comunidades y tonsurados, sacando nada menos que al Santísimo Cristo de las Batallas, no sólo por ser imagen muy venerada, sino atendiendo a sus antecedentes belicosos, de cuando se armaba con la divina y fuerte Enseña el brazo corpulento del legendario obispo don Jerome, el caboso coronado, que

de pie e de cavallo mucho era arzeziado,

y lidiaba con ambas manos, junto a Mio Cid, sin poder llevar cuenta de los morazos que mandaba a la perdurable folganza del paraíso mahometano. Se limitan a pedir, en la procesional rogativa, «que se compusiesen bien las cosas pendientes de Godoy y los franceses», pero mientras rogaban a Dios, preparaban el mazo, barruntando que llegaban los días en que habría que alternar la oración tranquila con el enérgico cintarazo. No con la espada, pero sí con el plomo de una bala perdida, tumbaron malherido a un fraile, limosnero del Calvario, que quiso cucharonear de cerca lo que se guisaba en los calderos de Marte.

Cuando la procesión iba por fuera y por dentro, ya se habían dejado atrapar el inocente rey y su

bobalicón y presumido consejero, el canónigo Escoiquiz, por la invitación del sinuoso y hábil Savary, duque de Rovigo, el hombre de confianza que utilizaba Napoleón para los asuntos turbios y peliagudos. Llegado a Bayona, Fernando había estampado dos besos sonoros en las mejillas de Bonaparte, que correspondió a tan filial obsequio tirando de las orejas al canónigo, cuando don Juan se disponía a deslumbrar al «genio del siglo» con el discurso erudito y conmovedor que tuvo que reservar inédito para sus Memorias: «No me venga con cuentos, canónigo»—le había interrumpido el César, cercenando el preámbulo de la disertación; quedando consternados el rey y su cándido cortejo, que tenían fundadas sus esperanzas en la elocuencia del prebendado de Toledo. Pataleaba Fernando, porque le quitaban la corona, agitando un pañuelo blanco desde el balcón de su cárcel, según cuenta un historiador francés, que pone en boca del enfurecido joven la pintoresca frase, que gritaba demandando auxilio: *Yo soy trahido*; se relamían de gusto, los reyes viejos, Carlos y María Luisa, confiando en que Napoleón les volvería al trono, reponiendo también, en su puesto, al maltratado Godoy, que estaba allí, en Bayona, para que no tuviese nada que pedir la machucha soberana. A todos los conoció rápidamente Bonaparte, que trazaba en cuatro trazos certeros las semblanzas de sus

nuevos fantoches, cuando escribía a Tayllerand: «Carlos IV es un pobre hombre, con el aire de un patriarca franco y bonachón; María Luisa lleva su corazón y su historia en su rostro, por el que cruza cuanto es posible imaginar...; Fernando—lo dejaremos en francés, para que no parezca tan fuerte—*tres bête, tres mechant*, y Godoy, que comienza a recobrar los sentidos, tiene la facha de un torito.» Se conoce que la adversidad no le había demacrado, porque, o aludía el emperador a la robustez física del exválido, o quería dar a entender que continuaba encampanado y viril, pidiendo pelea.

El dos de Mayo.

Hasta el día seis no llegó a Salamanca la noticia «del alboroto con los franceses». Para expresar la impresión que produjo en la ciudad, Zahonero usa, por primera y única vez, de los signos ortográficos que significan admiración, y como quien se echa las manos a la cabeza, exclama: ¡parecía el día del juicio!, frase que llevó a su historia don Manuel Villar, componiéndola un poco, para que se presentase más atildada al respetable público. Era viernes, el tal día seis, y los primeros que se echaron a la calle, dando voces, fueron los estudiantes, que la habían tomado con el gobernador, y contra él pegaron, pidiéndole armas...

Bueno: pedían armas, y pedían vacaciones, y si no les dieron las primeras, sacaron fácilmente las segundas, porque al día siguiente el gobernador pasó un oficio al claustro, «exponiendo que convenía que se acabase el curso, como en efecto se acabó, pues aquella tarde ya no ubo cátedras, y se les mandó que dentro de tres días se fuesen a sus casas».

No creo que haya motivo para que se impresionen tan a lo vivo nuestro cronista casero y nuestro historiador de gran espectáculo. «Conmociones» como esa, las teníamos y disfrutábamos en cada curso académico, hasta que un gobernador cerril, el Zayas de nuestro tiempo, aquel Manzano, más bien alcornoque, que provocó la represión sangrienta del 2 de Abril, extirpó de raíz la divertida costumbre de las agresivas manifestaciones escolares...

XVII

El alzamiento nacional.

Desde mediados de Mayo comenzaron a pasar los furgones abarrotados de riquezas artísticas y de géneros manufacturados, que remitían a sus familias, como espléndidos regalos, los altos jefes del ejército de Junot, entregado en el dócil y abundante Portugal a la más asidua y entusiasta

rapiña. El mariscal predicaba con el ejemplo, no satisfecha su codicia con los quinientos mil francos que seguía percibiendo como gobernador de París, más trescientos mil por su participación en el juego, a los que añadía la ciega generosidad imperial seiscientos mil francos que le asignaron como gobernador de Portugal, con otros tres mil diarios para la mesa. Pareciéndole poco, comerciaba expidiendo licencias para la salida de los barcos que anclaban en el Tajo, oscilando la tarifa entre sesenta y ochenta mil francos; saqueaba iglesias, palacios y conventos, y, para no privarse de nada, se enredaba en escandalosos amores con las frágiles esposas de algunos de sus oficiales más adictos, a los que distraía señalándoles las fuentes ocultas donde podían llenar el cántaro de la codicia. Todos formaron en la cola, guardando turno para colmar su vasija, menos el magnífico Thiebault, futuro gobernador de Salamanca, y entonces jefe del Estado Mayor del ejército de Portugal, quien presume de varón austero, pero guardando eterno rencorcillo contra el mariscal porque no quiso aceptar un negocio honradísimo que le propuso, que consistía en provocar mediante dos decretos simultáneos una formidable oscilación en el valor del papel moneda, de cuya profunda y rápida marejada financiera sacarían los bizarros consocios una ganancia de sesenta millones. A Junot le pareció maravillosa la

concepción de su compinche, pero la realizó por su cuenta y riesgo, pensando, con el adagio castellano, que las medias sólo son buenas para las piernas. Y, sin embargo, Thiebault, que cuenta en sus Memorias el referido proyecto de alta economía pública y privada, ha pasado a la historia como el único general incorruptible de aquella legión de bandoleros. La duquesa de Abrantes, esposa de Junot, recoge en sus Memorias este delicioso diálogo, entre el general Taviel y la condesa de Jugny:

—Solo hay un general que no haya robado en Portugal —decía Taviel—: El general Thiebault.

—Espero —respondió la condesa— que usted se exceptuará, también, de los ladrones.

—A fé mía, que nó —replicó francamente el caudillo—. Las tentaciones fueron más fuertes que mi voluntad...

Afortunadamente para España, la vanidad y la codicia iban llenando el lugar que antes ocupaba exclusivamente el valor en los corazones de los mariscales napoleónicos. Aquellos furgones que rodaban a través de nuestro suelo, se llevaban también, lejos de estas tierras, el coraje de los guerreros decadentes, que sólo pensaban ya en recargar de adornos llamativos sus uniformes, en darse vida de príncipes y en asegurarse una fortuna, por si venían mal dadas...

El alzamiento nacional, repercutió tibiamente

en Salamanca, donde la indignación contra el francés y el ansia de batirlo y vencerlo se manifestó en forma piadosa y estática, impetrando el favor del cielo con las continuas fiestas y procesiones. Andábamos un poco remolones, la verdad sea dicha, procurando movilizar las fuerzas de lo alto, antes de resolernos a dejar el hogar tranquilo para engrosar las filas de los voluntarios combatientes. Hagamos justicia al marqués de Zayas, que se portó como un hombrecito, dejando el gobierno de la provincia para ponerse al frente de una columna. Todavía no ha realizado ese honroso acto, que le enaltece y rehabilita, cuando en la noche del cuatro de Junio del año que vamos recordando, «víspera de pasqua de pentecostés», a las ocho y media, se alborotó de veras la ciudad, pidiendo armas. Tocaba sin cesar el reloj de San Martín, y la rebelión que venía fermentando, estalló contra el mentado gobernador, a quien se achacaba inteligencia culpable y traidora con los franceses. Arrebataron las pocas armas que se almacenaban en el hospital, más a propósito para enajenarlas como inserrible chatarra que para esgrimirlas con esperanza de un manejo eficaz y mortífero; pero bastaba tan miserable armamento para los modestos propósitos que arrebataban a los amotinados, quienes sólo aspiraban a quitar la vida al calumniado gobernador.



Se refugió Zayas, en casa del Obispo, que lo era, como se recordará, el achacoso y prudentísimo Vázquez, amparándose la también perseguida esposa del marqués, en el convento de San Pedro. Como todo consiste en empezar, fué creciendo, en los siguientes días, el ardor bélico de los salmantinos, que luego de encerrar a los aludidos consortes, quemaron el papel sellado, por tener el renglón siguiente: «Balga por lugar teniente del Reino»; adornáronse los más mozos con la patriótica escarapela, traducida del francés, aunque con aspiraciones más reducidas que las de los demagogos regicidas del noventa y tres, y empezaron a patrullar por las calles con marcial continente, alistándose casi todos los paisanos útiles en los pliegos abiertos para recoger tan heroicas adhesiones; después de lo cual, formada la numerosa patrulla de jinetes y peatones, fueron a San Francisco, haciendo montar a caballo al padre guardián, quien empuñó el estandarte de Nuestra Señora de la Concepción, para enarbolarlo en el palacio del marqués de Cerralbo, a quien designaron como general de esta ciudad y su partido...

Desde ese día, seis de Junio, «todo ombre, fraile, cura, ancianos y mozos, traían las escarapelas», formándose turnos para la vigilancia y defensa del recinto urbano, siendo curioso que comenzasen prestando ese peligroso servicio los cu-

ras y frailes. Entre sustos y alarmas, se fueron pasando los difíciles días; tan pronto cerraban la ciudad, por tenerse confidencias de que avanzaban los franceses; tan pronto las abrían cuando se calmaban los ánimos con las noticias tranquilizadoras; pero luego de estas vacilaciones y angustias, se llegó a un acuerdo: el de confiar definitivamente a los frailes la custodia de la muralla, sin que pueda tomarse la curiosa determinación como señal de egoísmo o cobardía en el paisanaje seglar, ya que se habían marchado cerca de mil mozos a los cuerpos organizados, sin contar los sesenta que se agregaron a la compañía especial de estudiantes, que se formó en esta ciudad, teniendo en la bandera el escudo con las armas de la Universidad.

Desencadenada la tormenta, Murat, el gran fanfarrón, que había lucido en los desfiles madrileños sus atavíos carnavalescos — «botas de cuero rojo, faja de seda, chaqueta de terciopelo verde, charreteras de oro, penacho blanco, la cabeza erguida y la pluma al viento» — se descompone y turba, como una damisela, temiendo la muerte oscura que le acecha entre las fiebres; y el Júpiter tonante, fingiéndose clemente, derrama la lluvia suave de su literatura marcial, prometiendo a la nación embravecida, su protección amorosa y bienhechora...

XVIII

Rioseco y Bailén.

En el mes de Julio se colocó la cancela en el templo de las Agustinas de Monterrey, cerrando con la robusta y forjada verja de tres cuerpos los arcos de entrada al pórtico, en la fachada que don Antonio Ponz tachó de pesadísima y fea, culpando a los «executores» por haberse apartado de los planes del arquitecto, «añadiendo los que les vino a la cholla». Costó el cancel, que así lo llama Zañonero, cerca de treinta mil reales, y se alzaron luego con él los franceses, sin reparar en su tamaño y peso, dejándonos la fachada con el desgraciado semblante que todavía conserva, tapiados los huecos donde se luciera, por tiempo tan breve, la robusta y malograda obra de los rejeros locales.

Un caballero generoso, devoto y modesto, que se escondió en el anónimo, se gastó buenos cuartos costeando misas y sufragios «por las ánimas de los que avian muerto y avian de morir en la guerra», celebrando en las Agustinas la mayor parte de los clérigos de la ciudad, a los que retribuyó la incógnita mano del desprendido y fervoroso salmantino con el módico estipendio de una peseta, que debió parecerle excesivo a nuestro cronista, cuando lo asentó en su dietario.

Estábamos estrenando en España el Rey y la Constitución, productos elaborados en Bayona, como los chalecos de abrigo, en la solemne asamblea organizada por el emperador, para lo que todavía encontró un nutrido coro de patriotas, que nunca faltan legisladores voluntarios cuando los contrata, para el gran espectáculo nacional, un empresario resuelto y solvente. El mismo rey Fernando, pasada la rabieta, se vino a las buenas, felicitando a Napoleón y a José, en la célebre y edificante epístola que se leyó en la sesión del 30 de Julio, encantado de que le sustituyera en el trono de sus mayores, un prójimo de tan excelentes prendas, y conformándose ya el cuitado con que el emperador le admitiese en su feliz y aprovechada familia, dándole por esposa a una de sus sobrinas, sin apuntar hacia ninguna determinada, con tal de emparentar con un tío que repartía cetros y coronas como quien distribuye baratijas.

El 24 llegaron a esta ciudad doscientos guardias de Corps y otros tantos carabineros reales, cuatro cañones, el general Cuesta, el general Urbina y el marqués de Zayas, gobernador que había sido hasta entonces de Salamanca, que confundió, con tan gallarda prueba de valor y patriotismo a los que quisieron arrastrarle cuando el motín, por suponerle en combinación con Godoy para entregar la ciudad al extranjero. Este general Cuesta,

viejo, terco y destemplado, más ducho en ciar que en acometer, según Toreno, venía zurrado de Ríoseco, en cuya batalla abierta, frente a las tropas de Bessieres, se dejó vencer en forma que pareció sospechosa, por haberse mostrado remolón y torpe, sin aprovechar las favorables circunstancias en que se encontraban sus huestes cuando se trabó la pelea. Ya se había ganado la portentosa de Bailén, con la capitulación de Dupont, llegando la gratísima nueva a Salamanca el día 27, entregándose la población a las expansiones del júbilo reparador, la mejor medicina para sanar de aquella depresión y melancolía. Sacaron los cuatro cañones gigantes a la Puerta del Río, alineados en el antepecho donde está el rollo con su cruz de piedra, y comenzaron a soltar pólvora en salvas, esparciendo el gozo de la ciudad por los pueblos, que recogían el inquietante rumor de los estampidos.

Al siguiente día, 28, salieron las fuerzas para el lugar de San Muñoz, donde se estableció el cuartel general, recibiendo Cuesta la visita del duque del Infantado, arrepentido de su adhesión a Bonaparte y de las lisonjas que le ofreció como representante de la nobleza afrancesada en su saludo de Bayona, de donde regresó a España acompañando al intruso, que le nombró coronel de sus guardias. Coincidió esta conversión del mudable prócer con el abatimiento y sobresalto que se

apoderó del rey José y de sus consejeros y parciales al conocer la derrota de Andalucía y la creciente y embravecida hostilidad del pueblo. «Si re —escribe el apocado José a su impetuoso hermano;— vous étédans l'erreur; votre gloria echouera en Espagne», y temiendo dejar en ella sus huesos, arregló el equipaje, saliendo de Madrid el 30 de Julio. Cuando el rey tomaba el camino de Burgos, su fidelísimo coronel de guardias españolas salía para Salamanca, prestando ante el general Cuesta su nuevo juramento de fidelidad a la patria en el lugar de San Muñoz, donde se preparaba el ejército para la defensa de Castilla.

XIX

Llegan los ingleses.

El pueblo, furioso en sus opiniones, según la frase de Saavedra Fajardo, se desmandó con bárbaros impulsos de ciega rebeldía, arremetiendo como toro bravucón y acosado contra los que apurando la reflexión y la cautela, antes de resolverse a la lucha con los invasores, aparecían sospechosos de convenio tácito con los franceses. La plebe enardecida que sacrificó en Cádiz el noble Solano, y en Sevilla al conde del Aguila, y en Jaén a don Antonio Lamas, y en Granada a don Pedro Trujillo, y en Badajoz al conde de la Torre

del Fresno, y en Valencia al barón de Albalat, y en Madrid a Viguri —de donde nació el terrible vocablo de *Vigurizar*, para calificar con indulgencia cruel esos asesinatos políticos—, quiso, en Salamanca, cobrarse de las supuestas traiciones de Zayas con la vida de este atolondrado, fracasando su intento por la agilidad que puso el perseguido para acogerse a sagrado; pero, en Ciudad Rodrigo, no tuvo igual fortuna quien gobernaba la plaza, don Luis Martínez de Ariza, que murió a manos del populacho. En Salamanca fué fusilado, el día 12 de Agosto del año ocho, el supuesto instigador de aquel sangriento alboroto, por no ser hallados quienes pusieran su mano armada y alevosa sobre la indefensa víctima. El viejo general Cuesta fué quien firmó la sentencia, que se ejecutó «junto al Cristo de los Agravios», que acaso tuviese que perdonar el que, por la rapidez y dureza del fuero castrense, se cometiese contra la justicia, al castigar en uno el delito cometido por la muchedumbre, embriagada por el odio.

El desconcierto que reinaba entre los remisos caudillos del ejército regular, se acusa en las continuas noticias donde registra Zahonero las entradas y salidas de las milicias, y sus marchas y contramarchas a la ventura, para registrar los contornos de la provincia, de la que salió, por fin, el avinagrado general, con toda su gente, a fines de Agosto, para concentrarse en Madrid,

hasta que la Junta Suprema, que se constituyó en Septiembre bajo la presidencia del viejo político Floridablanca, pusiera orden en los confusos negocios del revuelto y vacante reino. No había perdido su tiempo el inconstante duque del Infantado durante su estancia en las riberas del Huebra; pues de su entrevista con Cuesta, en San Muñoz, salió el propósito de repartirse entre ambos la gobernación militar y política de España, siendo rechazado por el Consejo de generales celebrado en Madrid, donde se trazó un plan estratégico, tan ingenuo como simple, concediendo a cada cuerpo del ejército una independencia absoluta, único medio de evitar la discordia y el rompimiento entre los caudillos que se consideraban con títulos igualmente gloriosos para alzarse con el mando supremo.

El mes de Octubre fué bullicioso y alegre para la confiada ciudad, que olvidó duelos y quebrantos para festejar a su modo, por lo divino y lo humano, la constitución de la Junta suprema, con todas sus delegaciones, fórmulas y dietas. Comenzaron las fiestas el nueve, a base de tres novillos enmaromados, iluminándose durante tres noches los edificios públicos, como si estuvieran en la más apacible y venturosa de las ferias, celebrándose, a continuación, un novenario en la Catedral, que terminó sacando por las calles, en procesión solemne, la imagen de la Virgen del

Pilar, que compartía con la madrileña de Atocha el entusiasmo y devoción y las coplas y jotas que, a manera de arengas, más que de plegarias, brotaban del alma popular en fogosas y emocionantes ofrendas.

Ya están aquí, en las calles salmantinas, los gallardos y correctos ingleses de Sir John Moore, aquellos soldados rubios y fornidos, que habrán de ser destruidos por Napoleón, «como la paja seca, por el fuego». Son los veinte mil desembarcados en la Coruña, con sus veinte mil pares de calzado, de repuesto, y sus doscientas mil libras de queso, dispuestos a no regresar a sus islas hasta que quede saldada la vieja cuenta que tienen pendiente con el perturbador de Europa. Zahonero los vé pasar, y queda encantado de su porte y atavío, del que le sorprende las faldillas de los infantes escoceses, iguales a los zaragüelles de nuestros valencianos. «Traen gorras muy raras, y medias de colores; bien es verdad —añade— que no hay tropa de mejor lujo en el mundo, por su disciplina, vestuario y aseo, y la nación bien se sabe que es hermosa de cuerpo».

Estuvieron los ingleses hasta el doce de Diciembre, que partieron en socorro de Madrid, conociendo en Alaejos la noticia de la rendición de la Corte. «Los castigos eran crueles —sigue escribiendo don Joaquín—, pues por poca cosa les encajaban cien y mil azotes, que solían morir de

ellos; los verdugos eran los tambores; tenían misas los domingos, en el campo, sin más aparato que el siguiente: el capellán tenía ropa talar; ponían un bombo en el suelo y encima un tambor; se arrimaba a estos ornamentos el celebrante, leía en dos libros, le respondía un soldado que estaba tres pasos detrás. Esto duraba tres cuartos de hora, i al cabo de ellos, se comía un pedacito de pan, i se acabó la misa que vi en el campo de los Mínimos. La tropa asistía a ella formando el cuadro, con mochilas; armas i todo puesto, y sólo el cura i el ayudante tenían el sombrero quitado. Lo intierros benían a ser lo mismo, porque no acía más que leerle al cadáver un rato i meterlo en la zanja del camposanto, que fué donde los enterraron».

Como se ve, nuestro cronista, espíritu curioso y detallista, observa, con rara tolerancia, los oficios de la iglesia anglicana, que le resultan amenos, por su novedad pecaminosa.

Reserva Zahonero su admiración, levemente teñida de envidia, para extasiarse ante el voraz apetito de aquel ejército carnívoro, que consumió la friolera de ochocientas reses mayores. —¡Esto sí que es comer!— viene a expresar, entre líneas, el sobrio castellano, sin prever que los cebados y elegantes soldados de sir John engordaban para morir, mientras que nuestros frugales abuelos, y entre ellos el morigerado don Joaquín, conserva-

rían la pelleja al arrimo del solitario y espumoso puchero.

XX

La invasión.

Santiago Román, fué un hombre valeroso, sin duda; lo fué, por lo menos, el día 16 de Enero de 1809, cuando más decidido, o más impaciente y curioso que sus alarmados paisanos, tomó, él solito, el camino de Zamora, llegándose hasta Calzada de Valdunciel, donde, prudentemente resguardado entre la espesa alameda, vió cómo entraban en la aldea los primeros dragones franceses. No era cosa nueva, para los salmantinos, los aparatosos dragones, que ya vieron desfilar con su bruñido casco de colgantes crines; pero ahora venían como enemigos sañudos, mientras que antes, al pasar hacia Portugal, se presentaron y condujeron como los amigos más campechanos y fieles... Cuando volvió Santiago Román con su cruel noticia, se le habían anticipado los jinetes imperiales que, de una galopada, se plantaron en la Puerta de Zamora, anunciando su próxima visita por medio de un escrito, del que se apoderaron dos oficiales ingleses, los únicos que habían quedado en Salamanca retenidos, quizás, por el empacho gástrico, derivado de la intemperancia en el consumo del apretado embutido del país.

Yo bien quisiera, llegando a este momento crítico, que los salmantinos hubiesen imitado la heroica conducta que por entonces sostenían los tercios aragoneses, resistiéndose como leones entre las ruinas de Zaragoza, migada por la metralla de los sitiadores. Cada región tiene su psicología, y siempre nos dió, a los de este rincón castellano, por echar por delante de las resoluciones, como vanguardia exploradora, al pelotón cauteloso y reflexivo que, después de apreciar las circunstancias, con sus ventajas y sus riesgos, animan o desalientan a la voluntad, cuyo poder ejecutivo suele inclinarse más bien a la abstención prudente que a las determinaciones violentas. Las noticias que trajo el arriesgado Santiago Román y el tarjetón de visita que dejaron los dragones en el vestíbulo de la urbe, produjeron un efecto sólo comparable al que debe causar la nocturna presencia del hambriento lobo en el redil de las desamparadas y tímidas ovejas. «Todo el vecindario, curas, frailes i monjas, andaban por las calles disponiendo la huída, que se enllenaron los lugares inmediatos de gentes.» Faltó el caudillo, el hombre animoso y autorizado, que inflamase con su verbo y con su ejemplo a la muchedumbre, medrosa y egoísta, para dar siquiera apariencias de sumisión digna, a lo que fué humillante y servil acatamiento. Lo tuvo Ciudad Rodrigo, en el viejo Herrasti, y gracias a él y a la

burlona y ligera guerrilla de don Julián, se disimula ante la historia la pasividad salmantina, como una zona de sombra entre resplandores tan intensos.

Entraron, pues, los franceses en Salamanca, como en país conquistado, recogiendo las armas ociosas a los dóciles vecinos; se celebró el 21 gran fiesta religiosa en la Catedral, donde prestaron juramento a José Bonaparte, abriéndose un registro, a modo de plebiscito, con resultado muy favorable para la nueva monarquía, mostrándose decididos a empuñar la pluma quienes no lo estuvieron tanto para apretar el gatillo, sin duda por ser aquélla el arma que siempre manejamos con menor riesgo y mayor destreza.

Bien es verdad, que las personas y familias más visibles se abstuvieron de asistir a bailes, refrescos y comedias organizados con gran abundancia en honor de los ilustres y temidos huéspedes, por los funcionarios del nuevo régimen, pescadores en río revuelto, que pagaban el inesperado encumbramiento con tales agasajos. Bastaron dos mil franceses «con un cañón o un obus» —dice Zahonero— para someter la ciudad y saquearla como casa sin dueño. Sacaron de ella, en los primeros días del pillaje, dos mil colchones, otras tantas varas de paño, mucho material para botas y zapatos, todas las buenas armas y municiones, y —esto es lo más sensible— todo el dinero de tesoro.

rería y de las comunidades. Para consolar a los desvalidos, el general Montpetit, dió un gran baile, con ambigú, en su residencia oficial del palacio de Castellanos. También se abstuvieron de concurrir a la danza, las salmantinas, salvo unas quince o veinte, pertenecientes a las familias favorecidas por el gobierno del rey Pepe. No debemos desdeñar esta especie subalterna del heroísmo, consistente en vencer las tentaciones cuando se ofrecen tan seductoras y atrayentes. Algo es algo, y si no llegaron a escalar nuestros abuelos el grado máximo del heroísmo arrogante y pendenciero, por lo menos guardaron cierto recato rumiando en la soledad las amarguras del remordimiento.

Siguieron desplegando los galantes jefes del ejército francés las artes de la seducción, repitiendo la celebración de saraos, con música, danzas y banquetes, suponiendo que las amables maniobras de la diplomacia, secundadas por la buena cocina y por las frases corteses y amorosas, domesticarían al áspero y sencillo castellano convirtiéndolo en vasallo fiel del rey extranjero; pero siguieron, también, resistiéndose, a través de los carnavales, los retraídos personajillos, siendo curiosa esta porfía, observada de cerca y con todo cuidado por nuestro cronista, que llevaba cuenta de los pocos que se iban dejando vencer por la diabólica táctica de los aprovechados

discípulos de Tayllerand... Alternando la caricia con la estaca, según los procedimientos corrientes en toda política de penetración pacífica, mientras desmoralizaban a los tibios y conquistables con los aludidos halagos, perseguían los franceses, con las deportaciones alevosas y los inquisitoriales procesos, a la media docena de conspiradores, que nunca faltan, para compensar las claudicaciones abyectas, en las épocas difíciles.

Esos conspiradores, cuya noble conducta merece toda nuestra simpatía, encontrándose aislados entre un ambiente saturado de indiferencia, miedo y servilismo, se deslizaban a través de la cobardía social, dejando una huella de inquietud y de rebeldía, como si hablase por su boca atrevida la conciencia de la ciudad, enmudecida por el egoísmo. Tres de ellos fueron especialmente perseguidos y maltratados: un don Francisco Nieto; un cabo de Rentas, llamado don Francisco Llúch, y un mancebo del mercader Puyol: Domingo Estrada, acusados, estos dos últimos, de haber invitado a la deserción a unos dragones franceses. El pretexto era ridículo, como lo suelen ser cuantos inventa la autoridad congestionada cuando pretende utilizar como recurso de gobierno la pedagogía cruel del escarmiento; pero al infeliz Estrada, condenado a muerte, le dieron el primer susto, teniéndolo ya en el lugar de la ejecución, donde se presentó el Obispo, con-

siguiendo que se aplazase la sentencia, que fué condonada luego por la de destierro.

Todo ello, trasciende a comedia, más que a melodrama; la oportunísima presencia del Prelado, cuando ya encañaban al bravo mancebo los fusiles del pelotón, y la eficacia de los ruegos episcopales, expresados por el buen Fray Gerardo, que no gustaba de mezclarse en tales andanzas, parecen actitudes previamente ensayadas para la acertada representación de una farsa, en la que hay que reconocer el valor auténtico del héroe, digno de que lo recuerden, como honor de su gremio, todas las generaciones de mancebos y dependientes de comercio. El Cabo de Rentas, salió libre, y don Francisco Nieto, fué deportado a Zamora, habiéndosele probado el feroz delito de merecer los aplausos y la simpatía del pueblo, que le aclamaba, con certero instinto, en sus ansias de encontrar caudillo.

Aludiendo a estos episodios, afirma Villar y Macías, como cosa conocida y segura, la inocencia de Domingo Estrada, víctima de una delación anónima v falsa. No quiero yo creer en tal inocencia, que nos privaría del único héroe civil que se destacó en la ciudad durante toda la guerra de la Independencia. Tenemos que defender, a toda costa, la versión consoladora y bella de la culpabilidad de esos tres conspiradores salmantinos. Don Francisco Nieto, como persona más calificada

y culta, se dedicaba, sin duda, a divulgar, de corro en corro, escritos y noticias subversivas; letrillas y coplas alusivas a la persona y vicios, reales o supuestos, del rey intruso, y a los desmanes, aventuras y latrocinios de sus cortesanos y mariscales. El cabo de Rentas, secundaría a don Francisco en su labor destructora y alarmista, propagando noticias y versos en los lugares públicos donde no pudiese penetrar un sujeto tan visible y notado como Nieto; y en cuanto al mancebo, diga lo que quiera el historiador oficial, yo sostengo que mereció la muerte, por su rebeldía, agresiva y desenfadada, contra los opresores de su patria y de sus leyes, y espero encontrar algún viejo papel donde se cuente cómo burló, Domingo Estrada, la vigilancia francesa, incorporándose a la guerrilla de don Julián, en la que se destacó como el más arrojado y valiente. Dejemos que la imaginación levante su vuelo, aunque sólo sea para alejarse de las miserias de la realidad, donde tropezamos con el corregidor Casaseca y otros patricios de su calaña, que secundaron con fruición diabólica, y con el consiguiente provecho personal, el burdo maquiavelismo de los funcionarios napoleónicos. Aun tratándose de efemérides vulgares, dentro de la gran tragedia nacional, no dejan de doler en el alma, como si se tratase de afrentas recientes, las que consigna Zahonero relatando el júbilo salmantino aplicado a festejar

la rendición de Zaragoza. Más vale pasar de largo, y haciendo un rodeo, para alejarnos pronto de ese muladar donde fermenta, junto al disculpable pavor de los tímidos e inermes ciudadanos, la repugnante oficiosidad aduladora de los que, por halagar al poderoso, a quien servían por los treinta dineros de la traición, organizaban variados regodeos, con verdadera saña fratricida, como si cada uno de aquellos éxitos guerreros logrados por los franceses no se cimentase sobre las amontonadas osamentas de las víctimas españolas.

XXI

Alto y posada.

Como ciudad neutral y bicéfala, que podía mirar, y hasta sonreír, a cada uno de los dos combatientes, fué Salamanca, durante el año nueve, hospedería de franceses y españoles, en la que, unos y otros, venían a reparar sus fuerzas después de los descalabros y a preparar sus planes para el apetecido desquite. La ciudad, que aprendió pronto a ser discreta, cuando vió cómo se penaban los deslices verbales, tomó una actitud de posadera complaciente y reservona; poniendo su buen semblante al viajero, siguiéndole el humor, para no provocarle a la violencia, y dejando, pa-

cientemente, que desfogase sus pasiones cuando a los bravos huéspedes les daba el naípe por mostrarse libertinos o fieros. Para final de cuentas, todos se marchaban con viento fresco, sin arreglar las suyas, y llevándose las sobras, como viático, cosa que estuvo muy en su punto; pues así, a falta de otras virtudes heroicas, nadie podrá tacharnos de que se practicasen las de la hospitalidad con ánimo de lucro...

A pesar de esa discreción, tuvimos, también, nuestras víctimas; murió, el 6 de Mayo, el más discreto de todos: un jovenzuelo, mudo de nacimiento, que no respondiendo al «quién vive» de un centinela gabacho, cayó muerto, de un balazo certero, por aproximarse más de lo consentido a la frisa o empalizada levantada en el castillo del puente. Fueron ahorcados dos infelices, por sospecha de que fuesen espías, y lo celebra Zahonero, cruelmente, diciendo que les estuvo bien empleado, porque se habían quedado escondidos en Salamanca, alegando enfermedad fingida, para no incorporarse al regimiento de la Reina, en cuyas filas militaban. Un mozo de Cantalapiedra fué «alcabuizado», por haberle encontrado un puñal, terminando con él, al menos por ahora, la breve lista de nuestro martirologio cívico.

La retirada de Soult, sorprendido por Wellington, en Oporto, cuando trataba de birlarle aquella corona a su imperial maestro, volcó sobre Sala-

manca los cuerpos de ejército del general Mortier y del duque de Dalmacia, a los que siguió el del mariscal Ney, tomando todos la ruta de Extremadura; pero aprovechando aquellos días del mes de Julio para descansar de tantos reveses y fatigas en la quietud de la pacífica y abundante posada. Y, por emperezarse Soutl en este ambiente tranquilo y reparador, retrasando su salida, ordenada por el rey José, acaso se cambiase la faz de la guerra, en la batalla decisiva de Talavera, ya que, faltándole el esperado refuerzo a las falanges de Víctor y Sebastiani, resultó más fácil, aunque no menos gloriosa, la victoria en la que conquistó sir Arturo su vizcondado de Welington.

Fugitivos y desparramados los franceses, después de la gran paliza, levantaron el campo en Salamanca, saliendo de la ciudad, los pocos que la guarnecían, el primero de Agosto, ensañándose con la acogedora ciudad en los momentos de la despedida, tan propicios para las expansiones cordiales... «Fué un favor del cielo—dice Zahonero—, que no saquearon aquella noche este pueblo». Arramblaron con todo, dejando la ciudad como cauce de arroyo luego de la crecida, con las despensas vacías de perniles, los graneros barridos, los relicarios como jaulas sin pájaro, las pe-sebreras sin ganados, las paredes sin lienzos, las sacristías sin ropas y las ollas sin onzas, si algu-

na quedaba sin esconderse bajo los baldosines y entre el mampuesto...

Ya marchaban, entre nubes de polvo, camino de Aldealengua, llevándose una recua de afrancesados, que no quisieron esperar la llegada de los reconquistadores en el amoroso seno de la ciudad que soportó sus vanidades y fechorías. Van: el marqués de Casa Calvo, a quien sorprendieron los sucesos en plena luna de miel con la prebenda que disfrutaba; el marqués de la Granja; el corregidor don Antonio Casaseca, que había de retornar a su puesto para merecer los elogios del gobernador Thiebault, que le reputa de mirlo blanco, en sus Memorias; dos canónigos: don Paulino Bonifaz y don José Salgado; el contador, don Ventura Salamanca; el racionero, Melari, tan a media ración y tan partido en rajas, ya, como sus afligidos y penitentes compañeros de romería. Va, también, un pariente de Zahonero, cuyo nombre oculta el cronista, como si lo quisiera expulsar de su parentela; varios religiosos, algún doctor universitario, para que no faltase en la colección pieza tan significativa y apreciable, y otra media docena surtida, de oficinistas y comerciantes.

No se había desvanecido la polvareda de la retirada, cuando penetró en la ciudad don Juan Martín, el *Empecinado*, con su partida, hambrienta y desarrapada que, sin solazarse en el descan-

so, trabó combate en el Rollo con ciento sesenta dragones rezagados. Es la primera vez, y acaso la única, en que la ciudad hospitalaria y pacata acomete a los enemigos que huyen, en esta ocasión, batidos por un puñado de guerrerillos. Asombrado por la hermosa hazaña, ensalza Zañonero el valor y gallardía del noble aventurero, a quien compara con Viriato, elogiando no sólo su bravura, sino las acertadas disposiciones de policía y buen gobierno que ordenó durante su brevísima permanencia en Salamanca, descubriendo a los franceses que simulándose enfermos se habían quedado como espías, y atinando con el paradero de las alhajas y dinero que no pudieron llevarse los fugitivos por la rapidez y desconcierto de la retirada.

Fué la escaramuza entre la guerrilla y los dragones, el cuatro de Agosto, aclamándose por rey a «Fernando el séptimo», el cinco del mismo mes; recibiendo el juramento el marqués de Castrofuerte, quien tuvo que salir el día trece, a uña de caballo, porque no le convenía, por lo visto, encarsarse con el mariscal Ney, que retornaba a su posada salmantina, en la que entró el día catorce del mismo Agosto, con su fiel y trashumante rebaño de afrancesados, que cambiaban de clima y pastos según apretaban o cedían los vientos fogosos de la guerra. Ganas de desquite traía el señor Casaseca, que, instalado de nuevo en su pol-

trona, comenzó a disparar edictos, con el propósito —dice Zahonero— «de estimular a los franceses al saqueo y de que muchas jentes se hicieran ricas a costa ajena»; para lo cual regulaba el mercado, facilitando a los dominadores la adquisición de toda clase de productos, que revendían a precios fabulosos.

Caros costaron a Salamanca el dragón francés y el caballo que montaba, únicas víctimas del tiroteo sostenido por los valientes del Empecinado. Para vengar aquellas muertes, cobrándose con usura, no se conformaban con estrujar las bolsas, que tenían que vaciarse para comprar los comestibles indispensables, sino que se destacaron por los contornos de la ciudad las patrullas, robando a mansalva en los caseríos y los caminos, a estilo del *Chafandín* y comparsa, asesinando a quien se les ponía por delante. Nuestro hombre, don Joaquín, se libró de milagro; pero todavía no le ha salido el susto del cuerpo cuando nos cuenta cómo «saquiaron los franceses la casa de la guerra Otea, el 15 de Agosto». Allí estaba yo, dice Zahonero, sin explicarnos cómo se las arregló para no correr la triste suerte de sus convecinos y amigos, con Vicente Laporta y el hijo del escribano Villanueva, a quien sorprendieron, el 16, en la venta de la Valmuza, donde les dieron muerte y sepultura, echando tierra sobre los cuerpos y sobre tan honroso negocio. «Cometieron mil ho-

rros en las aldeas —añade— y en esta ciudad desperdiciaron tanto trigo que no dejaban nada en las eras, estando regado por dentro, y alrededor de las murallas, donde estuvon acampadas».

Miguel Ney, mariscal y duque de Elchingen, arrogante y guapo todavía, puesto que se le pareció a Laura Permon, que sabía descubrir y valorar el mérito en las obras maestras de la viva escultura masculina, se había instalado como un virrey de Indias en el palacio de Aizarza, encastillándose en él para disparar las bombardas de sus desplantes y sofiones contra los compañeros del alto mando —Junot y Kellerman— y contra el mismo Massena, cuando el rijoso y encumbrado vejete tomó en Valladolid la jefatura suprema del ejército, al que llegó acompañado de una linda y alegreta bagasa, disfrazada de oficial de la guardia.

El día 24 de Agosto dió un baile Ney, en su residencia, profanando la severidad austera del noble jardín castellano, con las frivolidades decorativas y luminosas colgadas en los árboles, agudos y sombríos.

Se juntaron en Salamanca de doce a quince mil franceses, según la estadística de Zahonero, reconcentrados por Massena para la tercera invasión de Portugal, en cuya campaña figuraba como prólogo la conquista de Ciudad Rodrigo, que había visto desde lo alto de sus murallas, con impa-

sible y valeroso ceño, las repetidas y fracasadas maniobras realizadas durante el mes de Marzo por los seis mil hombres que salieron de Salamanca con intención de reducirla por la fuerza, para lo cual, se llevaron todas las escaleras que encontraron en la ciudad y una pareja de colaboradores influyentes: don Raimundo Cornejo y el Administrador de Rentas reales, por ser próximos parientes del general de aquella plaza y del deán de su cabildo; como si al bravo Herrasti se le pudiese convencer con tales recomendaciones...

Se quedaron los conventos sin frailes, desalojados en un plazo improrrogable de quince días, del que sobraron muchos por la prisa que se dieron en obedecer la orden gubernativa. Y para encender la vela a Dios, organizaron, los herejotes, el solemne traslado de los restos de San Juan de Sahagún y de Santo Tomás, que, desde aquella fecha, se veneran en la Catedral nueva.

En la Isla del León, rugía el de España, acosado y rabioso, reservando sus caricias maternas para el indigno cachorro de la monarquía legítima, que seguía lamiendo, por su parte, las manos del emperador carcelero, endilgándole las cartas ejemplares que luego se publicaban en «El Monitor», para que viesen los curiosos lectores cómo se degradaba el deseado rey, a quien la nación reunida en Cortes juraba amor y fidelidad inquebrantables... La Universidad se honraba en la

persona de su catedrático y ex-rector, Muñoz Torrero, venerable, docto y austero, gran definidor de la soberanía nacional, que, cuando fué nuevamente representada y ejercida por Fernando séptimo, correspondió a los sacrificios y trabajos del virtuoso legislador de Cádiz, encerrándolo en el calabozo de la Torre de San Julián de la Barra, donde acabó sus días. ¡Que así pagaba aquel corazón de oro a los que le sirvieron y aguantaron, conservando para tan menguado rey el trono que abandonó su cobardía!

XXII

Los «Farmasones».

Para entretener sus ocios con las ceremonias complicadas y pavorosas del rito escocés, al que pertenecía la francmasonería francesa, los Aprendices y Hermanos Tres Puntos que figuraban en los regimientos de Ney, instalaron dos talleres o logias, en el general de San Basilio y en el Colegio Viejo de San Bartolomé, donde celebraban sus espeluznantes tenidas bajo la presidencia del Delta sagrado, alrededor de cuyo emblemático dosel se agrupaban, con sus blancos mandiles reglamentarios, los misteriosos celebrantes del enrevesado y satánico culto. Zahonero, que era sujeto entrometido y curioso, se aventuró a charonear los aposentos donde se reunían los ini-

ciados, dejándonos una descripción detallada que transmitió Villar y Macías, poniéndola en castellano franco, con lo cual, si ganó en corrección y armonía el estilo del cronista, le quitó el encanto de su pristina rusticidad, que tiembla, en esta relación, con asombro aldeano, ante las impresionantes novedades que va descubriendo.

Como se verá, no faltaba una sola pieza en la difícil escenografía masónica: escotillones y trampas practicables, que se deslizaban sobre las muescas ocultas, mostrando al aterrado aprendiz la cabeza sangrante del hermano perjuro; la Cámara de las reflexiones, donde probaban el temple del iniciado, acometiéndole con las espadas flamígeras y ofreciéndole la ponzoña amarga, para lanzarlo, finalmente, al lugar del horror, donde acababa el último ejercicio del ameno examen de ingreso, entre los esqueletos danzantes que brindan al neófito el lecho de un ataúd para reposo de la emocionante y fatigosa prueba.

Algunos salmantinos audaces, de espíritu fuerte y corazón de bronce, se dejaron atraer hacia el Cepillo de la viuda —que así se llamaba, y supongo que se llamará, la hucha circulante donde se recogen las cotizaciones— secundando los deseos de los organizadores, preocupados de reclutar aprendices para explotar en beneficio de las armas francesas las expansiones de los noveleros y bobalicones secuaces.

Zahonero, escarmentado por el susto aquél que le dieron los gabachos, perturbándole la digestión en la «güerta Otea», anduvo rodando, como voluntario y cristianísimo hermano vigilante, la loggia del Colegio Viejo, escogiendo para observatorio de sus prudentes pesquisas el atrio de Santo Domingo, desde cuyo lejano y seguro baluarte alcanzaba a descubrir el interior de alguno de sus aposentos, intrigándole mucho, durante sus primeras sesiones de espionaje, la presencia de una tinaja que permanecía colgada de una de las ventanas, obstruyendo con su rotundo volumen el espacio que pretendía abarcar con sus ojos investigadores el celoso y cachazudo centinela, desde su remota atalaya. Cuando se marcharon los franceses, después de vencidos entre Carrascalejo, Sanchón y Tamames, resolvió nuestro hombre acercarse al recinto masónico, aventurándose en la región impía. He aquí lo que vió, tal como nos lo cuenta:

«Retoral. Colgaduras todas de cortinas como un templo, un dosel colgado con un sol en el medio, y la luna y las estrellas. A los lados, dos columnas, un tabrado, una alfombra grande, lleno al rededor de espejos y tres acheros y tres alfombras chicas. Quarto negro que llaman: ay un tajo en el medio, todo está pintado de negro, suelo, paredes, i techo, el tajo está pintado con pintas encarnadas i ay charcos del mismo color mos-

trando que es sangre, dicen los que andan trabajando allí, que el tajo lo an de poner en un rincón con unos argollones a la mano derecha. En dicho cuarto ay una trapa devajo una bodega, en esta ay una sepoltura de nueve baras de largo y de onda como dos. En la tierra que an sacado an medido los guesos que sacaron del osario de San Julián, con 18 calaveras de los mismos guesos. Continuando por el cuarto, hay cinco cruces, una mui grande y quatro chicas.»

Así, haciéndose cruces, salió de las medrosas cámaras nuestro abuelete, huyendo, como del diablo, del tajo con pintas, y soltando cada «ay», que parte el alma. La suya, de creyente sincero, debió temblar, horrorizada, al tropezar con los huesos de aquellos maltratados esqueletos, extraídos del osario de San Julián, que todavía detiene al transeunte y emociona al frívolo turista con la advertencia fría que resalta en la pizarra:

«Los que dan consejos ciertos
a los vivos, son los muertos.»

Yo no sé qué consejos darían a los sacrílegos franceses de la logia aquellos muertos de San Julián; pero sería curioso conocer cuántos de aquellos fanfarrones del triángulo y el mandil dejaron, también, sus huesos en los rastros y barbechos de Tamames y de los Arapiles, tragados por el escotillón de la muerte...

XXIII

Acaba el año.

A las puertas de casa, como quien dice, tuvo la guerra su haz y su envés; el éxito, en la batalla de Tamames, que se libró, entre los encinares de Carrascalejo y Sanchón, el 18 de Octubre, según Lafuente y Zahonero, y el 18 de Septiembre, según afirma Grandmaison en su recientísima obra: «L' Espagne et Napoléon», laureada con la más alta recompensa por la Academia: un éxito inesperado y brillante, del que salieron con cerca de tres mil bajas, entre muertos y heridos, los soldados de Marchand, sucesor de Ney, en Salamanca, a cuya ciudad regresaron el 19 para tomar soleta el 24, camino de Toro, llevándose, como de costumbre, la comparsa de los belitres adictos, «esceto los dos Salgados y Gorondo», sustituidos por el mercader Gomecello y un hijo de Cabañas, el cirujano. El revés nos aguló la fiesta, cuando ya se creía asegurada y fortalecida la desdichada ciudad bajo la protección del victorioso Duque del Parque, quien, olvidándose de las precauciones y reglas más elementales de la táctica, se dejó sorprender y destrozar en Alba de Tormes, el 28 de Noviembre, por haber dividido sus fuerzas en dos núcleos separados por el puente y el río,

cabe la villa teresiana y ducal. Se lanzó entre ambos ejércitos el cauteloso y emboscado de Kellerman, cayendo como un torrente impetuoso y vengativo, cuando los nuestros se racionaban, sin presentir la furiosa embestida, y allá se fueron, río abajo, los frescos laureles de Tamames, pasando presas y molinos, mientras los del duque del Parque, que libraron la piel, escapaban desbandados hacia Ciudad Rodrigo y el Bodón, franqueando la sierra...

Se desvanece la atención y se desorienta y extravía persiguiendo en sus atropelladas evoluciones a los ejércitos combatientes, que parece como si se divirtieran y rehuyesen jugando, con más prudencia que valor, al escondite... Estamos en Noviembre del año nueve, en cuyo mes entró en Salamanca el duque del Parque, para marchar a los cuatro días a San Pedro de Rozados. Y como si estuviesen acechando su marcha, cuando sale el duque, entra Kellerman, para levantar el campo a los cuatro días, en cuya fecha, día 12, penetran de nuevo las autoridades españolas reclamando los cargos, que abandonan el treinta, después de la derrota de Alba. Amanecían, los salmantinos, como vasallos, más o menos fieles, del rey José, y se acostaban como súbditos humildes y cariñosos de la Regencia.

Cuando entraban los españoles, escapaban, o se escondían en los poblados y alquerías de la pro-

vincia, los que se habían significado como partidarios del intruso, quienes volvían, poco después, jactanciosos y seguros, arropados por las huestes napoleónicas. Comprendiendo y justificando la difícil situación en que, por las alternativas de la guerra, se encontraban de continuo aquellos atormentados y veleidosos caballeros, nuestro cronista se encierra, también, en la más discreta reserva: «los sujetos que llevaron presos los españoles, cuando se marchó el del Parque, no los nombro por aora, hasta saver como salen.» Salían bien, por supuesto; ya porque comprendiesen los juzgadores la debilidad de aquellas almas inocentes, que secundaban a regañadientes los mandatos del vencedor violento, ya porque las víctimas empleasen los recursos de la picardía, moviendo a compasión con sus protestas de enmienda, expresadas entre lágrimas y sollozos, quedándose el castigo en la enérgica sobarbada...

En el mes de Diciembre, parecía ya descontado, en Salamanca, el triunfo definitivo y duradero de las armas francesas. Regresó Ney, que volvía de Francia para emprender, bajo el mando de Massena, las operaciones contra los ingleses, previa la rendición de Ciudad Rodrigo. Pregonaron la noticia de la paz de Viena, que dejaba libre al emperador para entendérselas con «el leopardo aterrado», como llamó a Wellington cuando éste abandonó las márgenes del Guadiana, buscando

en el cauce del Tajo la retirada hacia Portugal. Publicaron, a tambor batiente, la victoria de Ocaña; podaron la leña de la Aldehuela; llegó el marqués de Almenara, con misión secreta, de la que se supo que intentaba convencer al duque del Parque, atrayéndolo al campo de Bonaparte, con el que según malas lenguas y peores plumas, habían andado en coqueteos, fracasando el convenio, entonces, por cierta aventurilla amorosa. Reforzaron las defensas de la ciudad, cerrando con muralla la huerta de San Vicente y derribando las casas de las calles Larga y de Santa Ana, para dejar expedito el terreno, por si los guerrilleros audaces — únicos rivales terribles — pretendían realizar alguna de sus locas aventuras... No llegan, a la pobre ciudad prisionera, las noticias que podían fortalecer el abatido espíritu de sus moradores... Sólo saben, que la nación está desamparada, que la Junta suprema flaquea, siendo señalados sus miembros como traidores por el pueblo iracundo; que al pobre rey destronado lo retiene el pérfido Talleyrand, procurando cumplir con exceso los instrucciones del emperador, para lo cual, el renegado exobispo de Antún y su liviana consorte, preparaban al inocente y casto Fernando los cepos más habilidosos y encubiertos, en forma de libros heréticos y de lozanas y seductoras doncellas...

Así están las cosas, en la ciudad, cuando el ve-

cindario se lanza a la calle, la noche de año viejo, al que despiden los franceses alegremente, entonando sus cánticos que recuerdan el lejano hogar, y apagando la emoción de la nostalgia con el estruendo de la música, hasta que asoma la frente luminosa del año nuevo, como un chiquillo que salta del lecho atraído por el redoble de los tambores...

XXIV

1810

Comienza el año con un crimen misterioso, al que podemos dar una interpretación patriótica y romántica, suponiendo que el asesinado gabacho encontró la muerte cuando creía entederse las con el amor, cambiándose la sonriente y bella máscara de la rendida Venus en el rostro desencajado de la terrible Medusa. Fué un soldado francés en busca de un camarada, alojado en el Tejar de San Bernardo, sin que respondiese alma viviente a sus reiteradas llamadas, por lo cual se encaramó a la reja, desde cuyo ventanuco vió a su infortunado compañero tendido sobre la cama, inerte y lívido, teniendo clavado en el pecho el toscopuñal de la venganza, hincado sobre el charco de sangre que chorreaba a más y mejor, con una de esas hemorragias caudalosas y excepcio-

nales que sólo se contemplan en las viñetas que explican y cantan los ciegos, divulgadores de los terroríficos romances... Esa era la herida postrema y principal, según pudieron comprobar los vecinos a quienes pidió socorro y compañía el aterrado amigo del interfecto; pero a mayores del mortal boquete, fueron descubriendo otras puñaladitas preliminares, en las que debió ensayar su destreza el agresor, antes de escoger, en el acuchillado cuerpo de la víctima, el mullido corazón como vaina definitiva del mortífero instrumento...

Habitaban el tejar, el industrial dedicado a tan sucio y trabajoso oficio, con un sobrino, una sobrina, y dos criados, nada menos, siendo este detalle extraño —el de tan abundante servidumbre en familia de condición muy humilde— uno de los que podíamos aprovechar para urdir la novela, cuyo asunto y trama están bien marcados; pues no cabe duda de que el supuesto tejero era un hidalgo que ocultaba su nombre y alcurnia para vengar alguna afrenta recibida de cierto oficial francés, pagando las culpas de éste el alojado, a quien entre tío y sobrino apuñalaron lindamente, mientras la ofendida y hermosa doncella, cuyos encantos sirvieron de gustoso y apetecible cebo, recogía los bártulos para la huída, en la que no dejaron rastro. No se supo otra cosa que las vagas noticias aportadas por los vecinos de la misteriosa familia, que llevaba una vida retraída y

huraña, murmurándose, entre las comadres del barrio, «que la mujer del amo estaba divorciada», por cuya desventura conyugal andaba entristecido y de mal gesto el solitario esposo. Furioso el mariscal Ney, porque sus hábiles sabuesos no daban con las huellas de la cruel familia, inspiró al consejo de guerra una sentencia original, en la que resultó condenada a muerte la siniestra vivienda del fingido tejero, siendo derribada la casa, ya que no podían derribar la vida de los matadores.

Peor que aquéllos, lo pasaron clérigos y monjas, a los que intimidaron para que en un plazo de tres días —del siete al diez de Enero— entregasen a los franceses todo el dinero y alhajas que hubiera en los conventos, fijando una cantidad mínima por cada monasterio, como indemnización de guerra. Rebañando lo que les quedaba en los ya saqueados arcones, pudieron pagar las comunidades, a excepción de las Agustinas, que fueron desalojadas de su clausura y conducidas entre guardias que las escarnecían con bromas soeces, a las Carmelitas...

Los clérigos sufrieron también su calvario, siendo congregados, el día nueve de Enero, en el palacio del mariscal, que formó previamente un censo o estadística de los sacerdotes agregados a cada parroquia y de las casas donde cada uno habitaba. Una vez que los tuvo reunidos, se per-

mitió también el señor duque de Elchingen la libertad de atemorizar a los pacíficos ministros, exponiéndoles un programa, a base de cautiverio y destierro, empezando a cumplirse la primera parte en la librería de la Universidad, donde quedaron encerrados «a boca de noche». De los ciento treinta y tantos que cayeron en la redada, recobraron la libertad más de veinte, siendo conducidos los restantes a Valladolid, el once por la noche, quedando la ciudad tan escasa de sacerdotes que en el primer día festivo, que lo fué el diez, sólo pudo celebrarse una misa. «Soltaron y llevaron de toda clase—explica Zahonero—: de cabildo, de universidad, de clerecía, frailes, capellanes, colegiales, militares y, en fin, hasta legos de los conventos y ordenados de pistola y evangelio.» De milagro, escaparon los monacillos...

Gozaron de privilegio las monjas Carmelitas, únicas que fueron respetadas sin contribuir al escote, convirtiéndolas en carceleras de las Agustinas, pero sin importunarlas con centinelas, bromas ni registros. Terminaron estas persecuciones el día treinta y uno de Enero, levantando el suave castigo a las Agustinas, que volvieron a su casa y se salieron con la suya de no pagar el impuesto; regresaron, también, en dicha fecha, los clérigos, a los que devolvió Massena, por no saber qué decisión tomar con los deportados. Esta

inesperada indulgencia reflejaba el contento de los invasores, por la marcha felicísima de los asuntos de la guerra. El rey José, que había tenido sus inquietudes y alarmas, hasta el punto de pensar en la renuncia del trono, para retirarse, como un subprefecto jubilado, a un rinconcito campesino, recorría, ahora, las bellas provincias andaluzas, en una marcha pacífica y triunfal, recogiendo los primeros vítores, entre ramos de flores, cañitas de vino rubio y ofrendas de toda clase, siendo la más estimada la de la espada de Dupont, que le devolvieron para que no quedase aquella reliquia de la derrota sufrida en Bailén por los soldados de Bonaparte. La flamante Regencia, comenzaba a funcionar haciéndose eco de las acusaciones del pueblo, que tachaba de ladrones a los honradísimos miembros de la disuelta Junta Suprema, cuyos equipajes fueron registrados sin encontrarles otra cosa que las humildes y averiadas ropas con que vestían su pobreza.

Para reponer los fondos de la Hacienda imperial, vaca lechera que amantaba con sus henchidas ubres a los ejércitos insaciables que la dejaban exhausta y desfallecida, Napoleón sorprendió a España, y al propio rey José, con una resolución en la que, sin andarse con reparos ni consultas, se apoderaba de las provincias de Cataluña, Aragón, Vizcaya y Navarra, formando con ellas cuatro departamentos que anexionaba a Francia,

cuya nación percibía directamente desde aquella fecha, ocho de Enero, los ingresos procedentes de las regiones desmembradas, con destino al Tesoro de Guerra. Por el soberano antojo de su hermano y tutor, se encontraba, el rey José, desposeído, de la noche a la mañana, de la porción más fértil, poblada y hermosa de la nación que pretendía someter con aquellas sus pláticas amables y democráticas derramadas, entre fiestas y tragos, bajo el despejado cielo de Andalucía. Su pueblo burlón, ducho en el embuste grato, le fingía sumisión cariñosa, para entretenerlo y marearle con los vapores de la lisonja, mientras se reanimaba y fortalecía el espíritu nacional, cuyo débil corazón resurgía vigoroso al amparo de los vigilantes navíos de Inglaterra, en el gaditano rincón, consagrado desde entonces como tabernáculo de la independencia española.

XXV

El heroísmo, a lo lejos.

El resplandor heroico de Ciudad Rodrigo, nos ciega ya la mirada, como un rojo sol naciente; pudiendo decir, con el dulce Feliciano de Silva:

Yo con mi clara luz mirar no oso
Miróbriga, la fuerte

que se alza sobre esta desolada llanura de la rasa obediencia salmantina, a la manera que, en la realidad de su contorno geográfico, se levantan, rodeadas de huertos y trigales, las sólidas y encendidas piedras de aquellas tozudas murallas. Vamos todavía de camino, por tierras de pan llevar, entretenidos aún con la charla sigilosa de los hombres prudentes, que nos cuentan, al oído —después de mirar en torno, recelosos de las orejas enemigas— las cavilaciones que rumía el miedo al socaire de las paredes domésticas. En Salamanca estamos, soportando las ínfulas del alojamiento grosero y agresivo, esperando a que cierre el ojo, atrayéndolo al sueño con el espeso vino del país, para reunirnos después, mientras ronca el granadero de Ney, a contarnos, en voz queda, nuestras amarguras.

Lo único que nos consuela de la vergonzosa servidumbre, es aquella rebeldía soberbia de Ciudad Rodrigo, que, de cuando en cuando, nos sonroja y admira escupiendo en los propios muros de la ciudad con la saliva ardiente de los retadores lanceros. Cada proeza de los guerrilleros de don Julián, representa un desafío para los franceses y un ultraje para la mansedumbre social de la ciudad sometida y resignada. Vinieron, anoche, entre el viento huracanado y la llovizna helada, que atravesaban con sus veloces potros camperos, como una tromba de fuego, sin que

apagasen el cierzo ni el agua el bravo cantar que
llamea en las bocas de los valientes:

Andamos por los montes
despedazando,
aguilas imperiales
que van volando.

Son ellos, ahora, los que vuelan, galopando hacia la alquería o el chozo donde encontrarán cobijo, luego de haber despertado de su angustioso sueño a la ciudad, que ya reza en las alcobas para que los bizarros lanceros libren su vida, perseguida por la patrulla francesa, en la que ya faltan los que fueron muertos por aquellos centauros castellanos.

Contagiados de su ardor, como si la fría sangre salmantina se inflamase con el fuego de aquella lejana hoguera, representada por el heroísmo de Ciudad Rodrigo, nos enfadan las noticias de Zahonero, que suenan a chinchorrerías de comadres mezuconas... ¿Qué nos importa que tapasen los franceses la Puerta de los Milagros y la de San Vicente; ni que publicasen bandos de seguridad pública, prohibiendo al vecindario que permaneciese fuera de su casa después de las seis de la noche; ni que el cuatro de Marzo se cantase un *Tedeum*, en la Catedral, «en celebración de aver sujetado las Andalucías; ni que se concediera un

perdón general; ni que el Carnaval fuese triste, como el miércoles de Ceniza; ni que trasladasen a las Agustinas a Jesús, el de los Menores; ni que se iluminasen plazas, calles y balcones por los días de Su Majestad; ni que nuestros bravos abuelos dejasen de pasear por la Plaza, ese día de San José, en señal de protesta?

Alguna cosa nos cuenta el compadre chismoso, que nos arranca una sonrisa, haciéndonos olvidar, por un instante, el recuerdo de Ciudad Rodrigo, que es lo que nos enorgullece y emociona.

Se trata de un suceso saladísimo, aunque maldita la gracia que le haría al oficial francés, cuyos mortales despojos produjeron la graciosa anécdota. Es el caso, que por haber dispuesto, muy a la precisa, el funeral y entierro de un difunto capitán napoleónico, no encontraban los franceses un cura para un remedio, hasta que atraparon al capellán de la Catedral, don Joseph Rovira, obligándole a decir dos misas ante el cadáver insepulto. Se resistía don José, negándose a celebrar el Santo Sacrificio, sin que los franceses entendiesen sus razones, que tomaron como desacato, revistiéndole a empellones y permaneciendo como ciriales, durante la misa, sin apartarse del pobre celebrante. Cuando éste se despojó de sus vestiduras, quedándose en la sacristía afligido y cabizbajo, con un semblante que revelaba el hondo pesar que le rendía, pudo ya darse a entender

de los precipitados y cerriles gabachos, diciéndoles, entre grandes congojas, que lo que quería comunicarles cuando le sacaron por fuerza hasta el altar, era: ¡que no podía celebrar ni dos misas, ni una, porque venía desayunado...!

El oficial francés, causante del involuntario sacrilegio, había muerto de repente, informándonos Zahonero de que por eso de haber caído fulminantemente, se le hizo anatomía al difunto, encontrándole «los sesos acangreganados y las fibras del estómago de pensar melancólicamente.»

Quisiéramos conocer el nombre del anónimo valiente, oficial español del regimiento de la Reina, al que arcabucearon el Domingo de Ramos, en la pared de los Mínimos, trágico hastial elegido para las ejecuciones. Lo delató un alma vil, dice Zahonero, en un arranque de ira, siendo tan firmes y robustos, al trazar la frase justiciera, los toscos perfiles de la escritura, que no parece sino que le alteraba y conmovía aún la impresión producida por el reciente suceso. «Convencido de espía», después de confesar con altiva entereza la causa de su permanencia en la ciudad, para informarse del número y del espíritu de la tropas rivales, pidió luego indulgencia para los que le habían ocultado en la modesta casa del barrio llamado Vertedero del Obispo, quienes no conocían la misión peligrosa a la que se entregaba su huésped.

Quedó definitivamente silenciosa la ciudad, cuando, en el mes de Abril, fueron desmontadas por los franceses las voces múltiples y sonoras de sus campanas, destinando su bronce a la fundición de cañones; triste sino para las que habían vibrado, como símbolo y lengua poderosa del alma popular, pidiendo albricias o derramando el duelo; pero merecida sanción por lo mucho que pecaron cuando las hicieron voltear escandalosamente en honor de los invasores, para esparcir y abultar el eco de sus triunfos... Con ellas marcharon las rejas del cancel de las Agustinas.

Junto a la misma pared de los Mínimos, fué ejecutado el padre Candamo, «mercenario calzado, letor y predicador que fué en el convento de Valladolid», que se quedó rezagado de la partida donde militaba, al escapar ésta de Salamanca, perseguida por los franceses, quienes pudieron echarle mano por haberse descinchado la montura sobre la que cabalgaba el valiente y tonsurado guerrillero. Murió con el mismo empaque y gallardía del oficial aquél, fusilado en el mismo sitio, sin que pudiesen arrancarle las confidencias traidoras, aunque se las pidieron y rogaron para justificar el indulto. En la parroquia de la Magdalena fué enterrado el valiente mercenario, que predicó su mejor sermón con aquel silencio majestuoso en la cátedra del heroísmo.

XXVI

La Duquesa de Abrantes.

Massena — «el hijo mimado de la gloria» — estaba en Valladolid desde el 12 de Mayo, desplegando los mejores recursos de su táctica galante para estrechar el cerco amoroso de la pizpireta duquesita de Abrantes, a la que abrumaba con sus requiebros, mientras la esposa de Junot —inexpugnable ciudadela en este asalto— admitiendo al mariscal en su cámara íntima, se rizaba los tirabuzones, dejando entrever la firmeza del busto, que se escapaba de los finos encajes del corpiño. Renegaba el príncipe contra el altanero Miguelito Ney, que respondía a las recomendaciones del jefe con destempladas epístolas. Se empeñaban, la duquesa y Massena, en que el duque de Elchingen admitiese en su Estado mayor a un oficial apuesto y enamorado, llamado Valazé, quien tuvo que hacer por dos veces el camino de Salamanca a Valladolid, porque el mariscal, según su frase, no quería privar de tan gallardo danzarín a la duquesa de Abrantes.

Por dos veces, también, había venido Massena a Salamanca, tratando con Ney de la rendición de Ciudad Rodrigo, que consideraba el príncipe como asunto secundario y baladí, del que no ha-

bía que preocuparse demasiado. Pero Miguelito Ney, mejor enterado, puesto que tuvo que volver grupas cuando intentó reducir la plaza con su al-tisonante proclama y sus robustos obuses, trata-ba al príncipe como a un viejo caduco, sin tomar en cuenta sus indicaciones. De ello se dolía el ve-terano de la campaña de Italia, mientras soste-nía la madeja de hilo que devanaba la duquesita, en su improvisado *boudoir* del palacio de Carlos quinto:

—¿Cómo queréis que se haga nada de prove-cho con un hombre como Miguel Ney, que no me atiende cuando le hablo y adopta un aire displi-cente y burlón?

Así resultaron las cosas, gracias a las rencillas y vanidades de aquellos dos engreídos soldadotes que se disputaban el papel principal, como dos comiquillos.

El 29 de Mayo, salen de Valladolid Massena y Junot, al frente de sus tropas, que distribuyen en Ledesma y Salamanca. Viene con ellos la curiosa y resuelta mariscala, con la impedimenta de un equipaje donde guardaba las riquísimas alhajas y toaletas, dignas de la mujer más elegante y fas-tuosa de la corte imperial. Laurita Permon que así se llamaba la duquesa, se instala en un case-rón de la puerta de Zamora, trasladándose, poco después, al palacio *fort jolie*, pero demasiado pe-queño, que le ofreció en la misma calle, el mar-

qués de la Scala. La duquesita se hizo simpática, especialmente entre los chiquillos, a los que regalaba los exquisitos bombones de la dulce Francia. En cierta ocasión, acariciaba a uno de los golosos rapaces, que se había aposentado en el regazo de la mariscala, la cual, descubriendo un cuchillo que llevaba el chicuelo escondido entre la ropa, le preguntó, sorprendida, intentando quitarle el arma: «¿Para qué quieres tú esto?»; a lo que replicó el minúsculo guerrillero: «¡Déjalo, que es para matar franceses!»

En la noche de San Juan, le ocurrió a la duquesa un lance extraño. Se encontraba rodeada de sus amigos, consumiendo refrescos y soportando el calor del fogoso estío salmantino, cuando creyeron oír un ruido semejante al llanto de un niño pequeñuelo. Los criados registraron el portal y el patio, sin hallar nada; pero la duquesa, impaciente y nerviosa, recorrió la planta baja, seguida de sus amigos, encontrando un niño recién nacido, entre lujosas envueltas, acostado en los almohadones de la calesa de camino. Sobre el pecho de la criatura, hallaron un papel, donde la madre, abandonada por el seductor, rogaba a la duquesa que recogiese y amparase aquel fruto rollizo y plañidero de los furtivos amores... Improvisaron el biberón, utilizando una botella de agua de Colonia, y al día siguiente fué bautizado en la parroquia de San Marcos, con los nombres de Laura,



Juana y María... El corregidor Casaseca, aprobó el rasgo de la mariscalca con esta frase ingeniosa: «Señora, vuestro marido mata demasiados españoles para que os podáis permitir el lujo de salvar a uno...»

El 11 de Julio, Junot escribía desde Ciudad Rodrigo a su esposa, una carta satisfecha, galante y erudita. «Troya ha sido tomada. Pero los dioses no permiten aún que Ifigenia retorne junto a Aquiles. Calchas prepara un sacrificio para que el cielo se muestre favorable».

XXVII

Ciudad Rodrigo.—Rapsodia.

Oportuno estuvo, y jactancioso, el bravucón duque de Abrantes, aludiendo en su epístola conyugal, a la formidable pelea de acaienos y troyanos; pues la que acababa de cesar con la rendición de Ciudad Rodrigo, era también de aquellas tan heroicas y memorables que merecen ser recordadas, como las hazañas de los semidioses de la Iliada, por algún divino aeda, que acompañándose de la cítara sonora y armoniosa, cantase en homéricas rapsodias la conducta esforzada de los campeones, mientras el escanciador vaciase el añejo vino de la crátera en las hondas y labradas copas, repartidas entre los huéspedes atentos.

Habría que despojar a Junot del bruñido casco de largas crines, y de la invencible y robusta lanza del Peleida Akileo, con la que quiso armarse para lucir su magnífico porte ante el sensible corazón de su Laurette. El Aquiles, en aquella fácil y paciente conquista, lo fué el soldado desconocido —el eterno y oscuro héroe, comparsa en la literatura épica— escogido por Ney, entre cien voluntarios sin nombre, que se le ofrecieron para penetrar en la plaza, el 10 de Julio, a las cuatro de la tarde, por la brecha abierta en la muralla. Aquella herida mortal, producida en las defensas de la ciudadela, equivale a la terrible lanzada que arrancó la vida de Héctor Priamida, tendido por su rabioso adversario junto a los muros de la santa Ilios, la de las calles anchas, fecunda en caballos.

Más de cien años han pasado, a la manera de crujientes carros, sobre el recuerdo de aquellas proezas, triturando bajo sus pesadas ruedas los hechos memorables, que lejos de ser amontonados con cariño, para batir con tan sólido cimientto la grandeza de un monumento histórico, decorado con los bellos adornos de la leyenda, fueron convertidos en menudos pedruscos, allanados y enterrados por el rodillo del olvido, desdeñoso y macizo...

Humildes y apocados en todo, como si las brillantes ropas de nuestras galas gloriosas sólo pu-

dieran lucirse en los días que repican en gordo, tenemos en el arcón de nuestras riquezas provincianas, las piezas fastuosas de nuestro hermoso vestuario, sin que nadie se atreva a lucirlas, como no sea en las mascaradas de las conmemoraciones oficiales.

Alguna vez el poeta atrevido, escandalizando a la muchedumbre prosaica con sus evocaciones y sus metáforas, como el loco del lugar con sus piroetas extrañas, saca a relucir las prendas venerables para clavar en su fino tejido los pasadores de la bisutería lírica, o el diamante feliz de la imagen luminosa y legítima. Por lo demás, ni vuela sobre aquellas nobles ruinas la inspiración emocionada del atrevido aeda, ni siquiera trabajó entre ellas la curiosidad rastrera en la erudición avara...

Y, sin embargo, sobre el recuerdo de aquellas hazañas podemos derramar las más pomposas flores de los bravíos verjeles homéricos, seguros de que, aun siendo tan abundante la ofrenda, no abatiremos la erguida grandeza de la firme epopeya. A ninguno—en Ciudad Rodrigo—retuvo el miedo pálido, ni rehusó, ninguno, por indolencia, el combate peligroso; contra el César, rey de reyes, que amontonaba los ejércitos, como Zeus Cronida amontonaba las nubes desde el alto Urano, y contra aquellas legiones que llenaron de millares de hombres las márgenes del Agueda, a la manera

que las del Atrida Agamenón cubrieron las ribe-
ras del Scamando caudaloso; contra el cielo im-
placable que derretía sus oros estivales, y contra
la tierra llana que les delataba a la mirada cruel
de los sitiadores; contra el impasible inglés, sordo
a las llamadas angustiosas; y contra el enemigo
peor, el más astuto y tenaz, que lo era la propia
convicción de la inutilidad del esfuerzo; contra
todo y contra todos, lucharon dentro del minado
cerco, y aun fuera de él, cuando el audaz Priami-
da — don Julián— cayendo de improviso entre las
vanguardias francesas, las dispersaba, viéndolas
huir... «como una vacada en primavera, persegui-
da por el tábano importuno».

Ya nos lo dicen desde allá, desde sus páginas
justicieras, los descendientes de aquellos france-
ses que acaso conocieran los rigores del sitio. En
Ciudad Rodrigo, y en Guinaldo, al retorno, reci-
bieron los ejércitos napoleónicos las dos acomet-
tidas crueles que habrían de acabar con el formi-
dable Imperio. La resistencia de nuestra brava
ciudad del Agueda, escudada en aquella inque-
brantable fe de los destinos de la patria, sirvió de
gigantesca égida, amparando al «leopardo britá-
nico», que se escondía, como en un matorral es-
peso, a lo largo de la raya portuguesa. El «pa-
drastro» molesto—como llamó Massena a la ciu-
dad indómita—que pensaban reducir intimidán-
do-la con un gesto iracundo, les hizo acampar du-

rante tres meses, que fueron decisivos para las águilas francesas. Poco importa que capitulase Ciudad Rodrigo, después de haber agotado al ejército sitiador, ni que cayese Almeida, destrozada por la explosión del polvorín, ni que Massena entrase en Portugal, arreando a sus hombres, como bestias cansadas; Wellington le precedía ya, como un ángel exterminador, dejando tras sí las ciudades silenciosas y abandonadas, en las que el príncipe de Essling sólo había de encontrar los tres fantasmas terribles: el vacío, el silencio y la muerte, que se apoderaron del ejército desalentado y famélico, hasta que oprimidos por la misteriosa amenaza de los ingleses cercanos, perdieron el juicio, desmandándose en la retirada más confusa y angustiosa que conocieron los soldados del Imperio.

En las modernas historias francesas, Ciudad Rodrigo representa uno de los capítulos más extensos y brillantes, mientras que en las relaciones de origen español, es un episodio borroso, que despachan con un reverente saludo, sin pararse a conocer los detalles de la heroica resistencia, ni a valorar la trascendencia que tuvo para el feliz desenlace de la guerra de la Independencia...

El conde de Toreno, siguiendo paso a paso la sobria narración compuesta durante el cautiverio por el gobernador Pérez de Herrasti (de la cual tengo en mi mesa un ejemplar amarillento

y truncado), precisa exactamente la proporción de las fuerzas combatientes, situando con irreprochable exactitud las fechas en que se realizaron las hazañas más relevantes y arriesgadas; pero no se satisface con la fría disertación el salmantino exigente, que quisiera conocer, de murallas adentro, el sacrificio y valor del vecindario, alentando, sosteniendo y ayudando con su llamado heroísmo a los que, por razón de oficio, aparecen como figuras más destacadas ante los riesgos del combate y ante la mirada de la Historia. Poco representaría la defensa y lucha de Ciudad Rodrigo, si la gloria de la campaña tuviese que vincularse exclusivamente en los cuatro o cinco nombres, atrapados por los historiadores para exhibirlos en sus talladas y aparatosas vitrinas. Ni Alvarez de Castro, en Gerona; ni Palafox, en Zaragoza; ni Pérez de Herrasti, en Ciudad Rodrigo, hubiesen podido resistir las acometidas de los ejércitos sitiadores, si detrás de ellos, y de sus huestes marciales, no hubiesen sentido el vigoroso latido del pueblo, resuelto a sufrir las penalidades del asedio, y la muerte oscura, desde los umbrales del hogar donde se refugiaba, como un conspirador perseguido, la libertad de la Patria.

El beneficiado don José María del Hierro, secretario que fué de la Junta de defensa (un viejecito consumido, alto, descarnado y rugoso, que nos sonríe con su boca hundida y desdentada en

esta fotografía, publicada, hace unos años, en el semanario «Avante»), se refiere en su «Manifiesto de las ocurrencias más principales de la plaza», al «brazo robusto del paisanaje» que, «lleno de emulación en la causa común», transportó todo el material artillero a los lugares señalados como más propicios para el emplazamiento de las baterías. Dos nombres quedaron flotando sobre el sonoro rumor de aquella muchedumbre encrespada por la noble pasión del patriotismo exaltado y frenético: el de Lorenza Iglesias, a la que recientemente resucitó como musa inspiradora de sus briosas estrofas, don Joaquín Román, clérigo y poeta como el vate de Miróbriga, Cristóbal de Castillejo (aunque, para honra del de ahora, no se parece en nada su ejemplar y virtuosa vida, a la del cisterciense mocero y decidor que sirvió de paje y secretario al rey de Bohemia, nieto segundo de Fernando el Católico), Lorenza Iglesias,

«gloria de nuestra arrabal
y asombro del enemigo,
envidia de las hermosas,
de los valientes alivio

mocetona de rompe y rasga, como una manola del Avapiés, fué la Palas Atenas, la diosa de ojos claros y frescas mejillas, que aparecía de improviso en los lugares peligrosos, alegrando el corazón

de los fatigados troyanos. Junto a ella, seguido de su gozquecillo lanudo, el ciego Sabino, declamador y harapiento, como un mendigo bíblico, se alza sobre la muralla, arrojando sus maldiciones contra la soldadesca enemiga, como peñascos desgajados del roquedal de su cólera.

El reto de Ney, que deseaba hurtar la gloria de aquella conquista a su envidiado jefe, Massena, lejos de abatir a los emplazados les animó a comenzar su titánica obra. La deleznable muralla, que se desmoronaba en los años pacíficos, fué revestida y asegurada con el apretado revellín, que la cubrió como coraza de guerra. Cayeron cercenados por el destrial de los recios leñadores, los árboles venerables y frondosos que envejecieron, en doble hilera, desde el arrabal de San Francisco hasta la Cruz Tejada, ameno sitio para la holganza fiestera. Las piedras labradas del convento de la Trinidad, de las que todavía se encuentran algunos bloques para testimonio de tan glorioso acabamiento, sirvieron para rellenar la explanada del glacis, despejando el terreno hasta el reducto principal construído sobre la plaza de Armas, entre las Puertas del Conde y de San Pelayo, donde se ocultaban las baterías en el recinto de la falsa braga, disimuladas con tepes y malecones.

Cuenta el general Herrasti sus inquietudes y apuros para realizar obras tan difíciles y costosas

en el breve plazo que medió entre la intimidación fracasada de Ney y la formalización del cerco, cuando se presentaron por Matahijos y Zamarra los diez mil de Massena, reforzados con otros tantos que cubrían el campo hasta Sancti-Spíritus, y se trasluce en la prosa impasible y seca del brigadier, el contento que le salta en el pecho cuando anota cómo le ayudaron con sus caudales, y con sus ahorros, los ricos y los humildes, entregándole los dineros con el mismo desprendimiento que entregarán sus almas a los azares de la lucha.

No le vamos a seguir día por día, prolongando esta escapada, que habrá de acabar volviendo de la aventura al tranquilo y vetusto caserón de nuestro mentor prudente, el estóico Zahonero; pero ya que cedimos a la tentación de salir al campo peligroso, con vocación de lancero, acerquémonos a los de don Julián, aunque sólo sea para traer impreso en el ánimo el recuerdo de sus gallardías. Tan audaces son los vaqueros y gañanes de la partida, que tiembla el firme pulso del general Herrasti, emocionado y complacido, al relatar algunas de sus proezas, cuando el general Cranfurd —un inglés flemático y temerario— tuvo que aconsejar prudencia al guerrillero que desoyó sus consejos, el 17 de Mayo, trayéndose a la plaza más de veinte caballos de los dragones franceses, entre cuyas filas se metió, «cargando a degüello». También Grandmaison se deja arrastrar

por la invencible simpatía de aquella figura romancesca, describiendo la salida que realizó don Julián con su gente, cuando cansados de permanecer inactivos, como fieras enjauladas, entre los muros de la ciudad sitiada, salieron, al anochecer del día 21 de Junio, a lo largo de la ribera del Agueda, que se teñía de rojo con la sangre del crepúsculo, sorprendiendo al piquete de dragones cuando abrevaban éstos sus caballos, y escapando a galope tendido hacia la libertad de la guerra a campo abierto, a través de los espesos y sombríos robledales de Martihernando...

El mismo historiador nos cuenta con frases hidalgas, llenas de respeto y admiración para los vencidos, la jornada final de aquella magnífica empresa. Flamea la bandera blanca, la triste bandera de la derrota, en la torre de la Catedral-capitana que guardó entre sus bóvedas, como símbolo del rencor, la negra pólvora. El mariscal Ney se adelanta hasta la muralla, al encuentro del viejo Herrasti, cuyo rostro, más blanco aún, por la tristeza de la humillación, que la bandera de tregua, se inclina hacia la removida y ensangrentada tierra, mientras el vencedor le busca las manos, acompañando al gesto cordial las palabras generosas. Repitamos aquellas, tan delicadas, que escribió *Azorín*, evocando este emocionante episodio, que podría ser inmortalizado en el lienzo como el de la rendición de Breda: «El momento

en que este glorioso viejecito Herrasti ha aparecido entre los escombros, entre las ruinas de la ciudad, ante las tropas enemigas, y ha llegado, después de la heroica resistencia, hasta el general Ney, ha debido de ser de una emoción profunda, intensa... Cuando este viejecito de los cabellos blancos se acercó a Ney, había cumplido con su deber. Su conciencia y la de sus conciudadanos estaba tranquila. Había defendido hasta el heroísmo, todo lo que él mismo representaba en aquel momento...»

Al siguiente día, 11 de Junio, los tres mil sobrevivientes de la guarnición de Ciudad Rodrigo, salen para el destierro, camino de Francia. Entre ellos va el famoso sargento Mayor, pícaro redomado que se fingió cardenal de Borbón, pasándolo lindamente, hasta que se descubrieron las trapacerías que nos cuenta en ese libro menudito y primoroso, tan buscado entre los bibliófilos. Al llegar al destierro, el general Herrasti, entretiene sus horas, tan amargas como odiosas, escribiendo la «Relación histórica y circunstanciada de los sucesos del sitio de la plaza de Ciudad Rodrigo...», «para perpetua memoria de los hechos ocurridos en su dilatada y gloriosa defensa...»

Limpia del robín de la vanidad su alma bien templada y pura, esconde, en la narración, las propias hazañas, recatándose entre el montón de los héroes anónimos, a quienes cede todo el honor

que otro militar menos humilde hubiese amontonado sobre su cabeza, hasta emboscarla entre los provechosos laureles que bordean el fácil camino donde maduran las recompensas y los ascensos. En las páginas que escribió el general Herrasti, no encontrareis la figura noble del anciano caudillo; habla del gobernador de la plaza, como si se refiriese a un extraño, cuyo nombre ni siquiera recuerda, pero no se le olvidan los de aquellos subalternos que demostraron su arrojo y serenidad durante el asedio. Así le queremos contemplar nosotros, ahora que perderemos de vista su figura venerable: escribiendo en prosa sencilla la escrupulosa relación histórica, vestido con su vieja casaca, sin cruces ni entorchados, tomando de cuando en cuando un sorbito de fino rapé, y suspirando por la patria desdichada que acaso no volverán a ver sus ojos, humedecidos por la nostalgia...

XXVIII

Retorno.

Ya estamos de vuelta en el caserón del abuelo. La ciudad aparece iluminada aquella noche, la del 11 de Julio, y los franceses, que abusaron del rojo vino castellano para alegrarse el corazón,

festejan con sus roncas canciones la rendición de la rebelde Miróbriga. Pero, en el fondo de aquellos regocijados soldadotes, que recorrieron media Europa en busca del triunfo y de la muerte, se agazapa el miedo, esquivando las garras de la epidemia feroz que ha llenado de cadáveres la tierra del Camposanto, hasta el punto de haberse ensanchado los dominios de la Intrusa con la huerta de Villasandín, donde no descansa el azadón, cavando huesas.

Comienza el día 13, el triste desfile de los prisioneros de Ciudad Rodrigo, amarrados codo con codo, a pesar de la prometida generosidad de Massena, quien regresa triunfador al frente de los infortunados peregrinos, entre los cuales figura el deán Aparicio y los que formaban la Junta de Defensa. Durmieron amontonados en las Escuelas Menores, saliendo con el alba, en dirección a Valladolid. Fué descubierto un lancero, que se curaba una grave herida bajo el techo amigo, y le dieron muerte cruel, acribillándole a balazos. Tuvimos grandes fiestas el 14 de Agosto, por el santo de Napoleón, con el indispensable y honroso Tedeum, empalmándose las sinceras ceremonias religiosas y los festejos profanos, no menos espontáneos y ruidosos, con los que se dedicaron a celebrar la rendición de Almeida, destruída por la explosión del polvorín, cuyo «admirable espectáculo», calificado de maravilloso por

la espectadora, contempló la duquesa de Abrantes desde el ruinoso y poético torreón de un castillejo, en la colina de Sanfelices, donde la tenía recluída su ardiente y celoso mariscal.

Siguió haciendo su oficio la brava y misteriosa epidemia, penetrando con afilada guadaña en los tres espaciosos hospitales improvisados en los Irlandeses, los Carolinos y San Bernardo, sacando su terrible cosecha, que se remontó a la cifra de dos mil quinientas víctimas en los meses de Abril a Noviembre... Así nos podemos explicar, con una interpretación honrosa para la conducta de nuestros antepasados, su aparente tranquilidad y aquella bendita pachorra que los mantuvo tan dóciles y correctos frente a los provocativos invasores. Contaban, sin duda, con aquel aliado terrible que vendría, cuando apretasen los calores, estancando y corrompiendo las aguas y levantando sobre ellas la niebla hedionda de sus ponzoñas vaharadas... Las albercas y letrinas de la ciudad y los cahorzos fangosos del paralizado Tormes se portaron como unos valientes; lo que no hicieron los pistolones y los cuchillos, lo realizaron los tres guerrilleros unidos, acometiendo a los franceses con las innúmeras legiones de sus invisibles microbios... También cayeron algunos centenares de salmantinos; ¡pero era tan difícil distinguirlos de los otros!...

Terminada la danza macabra con las dispo-

ciones sanitarias del general Thiebault, recién llegado de Burgos, entramos en el año once bailando al son que nos tocan, en la Casa de la Ciudad, donde comenzaron en el mes de Enero las animadas reuniones de sociedad, organizadas por los invasores. Hay que pagar la entrada, cien realazos por barba, y diciendo por barba, no hará falta añadir que se trata del billete de caballero, con derecho a la compañía gratuita del personal femenino, según la galante y atrayente costumbre en los festivales análogos. Estas reuniones danzantes, con un tenteempié o refrigerio para reparar, a su debido tiempo, las decaídas fuerzas de la juventud agitada y de las vigilantes y reposadas señoras, aspiraban a estrechar los lazos, siendo la primera muestra de la intención reconciliadora, el simbólico título adoptado por los organizadores para bautizarlas. Se denominaban los ruidosos saraos: «La Unión de las dos naciones», y no cabe duda de que se unían en amorosos, aunque comedidos encuentros, cuando el brazo del gallardo oficial francés oprimía el talle, más o menos esbelto, de la tímida doncella salmantina, en cuyo inocente pecho caían los pétalos de los fragantes madrigales.

Para las gentes de menos pretensiones, soplaban los músicos domingueros en los locales cedidos por el conde de Grajar, donde por la suma de tres francos, se disfrutaba también de las sudoro-

sas delicias del bailoteo, que solían interrumpirse con incidentes violentos cuando al bigotudo gaba-cho se le antojaba amenizar el sarao con alguna broma pesada, de la que salían danzando, sobre las cimbreantes parejas, los frágiles utensilios del ambigú...

Era mucho hombre el arrogante, casto y mundano general, señor Barón de Thiebault, para desarrugar el ceño y disipar la melancolía en los pueblos que disfrutaban de su paternal gobierno. En este de Salamanca, al que acababa de llegar (luego de haber coronado su labor pacificadora en Burgos, reuniendo en un mausoleo los desperdigados huesos del Cid y de Jimena) se encontró el general expuesto a los graves peligros que significaban, por su honestidad de esposo fiel y apasionado, los coqueteos de la seductora duquesita de Abrantes, que se hallaba instalada nuevamente en la ciudad, repuesta de los estragos del embarazo, resuelto felizmente en las ruinas de Ciudad Rodrigo, donde nació el robusto infante. Pero el general Thiebault, que a cada cuatro páginas de sus deliciosas Memorias, nos suelta un suspiro de los que taladran el alma, dedicándolos todos a su ingenua y legítima esposa, la encantadora *Zosotte*, tenía bien demostrada la entereza de su fidelidad conyugal, para que fuera a derrumbarse con los saetazos de la vehemente mariscal. Este hombre admirable, que habría de recha-

zar dulcemente, pero con inquebrantable decisión, a las pobres mujeres que no pudieron resistir su influencia turbadora, sin sentirse invadidas por el amor más recio y fogoso, repitió en Salamanca los sacrificios realizados en Francfort y Lisboa, donde arreciaron con tal ímpetu y descaro las tentaciones que estuvo para ceder la carne flaca del irresistible e involuntario conquistador de beldades. La duquesita le trajo de cabeza. Cabalgaba a su lado, sin escolta ni testigos, en los paseos ecuestres y matinales, tan propicios para el malicioso discreto; almorzaban en compañía, dedicándose luego a las expansiones musicales, con romanzas insinuantes, de contagiosa ternura; jugaban su partida de dados, y por si no bastasen esos incentivos del diálogo a la jineta, la refacción íntima y los conciertos románticos, la duquesita planteaba al respetuoso barón los más intrincados problemas teológicos, contrariada por el escepticismo religioso del volteriano gobernador, a quien la gentil pastora se propuso atraer al redil de la ortodoxia.

El general hizo buenas migas con el corregidor Casaseca, a quien elogia en sus Memorias, llamándolo probo, firme y capaz. Era Casaseca doctor en Cánones y perteneciente, como tal, al Claustro universitario, según descubrió en sus interesantes investigaciones don Florencio Amador, autor de un libro que merece ser divulgado entre

los salmantinos (1); pero no valió su influencia con los invasores para que la Escuela pudiera librarse del despojo de sus rentas y bienes, teniendo que vender, como último recurso, la pequeña casa que la Universidad poseía en la Plaza Mayor y la parte que gozaba en Buenabarba, más la cera de la capilla y el trigo de la Pinilla, con lo cual pudo pagar los ciento treinta y cinco mil reales que le correspondían en la contribución de guerra impuesta por el mariscal Ney.

Entre Thiebault y Casaseca, dieron la gran piqueta a la ciudad, limpiándola de cabo a rabo, numerando las casas, derribando todas las que formaban una barriada miserable frente al Colegio viejo, prohibiendo los enterramientos en las iglesias y creando la nueva y macabra industria de las pompas fúnebres. Hasta entonces, los salmantinos que desfilaban hacia los negros dominios de la muerte, realizaban la última excursión, desde la alcoba a la huesa, embalados de cualquier manera, o envueltos, a la buena de Dios, en el sudario, cargando con el causante los herederos más robustos, los legatarios de mayor porción, o el personal asalariado, si la familia confiaba el piadoso transporte a gente mercenaria. Gracias a Thiebault, a partir del año once, los difuntos conocieron las ventajas y comodidades del vehículo de

(1) «La Universidad de Salamanca en la guerra de la Independencia».

tracción animal, que si fué sencillo carro en sus comienzos, llegó pronto al desarrollo que culmina en nuestros felices tiempos, cuando ya podemos disfrutar de los caballos empenachados, cubiertos de suntuosas gualdrapas, y del cochero mayestático, con pelucón de rabo y tricornio a la federica. Estos servicios corrían a cargo del Municipio, que acompañaba al inerte y fenecido vecino hasta su última morada, garantizándole el eterno y gratuito descanso mediante el pago de un módico impuesto...

En sus campañas demoledoras, tropezó el gobernador nada menos que con el Cabildo, a quien pertenecía la propiedad de las casuchas sentenciadas a muerte... Pero en ocho días quedó zanjado el asunto y despejada la plazoleta. Se quejaron y recurrieron a Madrid los señores canónigos, y, mientras se resolvía la petición en la Corte, el gobernador tramitaba a marchas forzadas el curioso expediente de expropiación forzosa. Al tercer día de publicada la orden, fueron tasadas las fincas, sin intervención de los dueños, que confiaban en el ejercicio de sus acciones civiles; el quinto día, se fijaron los edictos, notificando la tasación, y a las cuatro de la mañana del siguiente, comenzaron los derribos, teniendo que salir de estampía, con sus enseres y su rabieta, los capitulares que habitaban en las atropelladas viviendas...

Confirma Zahonero esas afirmaciones que constan en las Memorias del general: «El día 14 de Marzo —dice el abuelo— hicieron saber a los vecinos que moraban en las casas que estaban delante del Colegio Viejo, que el señor Tibaul avía dispuesto caerlas, porque quitavan la vista a dicho edificio, derribándose en el término de ocho días».

Huyendo de los ingleses y renunciando definitivamente a la conquista de Portugal, llegaron las tropas de Ney y de Junot, a los que siguió Massena, desfilando por Salamanca más de noventa mil hombres, que no hicieron otro daño que el de producir, involuntariamente, el alza escandalosa de los artículos necesarios para el corporal sustento. A Zahonero le llegó al alma, y al bolsillo, este fulminante encarecimiento de las subsistencias. ¡Se puso el pan a diez reales, y a doce se vendía la docena de «guevos»!, clama, respirando por la herida de su economía doméstica. Pero es hombre que se repone al instante, pasando del comentario airado a la narración serena. «Este año tampoco hubo procesión», añade, sin hacer punto ni coma, a renglón seguido de los doce reales de los «guevos». No cabe duda de que don Joaquín tenía su gallinero.

XXIX

El doctorado de Thiebault.

Al general se le puso entre ceja y ceja el anto-

jo de alcanzar el grado de doctor honorífico en la Universidad de Salamanca... Cuando lo consiguió, después de atraerse con halagos y promesas a los doctores más blandos, y de imponerse con amenazas y desplantes de gran efecto a los menos sensibles a la táctica untuosa, pudo, el general, dirigir su orgullosa mirada, por encima de las hombreras, a sus compañeros de caudillaje napoleónico... Así se alza en sus Memorias, empinado y orondo, hinchado de vanidad, cacareando a los cuatro vientos la preciada y gloriosa merced que le ofreció el Claustro sumiso... Desde entonces, desde que cayeron sobre su uniforme militar los pliegues severos de la toga universitaria, ya no tuvo envidia a nadie, ni al propio emperador... Un título de príncipe, de duque, de marqués o de conde, era regalo vulgar que podía encontrarse cualquier soldado de fortuna al apearse del caballo, luego de una marcha fácil o de una retirada airosa. En racimo se los encontraba. Aquí mismo, en Salamanca, mientras el general cauteloso y paciente revoloteaba alrededor del ochavado birrete, despleaban su cola de pavón: el mariscal Massena, príncipe de Essling y duque de Rívoli; el mariscal Bessieres, duque de Istria; Ney, duque de Elchungen; Marnont, duque de Ragusa; Junot, duque de Abrantes. Entre ellos, el pobre Thiebault, humillado con su ridícula baronía, como un villano preten-

cioso obligado a codearse con la flamante aristocracia, saboreaba en secreto el gran gesto olímpico con el que había de sorprenderlos cuando apareciese, de improviso, con su resplandeciente muceta, en la cumbre de la sabiduría.

Zahonero no se dió cuenta de los propósitos y manejos del ambicioso gobernador. Nadie se percataba de aquellas sigilosas maniobras. Se iba ganando, Thiebault, el aprecio de la opinión sensible y bobalicona, a la que entusiasmaba con sus enérgicas y aparatosas reformas. Entre las nubes de polvo que levantaban las paredes demolidas, el astuto general ocultaba el fulgor de sus deseos. Casaseca, que le ayudaba a manejar la piqueta, le serviría con sus artes de maquiavelo para explotar los ánimos de los claustrales, sobornándolos con la moneda falsa de las amenazas y las promesas. Pronto encontró colaboradores entusiastas. Sus nombres deben pasar a la Historia, aunque tengamos que sacarlos a empujones, temerosos de los azotes y de las burlas.

Bueno será advertir, por side la relajación de las costumbres sociales se puede derivar alguna circunstancia atenuante en la torpe conducta de los doctores, que en cuestión de moralidad pública y privada, andaban las cosas manga por hombro. Daba ejemplo el siempre rijoso y desvergonzado Massena, consolándose de la derrota en la compañía de una frescachona paisana, esposa de un

distraído capitán de dragones, y persiguiendo a Thiebault para sacarle ochenta mil francos, de los trescientos mil que había recibido el gobernador para atender a las necesidades del ejército. Fué entonces, cuando los empleados municipales recibieron la extraña orden de acompañar, cada mañana, a la servidumbre de los jefes franceses, pagando con los fondos del Concejo el importe de lo que comprasen en los mercados. Cada cual se las arreglaba como mejor podía. Los jóvenes oficiales del ejército imperial tenían como modelo al simpático y libertino Canonville, desterrado por Napoleón, para castigar con la ausencia del galán la última y más escandalosa campaña amorosa de la liviana *Paulette* Bonaparte. Como si ventearan la proximidad de la catástrofe, que había de poner fin al vicioso desenfreno, se aprovechaban, dándole gusto al cuerpo, a la manera de mayordomos y criados ladrones, traicionando al amo ausente.

En esto, llegó a la ciudad el duque de Istria, enviado por el Emperador para que metiese en cintura a la pandilla de bribones. Como es de rigor en estos casos, el gobernador cayó sobre Besieres, espetándole, a las primeras de cambio, un formidable discurso, muy parecido, por cierto, a los que en ocasiones solemnes se pronunciaron más tarde bajo las bóvedas universitarias. Habló Thiebault de los orígenes de los Estudios sal-

mantinos, de la protección de los Papas y los Reyes, del período glorioso, de la decadencia de la Escuela y de la innegable y extraordinaria capacidad de los maestros, que sólo esperaban la protección económica del Estado para desaguar en fecundos raudales la sabiduría que les congestionaba la mente... El duque —como también es de rigor en situaciones análogas—, aparentaba escuchar la disertación profunda y dilatada, asintiendo con leves y reiterados balanceos de cabeza, aunque, para sus adentros, estuviese renegando del impertinente y retórico gobernador... Cuando acabó la peroración, el señor duque felicitó al orador con los elogios de rúbrica, diciendo que «tomaba buena nota de todo aquello», ni más ni menos que lo que hubiese contestado la mecanógrafa del secretario de cualquier ministro constitucional...

Pero Thiebault, que tenía el espíritu crédulo y optimista, como un buen representante de las fuerzas vivas, interpretó tan favorablemente las frases aprobatorias y estimulantes del discreto duque, que, en cuanto éste partió para Ciudad Rodrigo, se entregó de lleno a trabajar sobre el célebre proyecto de la reforma universitaria, comprendiendo que de aquella lucha salía para la inmortalidad con sus atavíos doctorales...

Hay que reconocer que le costó buenos sudores y fatigas y desvelos el alcanzar la investidura

ansiada. Por de pronto, se pasó las noches de claro en claro. A las diez de la noche se reunían en el despacho de Thiebault los doctores de la Universidad salmantina, regresando a sus viviendas cuando despuntaba la mañana. Y a los quince días de pronunciado el discurso, el duque de Istria que regresaba de Ciudad Rodrigo, fué sorprendido por el gobernador, que esgrimía, como un cetro, el rollo trascendental del laborioso e infortunado proyecto, compuesto de doscientas páginas *in-folio*...

En el interesante informe, se remozaba el anticuado plan de las enseñanzas universitarias, ampliando las de Derecho, hasta incluir, como asignatura especial, la dedicada al estudio del Código Napoleón. En la cuestión de las soldadas no se paró en barras el general, alumbrando hipotéticos manantiales de ingresos para que pudiesen disfrutar los catedráticos de una nómina generosa, con treinta mil reales para el Rector y quince mil para cada quisque del personal docente, «cantidades fabulosas en aquellos tiempos», según afirma el ya citado Amador Carrandi, en cuya interesante monografía podrá encontrar el lector curioso los detalles más pintorescos...

Conmovidlos los claustrales ante la magnificencia del general, que venía a sacarles de la vergonzosa miseria, se reunieron el 6 de Noviembre, convocados por el vicerrector, don Antonio Alba,

proponiendo el doctor Hinojosa que fuesen nombrados dos comisarios «para que pasen a dar las gracias al excelentísimo señor Thiebault, por sus buenos deseos hacia la Universidad», como así se acordó, sin que prosperase la enmienda o adición que patrocinaban los más efusivos cofrades, Guedeja y Forcada, para que se le diesen las gracias al general, no sólo verbalmente, sino por escrito bilingüe, en francés y en español...

A los pocos días, los doctores designados para cumplimentar al gobernador solicitan el consejo de sus compañeros, en previsión de que al general se le antojase aprovechar la visita de los agradecidos claustrales «para solicitar algún honor de la Universidad». Los tales comisionados —doctores Alba y Guedeja—, a los que podemos clasificar como unos cazurros de tomo y lomo, andaban en conciliábulos con Thiebault, cuyas pretensiones conocían los precavidos delegados, como se desprende de las referencias del Claustro, puesto que no existiendo precedentes de que la Universidad concediese jamás nombramientos de esa categoría, resultaba muy chocante que se aludiese, en la sesión famosa, a la posibilidad de que el gobernador solicitase el título de doctor honorario... Bueno que los demás claustrales se tragasen el anzuelo, engañados por el cebo del salario rumboso; pero ha llovido mucho desde entonces para que los salmantinos de ahora comulguemos

con ruedas de molino... Alba y Guedeja, o sean el vicerrector y su confidente y auxiliar, cuyo apellido tanto se presta al fácil y chistoso retruécano, estaban de acuerdo con Thiebault, quien se valió de la influencia del desaprensivo vicerrector para salir adelante con su vanidoso empeño. Guedeja fué quien hizo el gasto en la sesión. El vice, se quedó al paño, para intervenir en la escena si el otro se trabucaba en el recitado. Despachó airoosamente su papel, el amigo Guedeja, sin que ninguno de los doctores concurrentes —que fueron diez y seis,—mostrase su extrañeza; antes al contrario —dice Amador— el doctor Hinojosa manifestó que no debía perderse este negocio; el doctor Salgado, más concreto, dijo que se le distingua a su excelencia por la Universidad, dándole el título de doctor; tornó a opinar Hinojosa, para que se añadiese al título de doctor el de conservador, y tan de la misma opinión fueron los reunidos, que se acordó, como Hinojosa propuso, nombrando comisarios para la ejecución de los acuerdos, a los doctores Alba, Ayuso, Hinojosa, Salgado, Mintegui, Bárcena y Baradat, que éste era el apellido paterno del tal mentado Guedeja, que fué quien se soltó el cabello en ocasión tan peliaguda y memorable...

Sin perder tiempo, utilizando los servicios del pendolista oficial, se remitió al general la certificación expedida por el Licenciado don José Le-

desma, secretario del muy Insigne Claustro Universidad y Estudio General de Salamanca, en cuya honrosa página se dice «que después de haber conferenciado detenidamente el Claustro sobre los singulares servicios y favores que le había dispensado el expresado el excelentísimo señor Barón de Thiebault, sus bien acreditadas luces, profundos conocimientos, vasta literatura y más prendas características de un Sabio: acordó unánimemente nombrarle... por Individuo honorario y Doctor benemérito de esta expresada Universidad... y que como a tal se le guardasen todos los honores, distinciones y preeminencias anexas al Doctorado, anotándole como uno de ellos en la Matrícula y Registro.»

El día 21 de Noviembre de 1811, a las doce, «con toda solemnidad y pompa, acompañados del séquito de ritual y vestidos con traje de Escuela», visitaron al Gobernador los señores Hinojosa y Mintegui, para entregarle el pergamino donde constaba el nombramiento.

Thiebault se lo envió, por la posta, a *Zozotte*, que había recibido en París una carta anónima acusando al irreprochable general de que tenía una querida en Salamanca. El doctor honorario pudo decir a la esposa enfurruñada, señalando a la machucha y casquivana Escuela: *Voici ma maitresse...*

XXX

El precio del rescate.

Se inicia el desenlace de la tragedia nacional; pero no han de valerte, ¡mi prudente y querida Salamanca!, tus ingeniosos y honrados ardides de ciudad razonadora y pacífica, para librarte del suplicio, cuando ya se alborozaba tu corazón presintiendo la llegada de los libertadores. ¡Asomarán pronto los ejércitos aliados, coronando los cerros suaves de los Montalvos; pero, antes de que el victorioso y flemático Lord acalle con sus infernales «bombas rojas» el mortífero estruendo de los cañones del Fuerte, la furia de los hombres habrá destrozado tu vida, descoyuntándote los miembros y arrancando de tus entrañas lo que pusieran en ellas, con tanto amor, el Arte y la Historia, los dos hijos mellizos que te fueron dando —cuando les dabas fuerza— la hermosura armoniosa y espléndida de la maternidad robusta!

Nos íbamos defendiendo, hasta ahora, engañando al bárbaro huésped con los hábiles fingimientos que significaban, en la vida práctica, lo que los agudos sofismas y las sútiles argucias dialécticas en las especulaciones de la cátedra. El gigante brutal, pasado el momento peligroso de la primera y feroz acometida, se dejó adormecer por

el cariñoso rumor de las voces persuasivas y elocuentes que le brindaba la siempre ingeniosa sabiduría. No hubo tiempo, sin embargo, para que la ciudad, tan fértil en pensamientos sagaces, pudiese clavar el venablo ardiente en el Cíclope, y al despertar, viéndose burlado y vencido, descargó su cólera contra las piedras enemigas que rodeaban su caverna.

A mediados del año once, comienzan los franceses su terrible faena destructora. Han quedado solamente en la ciudad los mil dragones desmontados, guarneciendo el Fuerte. Marchó el duque de Ragusa, con el resto de las fuerzas, para cooperar con Soult en Extremadura, de donde se replegó Wellington, hacia su línea predilecta de la raya portuguesa, corriéndose en Agosto hasta Fuenteguinaldo, preparando las garras frente a la codiciada presa. A los mil dragones, no les llegaba la camisa al cuerpo, aunque sus llamativos arreos les diesen un aspecto tan decorativo como imponente. Se apresuraron a cerrar las Puertas de San Bernardo, del Río y Santo Tomás, dejando un angostoso portillo en cada una, lo suficiente para que pudiese penetrar el miedo en el corazón de aquellos valientes. Pusieron en lo alto de la Catedral la bandera encarnada de la Cofradía de la Cruz (emblemática de la alegría pascual que flameaba, ante el paso del abierto sepulcro, el Domingo de Resurrección); quedando al cuidado de la enseña un

vigía, para desplegarla, avisando a los del Fuerte, cuando descubriese tropa enemiga. Los lanceiros, como sabuesos de finos ventores, olfatearon desde los encinares de Matilla (espesos, corpulentos y temerosos para la emboscada, según la impresión de Thiebault) el decaimiento espiritual de los dragones salmantinos, tramando contra ellos la más gallarda hazaña de que pueden envanecerse los valientes de don Julián, quienes, en número de cinco, capitaneados por don Ambrosio Gascón, se presentaron el 19 de Junio, a las seis y media de la tarde, en el prado del Zurguén, donde, por ser el día de San Pedro, se expansionaban más de quinientas personas, que olvidaban los pesares engullendo y bailando, como si el venerable y celestial Portero hubiese establecido en las márgenes del Tormes una sucursal del paraíso divino. Cayeron de improviso sobre la bulliosa concurrencia, aquellos cinco quijotes de pelo en pecho, acometiendo contra los franceses que, en número de trescientos (según las cuentas de Zahonero), pusieron pies en polvorosa, creyendo que detrás de los cinco vendría el grueso de la poderosa partida. Se conformaron, los de don Julián, despenando a dos dragones que les hicieron cara, y hartándose a galopar acosando a los cívicos, que escapaban como mansos becerretes. Este episodio lo cuenta ya la Historia grande, siendo de lamentar que no lo pusiera en

verso fácil algún cortador de romances populares. Desotro día, publicaron los burlados franchutes una orden prohibiendo a los de la ciudad que salieran más allá del puente, viniendo a lucrarse con ello un artesano industrioso, que planteó su negocio en la «güerta» de los Jerónimos, en la casa del «ortelano», donde fueron a comer y danzar los fieles devotos del culto dominguero y ribereño, que gustaban, y siguen gustando, de percibir el próximo rumor fluvial mientras empinan el codo para ofrecer sus libaciones al risueño dios de los pámpanos...

Tropezamos —antes de llegar a los conventos destruidos— con unos cuantos cadáveres; el del misterioso asesinado en la Cruz de Antón...: «no se supo quien fué, ni por qué, ni cómo; lo enterraron allí mismo». Se quedó Zahonero intrigado por la extraña circunstancia de que dejasen sepultados los restos de la víctima, tirándolos en pleno campo, como si se tratase de perro sarnoso. En el mes de Septiembre «alcabuciaron a tres soldados del rey Joseph, dos portugueses y el otro gallego, que tanto monta; su delito fué el de ladrocinio». A los pocos días, «diendo de paseo la compañía de jurados y aviendo pasado el río por bajo de la ceña del bado», se las guilló de las filas un sargento, al que traía encalabrinado una moza de Babilafuente. Le echaron mano cuando ya tenía medio convencida a la ingenua aldeana, re-

volviéndose el sorprendido seductor contra quienes le interrumpían en tan placentero diálogo. Lo trajeron medio muerto a la ciudad (medio muerto de los balazos, más cruentos que la flecha de Cupido), y lo «afusilaron» el día siete para evitarle las molestias del tratamiento quirúrgico. Igual fin tuvieron, en el mismo mes, otros dos franceses, aficionados a los bienes ajenos, que por su categoría de soldados no podían arramblar impunemente con los dineros del prójimo, como lo hacían, sin correr el mismo riesgo, sus superiores jerárquicos.

El quince del mes de las ferias, que sólo fué amenizado por el espectáculo despreciable de unas sombras chinescas, llegó Dorsenne, capitaneando la friolera de veintisiete mil hombres, para operar con Marmont, reuniéndose en Tammes. El mismo día —¡coincidencia extraña!— volvió a verse en el cielo el cometa aquel que apareció el año mil ochocientos siete. Esta vez lo pudo observar a su gusto nuestro venerable guía, gracias al telescopio que le prestó un amigo, que tenía ribetes de astrónomo. A Zahonero, le pareció, el cometa, una cosa muy pintoresca y chocante, porque tenía «cabellera y barbas de figura de abanico roto», algo así como una máscara estrafalaria que desprestigiase con sus greñas postizas la seriedad propia de la elevada misión sideréa que estaba desempeñando. Presenció el

grotesco cometa, desde su posición encumbrada y ventajosa, las angustias que padecieron los salmantinos el día veinte de Septiembre, en cuya fecha fueron nuevamente saqueadas sus viviendas, recogiendoles todos los víveres para socorrer a la necesitada guarnición de Ciudad Rodrigo. Vinieron para llevar el convoy más de mil burras embargadas, y las metieron en la Huerta del Jesús, de las que sólo quedaron ciento cincuenta, escapándose las demás por un «bujero» que abrieron en la pared. ¡Prodigioso y patriótico instinto, el de las fugitivas pollinas, que no quisieron auxiliar al ejército usurpador! Celebrando el admirable y colectivo rasgo, nos concede Zahonero, por única vez, el regalo de un comentario zumbón, cuando, al significar la desanimación de la tornaferia, dice que los franceses no consiguieron atraer con su pregón, «ni a las burras que se marcharon de la güerta»...

Comenzaron a oradar, con las minas traidoras, la robusta fábrica de los monasterios, para que no encontrase estorbos la desesperación acuartelada en el Fuerte: El Colegio o Casa de Estudios de los Cayetanos, fundado en 1683 por el siciliano Ventimiglia y el vizcaíno Abarrátegui, en la modesta casa comprada a la Real Clerecía de San Marcos, engrandecida luego con los nueve edificios de la calle del Aguila Vieja que les regaló el obispo Calderón de la Barca; el Colegio de Cuen-

ca, con su maravilloso claustro renacentista y la fachada barroca, de García de Quiñones; el de los Clérigos Comendadores de San Juan, que se alzaba en las Peñuelas de San Blas; el de la Orden Militar de Santiago, o del Rey, planeado por Gil de Ontañón, con los dos gigantescos torreones que lanzaban sobre el próximo río, al nacer el día, la sombra leve de sus cuadradas moles... Todos ellos, y el Hospicio que se construía, y las cien casas que pregonaban su nobleza o su hermosura con los blasones esculpidos y con la sobria elegancia de sus líneas y sus rejas, iban a pagar con la vida el rescate de la ciudad esclavizada, redimiéndola, también, con el martirio, de todas las apostasías... La ciudad renegada, tenía que purificarse con las llamas del suplicio, para alcanzar su eterna salvación ante el juicio de la Historia...

XXXI

El año del hambre y del triunfo.

Le llegó su hora al comisario general de policía, «ce digne Vega», como lo llama cordialmente Thiebault, de quien fué colaborador entusiasta y camarada locuaz y fidelísimo. Comenzaba el año, y ya salían las máscaras madrugadoras revolcando su estúpida y grosera alegría sobre las nieves

de Enero, tropezándose los embadurnados heraldos del carnaval con los pastorcillos que desfilan en Navidad, por los senderos de la Fe, a calentar sus almas en el establo tibio. Don Josef de Vega, había pasado de largo entre las zampoñas y los villancicos, molestándose, como buen librepensador, con el bullicio de aquel regocijo tradicional, ingenuo y piadoso; pero, sonándole mejor los cascabeles y burlas del anticipado antruejo, quiso solazarse, al compás de la música francesa, en los bailes organizados por el paternal Gobierno, que venían celebrándose en el antiguo teatro del Hospital. Bajaba, el comisario, por la calle de Varillas, el sábado, once de Enero, a las siete de la tarde, en pausado diálogo con un cazador de Montaña, cuando cayeron sobre ellos cuatro enmascarados, que luego de embromarles con algunas chanzas, les abrazaron y asieron rápidamente, hasta caerlos en tierra, donde les dejaron por muertos, desangrándose a chorro por las numerosas y certeras heridas.

Pasaron, poco después, en bullanguera comparsa, los músicos franceses encargados de resoplar en el baile, sin que pudiesen remediar al cazador, que estaba sin vida, ni hacer otra cosa por la escasa que le quedaba al comisario, que atajarle la hemorragia y sacudirle de firme, por si antes de abandonar al mundo podían sacarle la denuncia en algún descanso del fatigoso resue-

llo... Dos meses y diez días —contados, con mal disimulada fruición por Zahonero— duró la agonia del afrancesado funcionario, y aunque la venganza, enmascarada también con la hopalanda de la Justicia, apretó los tornillos en los interrogatorios y careos, tuvo que dar suelta a la muchedumbre aprisionada sin que pudiese arrancar la careta de la inocencia a los que tapaban con ella el alma delincuente, culpable del siniestro suceso... Murió sin sacramentos, siendo sepultado en San Martín, a pesar de haber sido, el asesinado comisario, quien dispuso que sólo se enterrase en el Campo de Villa Sandín, lo cual hace resaltar Zahonero, exclamando: «¡Así Dios se burla de los planes de los ombres!», donde si bien falta una letra, para la corrección ortográfica, se condensa con espontáneo vigor el acatamiento a las misteriosas normas providenciales...

Llegó Marmont, con diez mil soldados, en socorro de Ciudad Rodrigo, pero acudió tarde porque el 19 de Enero —tres días antes del tardío intento del mariscal— fué tomado por asalto y dominado por los ingleses, bajo la sabia dirección de Welington. Para consolarse, festejaron en Salamanca, a todo trapo, la rendición de Valencia, donde había entrado victorioso Suchet, el 14 de Enero.

Un sujeto, «que decía que era físico», lució su destreza de prestidigitador, actuando nada me-

nos que en la Casa de la Ciudad, donde los juegos de manos se habían efectuado, hasta entonces, sin darles una publicidad tan escandalosa. En el teatro del Hospital, funcionaba una notable compañía de saltadores y equilibristas, de cuyos saltos y oscilaciones se reírían algunos de los concurrentes, que podrían dar lección a los artistas, en eso de esquivar el riesgo utilizando con cautela el trampolín o el contrapeso.

Aunque no tanto como en otras provincias, apretó el hambre, por la escasez y carestía de los alimentos, especialmente del pan que, por valer el trigo a doscientos setenta reales, costaba a quince, el de cuatro libras. Cumpliéndose el refrán, todo fué mohina, tristeza, melancolía o disgusto, sin que bastasen a disiparla los esfuerzos y habilidades de los aludidos artistas. Una monja, agustina recoleta, se tiró al pozo; un húsar, que levantó la mano contra un oficial, perdió la vida junto a los Capuchinos. Menudeaban los robos, las trifulcas y los desafíos. El pueblo resignado, se moría santamente, o se conformaba dejando los dientes ociosos en los berroqueños mendrugos de la limosna; los soldados, menos pacientes, realizaban provechosas excursiones a los pueblos, saqueando graneros y despensas, aunque alguna vez se encontraron con los aldeanos irascibles y fornidos, como sucedió en Cabrerizos, donde los recibieron a garrotazo limpio, tra-

yéndolos maniatados a la ciudad, para entregarlos a la justicia castrense, que «afusiló» al más descarado y principal de la cuadrilla.

No pasaban hambre los lanceros, que cuando andaban escasos de carne venían a proveerse de la tierna ternera y del correoso novillo, echando el lazo, como jinetes pamperos, a las reses que pacían en los alrededores de la ciudad. El 6 de Febrero se llevaron nueve de ellas; volvieron en Abril, atrapando otras quince en los prados de San Jerónimo, manteniéndose respetuosos con el personal vigilante, lo que no hicieron en Octubre del año anterior, cuando el propio don Julián en persona, con un puñado de sus partidarios, capturó las quinientas cabezas que pastaban en las orillas del Agueda, en el foso de la fortaleza, cogiendo prisionero al general Renaud y los doce de su séquito; estupenda hazaña, que puede competir con las extraordinarias y audaces del Empecinado, divulgadas ahora en la traducción de las «Peninsular Scenes», de Hardman, hecha por Gregorio Marañón durante su reciente cautiverio, en el que ha gustado, según declara en el prólogo, «la áspera bienaventuranza de sufrir persecución por la justicia».

En Abril, habiendo terminado ya sus toperas los zapadores franceses, rellenaron de pólvora las galerías socavadas en el Colegio del Rey y en la Merced Calzada. Todavía se defendieron las pie-

dras centenarias, sin que lograsen derribarlas las primeras explosiones; pero reforzaron la carga, «y repitiendo la función por dos veces» vinieron a tierra, con formidable estrépito, haciendo crujir en sus cimientos a la ciudad toda, estremecida y espantada por las bárbaras mutilaciones. En Mayo seguían la misma suerte desastrosa el Colegio de Trilingüe y el caserío que lo cercaba; el convento de San Agustín y la iglesia y torres del de Oviedo. El vecindario, prevenido por los bandos y pregones, se apartaba de las cercanías de los monumentos sentenciados, ocultando su rabia imponente y su llanto en el rincón familiar, que temblaba cada tarde sacudido por el fatídico estruendo.

Todo se sacrificaba sin piedad, para que pudiera vivir unas horas más el poderío francés, recluído en aquella fortaleza de San Vicente, que se robustecía y ensanchaba con el trabajo de los paisanos dóciles, obligados a cavar las zanjas de las defensas y a portear sobre sus humilladas espaldas los materiales precisos para proteger el baluarte, que rodearon con un espeso revestimiento de fajinas, disimulando las escarpas y contraescarpas de mampostería. En los meses de Abril, Mayo y Junio, construyeron otra fortaleza los infatigables soldados del Imperio, emplazándola en el solar del demolido convento de San Cayetano, arrimando también el hombro en la trabajosa obra los vecinos más jóvenes y robus-

tos, de los que bien puede decirse que se ganaban la libertad con el sudor de sus frentes. Zahonero debió librarse de tan humillante y fatigosa servidumbre, a juzgar por la flema con que nos explica los menudos hechos que acontecían en la ciudad, acechándolos con su habitual pachorra de ocioso paradislero.

Rondaba por los alrededores del fuerte, como un mercedario en torno de los cautivos, para consolar a los que padecían la esclavitud más triste bajo la férula del tirano, y se distraía el buen señor madurando sus reflexiones en el próximo campo de San Francisco, que le llamaba y retenía con su apacible y frondosa quietud, poblada de un silencio rumoroso y ameno. Apenas si se dió cuenta, el 17 de Junio, de que entraba el famoso «Velinton», al frente del ejército aliado. Estaba Zahonero muy preocupado porque habían cambiado de sitio el caño de San Francisco, poniéndolo «pegado a la pared de la muralla», y distraído y disgustado por aquella mudanza, que le parece desatinada, nos comunica sus impresiones, abogando en favor de la fuente central, con su taza y estanque, como si aquella innovación tuviera más importancia y trascendencia que la llegada del caudillo inglés y la huída de los franceses que, dejando a los defensores del Fuerte, trotaban por el camino de Toro, siempre acompañados por el tropel engorroso de los salmantinos adictos.

El 16, muy de mañana, asomaron «en los Montalvos y por cima de Tejares», los ágiles y temerarios lanceros que formaban la vanguardia del ejército libertador. Durante todo el día se batieron los de don Julián con la retaguardia francesa, que cubría la retirada, amparándose en los altos de la ciudad, que desalojaron por fin, dejándola defendida por la guarnición de los Fuertes. Al amanecer del 17, comenzaron a arder las casas del barrio de los Milagros y algunas de la Ribera, delatando las intenciones de los furiosos invasores, que se proponían destruir, por el fuego, la ciudad, para ofrecer al odiado inglés el trágico espectáculo de la gigantesca hoguera, como anticipo o profecía de la que había de brindar a Bonaparte la desesperación de los rusos con el incendio de Moscou, donde realmente se consumió, entre las brasas y las nieves, la grandeza napoleónica. Llegaron a tiempo los lanceros, aquellos lanceros para los que no ha tenido Salamanca la gratitud mínima de un azulejo en cualquiera de las casas salvadas por su arrojo; llegaron, vadando el río, bajo el fuego de los Fuertes, y trepando con sus caballos castellanos por las calles empinadas y angostas de los barrios altos, acudiendo a sofocar el incendio y a salvar el pobre ajuar de las humildes familias... A las nueve de la mañana, entró Welington, con su gran uniforme de gala, estrellado de cruces relucientes, tal

como lo representa el retrato famoso de Lawrence o la miniatura de Isabay: con sus cuarenta años, rebosantes de madurez feliz; flaco de rostro, los ojos claros, la boca delgada y dura, la nariz aguileña y fina, con una expresión de serenidad y de firmeza en la que el orgullo había puesto su gesto, como un sello heráldico, para marcar el sonrosado semblante. La ciudad, enloquecida, saboreando con expansiones de frenética alegría las primicias de la libertad, rodeaba el caballo del vencedor, vitoreando al impasible jinete que respondía al entusiasmo derramado sobre los pobres corazones emocionados la frialdad de su empaque altanero. ¡Hombre extraño, por cierto, este afortunado y glorioso militar, que triunfó en España, sin llegarla a amar, y sin dejarse amar por ella, como si sólo le importase de su cosecha de victorias los laureles que arrancaba en Castilla para el prestigio de Inglaterra! En Salamanca, se conformó *Su Gracia* rechazando desdeñosamente los obsequios y agasajos que le brindaba el vecindario y el concejo agradecidos; pero tendremos que reconocerle siempre la disciplina que impuso a sus tropas, que venían resabiadas de los atropellos cometidos contra la población indefensa en el asalto de Badajoz, a los que pusieron bochornoso remate, al finalizar la campaña, con la destrucción y saqueo de San Sebastián.

Trabucó, Zahonero, las fechas memorables, retrasando con su error la de la entrada del Duque, que tuvo lugar el 13, según los historiadores más autorizados. El mismo cronista de las Memorias, reconoce implícitamente la equivocación, al referir las prevenciones adoptadas, ese mismo día 13, por el caudillo inglés, que cortando el reverso a las autoridades complimenteras y sin concederle una tregua para gustar del éxito, preparó la ofensiva contra los baluartes, emplazando dos baterías, una entre los materiales del hospicio en construcción y la otra en el jardín del que fué colegio de Oviedo, que todavía se conserva, abandonado y poético, como si aguardase al pintor delicado y amoroso para entregarle el secreto espiritual de su belleza evocadora y tristoná. Pocos días después, completaron el plan estratégico instalando otras dos baterías, una de cuatro cañones en las galerías del convento de San Bernardo, y la última «donde estuvo el Camposanto que mandó hacer el señor Obispo».

Los franceses, codiciosos de recobrar la presa, avizoraban desde Moriscos la pujanza y propósitos de los aliados, quienes para no perder de vista a los mal intencionados curiosos, desplegaron la cortina de sus vanguardias observadoras, cubriendo la larga línea que se apoyaba en los extremos de Aldealengua y San Cristóbal de la Cuesta. Durante tres días —20, 21 y 22 de Junio—

se mantuvieron ambas huestes en la mutua y prudente vigilancia, enseñándose los colmillos, que eran recios y fuertes por ambas partes; pero Marmont, luego de echarse sus cuentas, tomó el acuerdo de aplazar el encuentro, tornándose hacia Toro y Medina, no sin desfogar su rabia, impotente para acometer hazaña más honrosa, incendiando y saqueando las pacíficas aldeas de Babilafuente, Huerta, Villoria y Villorueta, que no necesitaron, aquel verano, de las cuadrillas de segadores, porque las de los enfurecidos soldados se encargaron de arrasarles las cosechas.

Mientras tanto, las baterías de los aliados vomitaban metralla contra las fortalezas de la ciudad, que respondían heroicamente, cumpliendo el mandato que les dejara Marmont de entretener con su resistencia al enemigo, en tanto que se reforzaban sus cuadros con la división de Bonnet, que acudía, desde Asturias, al llamamiento del apurado mariscal. El 23 de Junio, desalentada la guarnición del Fuerte por la retirada de Marmont, que interpretaron como definitivo renunciamento a la reconquista de la plaza, intentó negociar una capitulación honrosa, poniendo bandera blanca, que fué recogida, horas después, al fracasar las gestiones de los parlamentarios, por no acceder el inflexible lord a las demandas de los vencidos, quienes solicitaban concesiones honrosas en demasía. Exasperado, esta vez, el

reflexivo Wellington ante las que le parecieron insufribles exigencias de aquel puñado de insensatos, quiso acabar el asedio con un golpe de audacia, lanzando sus tropas al asalto, que fué rechazado con decisión inesperada, pereciendo en el empeño ciento veinte hombres, y el mayor general Bovves, que quiso estimularlas con el ejemplo de su loca bravura.

Cuatro días más tarde, incendiaron los ingleses el fuerte de San Vicente, valiéndose de la bala roja que arrojaron desde la batería emplazada en la cuesta de Oviedo. Así nos lo explica Zahonero dedicando al terrible poder del proyectil infernal unos cuantos renglones, equivalentes a otros tantos admirativos y miedosos aspavientos. Duró toda la noche el incendio, que sería espectáculo grandioso cuando los penachos de la gigantesca hoguera, agitados por el viento, cubriesen la ciudad esparciendo desde lo alto de San Vicente las pavorosas nubes ardientes, como si la furia agonizante y desesperada sacudiese las serpientes de su revuelta cabellera. Entre las columnas de humo y las cortinas de la llamarada, se resistieron, todavía, durante la trágica noche del 26, aquellos ochocientos hombres, cuya gloriosa conducta acaso no llegase a conocimiento del lejano emperador, por quien realizaban la magnífica proeza. Los cañones del fuerte rasgaban a cada momento la bermeja túnica de las llamas, tala-

drándola con las granadas que buscaban a ciegas, con desesperada fiereza, las víctimas infelices en que habría de cimentarse la inmortalidad de su estéril y grandioso esfuerzo.

Unas de aquellas granadas, atravesando la casa primera de la calle de Sordolodo, penetró después en otra próxima, destrozando el cuerpo «de una hermosa joven, hija de Gándara, el botiller del Corriño». Zahonero no conocía a la víctima, limitándose a decir, secamente «que una granada mató a una joven»; pero Alegría, como vecino de la infortunada y bella muchacha, la dedica ese tierno y galante recuerdo, anotando el linaje y la hermosura de la confiada doncella. Y sin saber por qué, lector mío, nos conmueve también un poco, al cabo de los años, el terrible despertar de aquella mocita, «la hermosa y joven hija de Gándara, el botiller», que cuando le llegó la muerte, acaso sonreía bajo la dulce y amorosa confianza de sus honestos ensueños. Muchas desgracias hubo aquella noche, además de la que ahora lloramos con este comentario sentimental; pero las otras, las que Zahonero entierra en la zanja, diciendo que murieron un montón de ingleses, portugueses y paisanos, nos dejan tan campantes. Descarguemos toda la responsabilidad de esta injusticia sobre el buen don Mariano Alegría, que pudo haberla evitado de no haber enmendado la plana de su compadre Zahonero, añadiendo aque-

llo de: «la hermosa joven, hija de Gándara, el bottiller del Corrillo...»

Otro proyectil se llevó por delante las facciones más salientes del rey don Alfonso XI, que se asomaba imprudentemente entre los rebordes de su medallón, en el poste de la Plaza. Se conoce que acordándose de la batalla del Salado, en la que tanta eficacia tuvieron sus arengas, quiso alentar a los de España repitiéndoles, ya que el rey legítimo y deseado andaba lejos, sus frases bizarras: «¡Feridlos, feridlos, que yo soy el rey don Alfonso de Castilla et de León, et hoy veré quiénes son mis vasallos!» Y en esto, la granada, lo dejó desnarigado.

Agotadas las municiones y extenuados por el descomunal esfuerzo, los franceses del fuerte se rindieron a discrección, entregándose a la generosidad del vencedor. Ochocientos prisioneros desfilaron por la ciudad el 27 de Junio, atravesando sus calles para que la muchedumbre militar y civil que las cubría, pudiese lanzar sus miradas rencorosas y sus frases sañudas contra aquellos soldados ennegrecidos, greñudos y harapientos que se apoyaban unos en otros, desfallecidos y vacilantes por el insomnio, el hambre y el estupor que todavía les cegaba el alma al libertarse de aquel infierno.

Los fuertes siguieron ardiendo durante varios días. Alrededor de sus ruinas, brincaban alegre-

mente los muchachos, esgrimiendo sus espadas de madera, convirtiendo ya en juego el recuerdo de la epopeya, de la que no quedó nada para la gloria francesa, como si la misma historia desconociese y rechazase aquel heroísmo que tanto se parece a la barbarie.

XXXII

Final.

Sobraban los auxilios voluntarios para trasladar a locales próximos los efectos, pólvora y municiones de los fuertes. Hasta los señorones más empinados quisieron contribuir a vaciar las entrañas de los monstruos inertes, aunque sólo fuese para desquitarse del miedo que les habían hecho pasar cuando contestaban a la agresión de los cazadores replicando con sus coletazos y resoplidos. Fué aquello una fiesta parecida a la que celebran los pescadores afortunados después de los arponazos certeros, al repartirse los descuartizados y provechosos pedazos de la hinchada ballena. Los franceses salieron del fuerte con lo puesto, dejando entre aquellas paredes todos los objetos más o menos manejables y precisos que habían acumulado en las abundantes jornadas de la rapiña. Los ingleses, luego de apartarse lo más apetecible del extraño botín, hicieron la vista

gorda, organizando con los auxiliares voluntarios del paisanaje, a los que antes me refería, el traslado de cuanto quedaba en las fortalezas.

Les tocó la peor parte a los que tuvieron que cargar con la pólvora y las municiones, y sin duda para abreviar la faena y limitar los sudores, eligieron para depósito de tan peligrosa mercancía una panera de la calle de la Esgrima, de la que habían barrido los franceses los muelos de la cosecha pasada, sin que se hubiesen vaciado aún los costales de la siguiente. El día seis de Junio, a las siete de la mañana —«fuertemente memorable», según la expresión de Zahonero— se oyó una detonación espantosa. Las gentes acudieron en desorden, brincando del lecho y echándose a la calle sin cuidarse de arropar los cuerpos, porque creyeron llegada la hora del Juicio final, y no era ocasión para entretenerse en esas pequeñeces de los pudores y conveniencias sociales. Los que se aventuraron, aproximándose al lugar de donde partiera la detonación, «retrocedieron desolados». El cuadro, en efecto, debió ser aterrador. Había volado el polvorín, provisionalmente instalado en la panera de la calle de la Esgrima. «Se hundieron muchas casas en aquella calle, en la de la Sierpe y aún en la de Los Moros, pereciendo sus habitantes, además de la guardia y su capitán.

Sus miembros desgarrados volaron a distancias

y elevación increíbles, pues hasta un cuarto de res, del carro que descargaban entonces en una de las citadas calles, se halló después en la media naranja de la cúpula de las Agustinas. De los botes de metralla y granadas (sigue contando el testigo) se formó un aluvión y no quedó vidriera sana en todo Salamanca. Los esparcidos miembros de las víctimas fueron amontonados en una zanja, al rincón izquierdo de San Benito, y los cadáveres reconocibles, y más o menos intactos, se enterraron en sagrado, entre las ruinas de la parroquia de San Blas, que sufrió en su fábrica mortales destrozos, pereciendo en la catástrofe, como la mayor parte de sus infelices feligreses.

El día 15 ya se habían curado de su espanto nuestros impresionables antepasados. Se trataba, en dicha fecha, de recibir en palmitas, como al mesías de la salvación y regeneración política del Estado pecador, a la nueva y lozana Constitución doceañista, que iba recorriendo triunfalmente los pueblos ya libertados del yugo extranjero, encontrando los agasajos extremosos y sinceros de los liberales y la sonrisilla traidora de los futuros serviles que tascaban el freno, esperando la hora del desquite. Con aparato sencillo, pero majestuoso, según lo prescrito por las cortes audaces y parlanchinas, se proclamó la Carta fundamental. El cabildo, auxiliado por las voces unánimes y afinadas de los jóvenes coristas, impetró las ben-

diciones del cielo en favor del tierno código, que había de morir tempranamente, en cuanto el deseado Fernando pudiese retorcerle el pescuezo a su idolatrado pimpollo. Pero entonces, todos presagiaban dichas sin cuento al rozagante fruto de los afanes gaditanos. Nuestro paisano Sánchez Barbero, marcaba, poco después, desde su cátedra de San Isidro, el recio estribillo que repetían los desgañitados discípulos en las estancias culminantes de su arriesgada y larguísima oda:

«¡Constitución! ¡Constitución resuenal
Lo quiera ya: Constitución inflama
los españoles pechos,
y contra el crimen espantoso truena».

Zahonero no se entusiasma con la Constitución; bien es verdad que nuestro hombre presenta, ante todos los sucesos, una frialdad imponente, sólo comparable a la de los picos de Gredos. No le entra ni frío ni calor. La nieve de su egoísmo es como una esponjosa coraza que le mantiene con las mismas calorías en todo tiempo. Por ejemplo: el día 21, apenas disipada la fragancia de los fervorosos cantos constitucionales, comenzó a correrse el rumor fatídico de que volvían los franceses. «Se oyó la voz de que estaban encima». Alguien —el embustero taimado o el miedoso imaginativo, que nunca faltan para calar el espesor

de los espíritus valientes — encendió la mecha del pánico, que fué levantando su espesa humareda por todos los rincones de la ciudad. Venían, al decir de los alarmistas, por la parte de Cabrerizos, y venían con las intenciones que suelen atribuirse a las saludables hordas del enérgico y calumniado Atila. Pues bien: Zahonero se quedó tranquilamente en su casita, tajando sus plumas y cuidando de sus ahorros y sus gallinas, que fueron, de las de su especie, las únicas que quedaron dentro de la ciudad, porque el humano averío salió cacareando, como si huyesen de la raposa francesa. La huída tumultuosa de los salmantinos se realizó con «tal consternación y desorden —apunta el impasible cronista— que las gentes se retiraban al río, ya que no podían pasarlo por el puente, atestado de bagajes y semoviente».

¡Arapiles! No temas, receloso, por escarmentado, lector, la inminencia del arrebató lírico, que parece inevitable. Pronuncio, a media voz, el nombre del lugarejo salmantino, tan prestigioso en los anales bélicos de la independencia española, como si lo leyese, desde la colchoneta del wagón, en la cartela de la estación humilde, buscando ya, en el horizonte querido la silueta de la ciudad y el saludo de sus torres, que nos brindan en la lejanía el paternal abrazo. Vamos, pues, a recoger nuestros bártulos, y mientras el tren avanza a través de los surcos, erizados de verdes espi-



gas, despedámonos de estos libros, que nos dieron su grata y provechosa compañía, repasando algunas de sus páginas, antes de arrojarlos al fondo de la maleta. «El día 22 de Julio se dió la famosa batalla de Arapiles, La Peña, Calvarrasa, Villagonzalo y Mozárbez», escribe Zahonero: «Fueron derrotados los franceses, aunque la mayor parte del día llevaron la mejor parte de la acción, por las buenas posiciones que ocuparon; pero la Providencia divina dispensó sus favores al inmortal Welington. Los muertos cogían legua y media, porque los había en igual proporción, de ambas partes. Los heridos eran muchísimos, para los que se establecieron, además de los que ya existían, los hospitales siguientes: en los Carolinos y Santo Domingo, para los ingleses; el Arzobispo, para los españoles y franceses; San Bernardo, para los portugueses, habilitándose luego el Colegio de Calatrava y la Vega, donde se metieron mezclados los de los cuatro ejércitos, sin contar con los innumerables que fueron asistidos en Alba de Tormes, en los conventos salmantinos de las Claras, las Ursulas, las Agustinas y del Jesús, y en las casas particulares.

Pocos días después, llegaba a Salamanca, embanastado en una galera de ajuste, con su cara esposa y sus cinco chicuelos, el honorable y activo agente de negocios, don Matías Mesonero Herrera, apoderado general en Madrid, de los Ayun-

tamientos, Cabildo eclesiástico, Universidad y Sexmeros de la tierra salmantina en la que había nacido, conservando unas modestas heredades en Las Torres y Pelabravo. Siendo ya setentón, uno de los hijos de don Matías, escribía en sus Memorias los recuerdos de aquella excursión.

Las tierras aparecían cubiertas de huesos y esqueletos de hombres y caballos, de proyectiles de todos los calibres y de infinitos restos del equipo militar. Era un inmenso cementerio, que se extendía por algunas leguas a la redonda, y que ofrecía un horroroso espectáculo, capaz de poner miedo en el ánimo más esforzado. Los muchachos, sin embargo, con su egoísmo instintivo, lo pasaban deliciosamente, rebuscando juguetes entre los macabros despojos, en tanto que los labradores practicaban la piadosa cremación de los restos humanos, muy convenientes, según ellos, para el abono de las tierras. Cuando se recuerdan los odios rabiosos que se despertaron un año después, entre los mismos españoles, se queda uno pensando en si todos probarían el terrible pan de aquella cosecha salmantina...

FIN DE LA PRIMERA PARTE



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

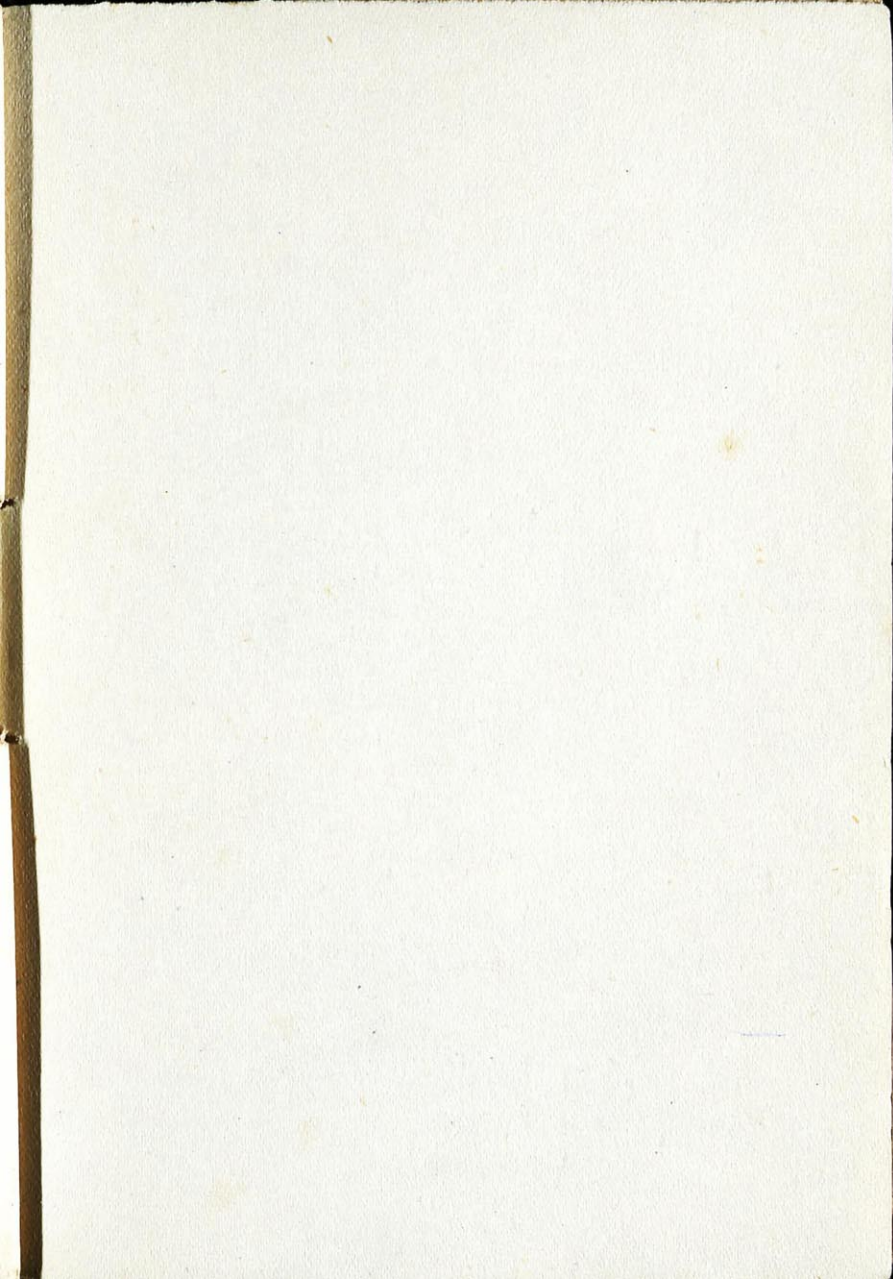


6407370612

— 214 —

516220821

11939410x





PRECIO: 5 PESETAS
EN TODAS LAS LIBRERÍAS

PEDIDOS A
FRANCISCO BELTRÁN
LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
PRÍNCIPE, 16 - MADRID